EN CHIMÁ NACE UN SANTO

MANUEL ZAPATA OLIVELLA

BC
Biblioteca Básica de Cultura Colombiana

literatura

EN CHIMÁ NACE UN SANTO

MANUEL ZAPATA OLIVELLA

BC
·literatura·

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Zapata Olivella, Manuel, 1920-2004, autor
En Chimá nace un santo / Manuel Zapata Olivella ; presentación Darío Henao Restrepo. – Bogotá : Ministerio de Cultura : Biblioteca Nacional de Colombia, 2018.
1 recurso en línea : archivo de texto ePUB (2,1 MB). – (Biblioteca Básica de Cultura Colombiana. Literatura / Biblioteca Nacional de Colombia)

ISBN 978-958-5488-52-6

1. Novela colombiana - Siglo XX 2. Libros digitales I. Henao Restrepo, Darío, autor de introducción II. Título III. Serie

CDD: Co863.44 ed. 23 CO-BoBN– a1037455

Mariana Garcés Córdoba
MINISTRA DE CULTURA

Zulia Mena García
VICEMINISTRA DE CULTURA

Enzo Rafael Ariza Ayala
SECRETARIO GENERAL

Consuelo Gaitán
DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

Javier Beltrán
COORDINADOR GENERAL

Jesús Goyeneche
GESTOR EDITORIAL

Natalia Camacho
ASISTENTE EDITORIAL

José Antonio Carbonell
Mario Jursich
Julio Paredes
COMITÉ EDITORIAL

Taller de Edición • Rocca®
REVISIÓN Y CORRECCIÓN DE TEXTOS,
DISEÑO EDITORIAL Y DIAGRAMACIÓN

eLibros
CONVERSIÓN DIGITAL

PixelClub S. A. S.
ADAPTACIÓN DIGITAL HTML

Adán Farías
CONCEPTO Y DISEÑO GRÁFICO

Con el apoyo de:
BibloAmigos

ISBN: 978-958-5488-52-6
Bogotá D. C., diciembre de 2018

© Karib Gómez Zapata
© 2002, Ediciones Gobernación de Córdoba
© 2018, De esta edición: Ministerio de Cultura –
Biblioteca Nacional de Colombia
© Presentación: Darío Henao Restrepo

Material digital de acceso y descarga gratuitos con fines didácticos y culturales, principalmente dirigido a los usuarios de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas de Colombia. Esta publicación no puede ser reproducida, total o parcialmente con ánimo de lucro, en ninguna forma ni por ningún medio, sin la autorización expresa para ello.

ÍNDICE

Presentación

En Chimá nace un santo

I
II
III
IV

Presentación

En el Sinú de la infancia nace un santo

Los novelistas construyen sus universos narrativos con el mundo en el cual nacieron, con las ideas e imaginarios de su época. Universos que la palabra recrea para configurar otros mundos posibles. En el caso de Manuel Zapata Olivella[1], un autor polifacético, su horizonte revela un rico proceso de búsquedas, de lecturas y relaciones con otros artistas y pensadores del siglo xx, en particular los vinculados con las expresiones de las culturas negras y amerindias del continente. Estos materiales son imprescindibles para el acercamiento a su vasta obra, para penetrar en las claves y los contextos que ella misma proporciona, para la compresión de su poética de representación hilvanada a partir de una estructura de sentimiento que envuelve su cosmovisión y estrategia de interpretación histórica, de organización de sus cuentos y novelas para recrear la historia y la cultura que configuró a Colombia en su compleja trama interétnica (indígenas, europeos y africanos). Este propósito se corresponde con su tiempo y se nutrió de todos los movimientos sociales y políticos en las Américas y en África, de sus poderosas manifestaciones en el campo social, político, cultural y artístico.

La conformación socio-racial de Colombia constituyó para Zapata Olivella uno de los ejes de sus investigaciones y materia de sus obras literarias. A medida que fue ahondando en el conocimiento del Sinú nativo, que fue enriqueciendo su visión del mundo con sus viajes por el país, Centroamérica, México, los Estados Unidos, el Caribe, Europa, Asia y África, su obra se fue adentrando en el épico periplo de la diáspora africana en las Américas hasta culminar en su mayor creación, *Changó, el gran putas* (1983). Dorita Piquero de Nouhaud, traductora al francés de *Changó*, ilustra muy bien este periplo:

> De la infancia caribeña en la década de los veinte a las aulas universitarias bogotanas de los cuarenta, sus vivencias lo llevaron a la plena conciencia de su hibridez de «meztizo americano que busca defender la identidad de sus sangres oprimidas» —no desde luego con narcisista lamento rencoroso sino para que la revelación de su propio misterio le diera la clave del misterio compartido con toda la América—. Constatando que «esa historia no podía ser escrita por alguien que no llevara en su piel la huella de quienes habían padecido tanta indignidad».
>
> [...] toda la vida de Manuel está en sus novelas. Es que los escenarios por donde llevara sus pasos son el marco de las acciones de sus personajes, las pasiones que los mueven son aquéllas que él pudo conocer como médico y etnólogo. Como etnólogo lo fascinaban las culturas de los pueblos semiletrados y analfabetas; desde siempre reclamó su atención la tradición oral, las leyendas populares, los mitos y su dimensión universal, de la misma manera que su formación de médico lo predisponía a asomarse a la miseria que hostigaba a las categorías discriminadas, negros, mulatos, nativos. Lo deja claro *En Chimá nace un santo*[2].

En *Chimá nace un santo* (1964), narración realista instalada en el universo de lo mítico-religioso, en términos de técnica narrativa y de elaboración estética, cierra el primer periodo creativo de Zapata Olivella. Entre 1947, cuando publica *Tierra mojada*, pasando por los relatos autobiográficos —su viaje por Centroamérica en *Pasión vagabunda* (1949) y su periplo por los Estados Unidos en *He visto la noche* (1953)—, *La calle 10* (1960), *Cuentos de muerte y libertad* (1961), *Detrás del rostro* (1963), *El galeón sumergido* (1963) y *Chambacú, corral de negros* (1963). Estas obras se ocupan de los dramas y adversidades vividas por las poblaciones más pobres, tanto en el campo como en la ciudad, destacando su resistencia y dignidad, su brega por encontrar salidas, en medio de las tensiones y conflictos provocados por las profundas desigualdades e injusticias a las cuales son sometidos los protagonistas.

El *ethos* etnográfico del Sinú aparece en *Tierra mojada*, tema que años después será objeto de investigación en *Tradición oral y conducta en Córdoba* (1974). Se incorporan en la novela: los cuentos de tradición oral; la brujería, las supersticiones y los mitos de vieja estirpe zenú; el particular catolicismo criollo —en mucho alejado de la ortodoxia oficial—; las peleas de gallos, las fiestas populares, la juglaría de los acordeoneros (Carrillito, tocando acordeón en la noche de Los Secos); el legendario Currao que sale de la oscuridad de las aguas a socorrer a Gregorio Correa, como una especie de espíritu surgido de la

leyenda zenú; la levitación de las casas cuando el río baja, un anticipo, como bien lo anota José Luis Garcés, de lo que ocurriría con Remedios la Bella en *Cien años de soledad* veinte años después[3]. En este Sinú recreado por Zapata Olivella se entrecruzan varias dimensiones: lo sociológico, lo político, lo económico, lo estético y lo legendario. Materia vertiente que la ficción quiere resaltar como expresión de realidades ancladas en la premodernidad: el predominio del latifundismo, el caciquismo y las luchas de los campesinos por la tierra, la precariedad de sus vidas por el atraso material de estas provincias olvidadas, donde la única salida la ofrece el pensamiento mágico-religioso.

Episodios violentos y cotidianos en el campo y la ciudad son recreados en los diez relatos que conforman *Cuentos de muerte y libertad*. La cruda pobreza en la cual viven campesinos y pescadores de una pequeña población ribereña de una ciénaga, así como las peripecias de los que se van a las ciudades a procura de mejor destino, configura la temática de denuncia social de estos cuentos. En ellos se narra con estilo objetivo la radiografía de los hechos vividos por los personajes, sin emitir juicios, el lector queda en libertad de solidarizarse o separarse de lo que significan la inequidad e injusticia vividas. Tal es el caso del viejo pescador Layo, a quien matan, por una arbitrariedad del alcalde, por querer pescar en la ciénaga donde lo ha hecho toda la vida; como la muerte por la Policía de la Cachaca, mujer líder de una invasión, en un barrio en la periferia de la urbe desde donde se divisan las fábricas. Las temáticas urbanas y rurales serán objeto de las obras que hemos mencionado en la primera fase creativa de Zapata Olivella. La Bogotá de 1948, en los días del asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, es el escenario de *La calle 10*; el barrio de negros y mulatos, próximo a la ciudad amurallada de Cartagena, será el de *Chambacú, corral de negros*. En sus relatos autobiográficos, el autor dará cuenta de su convivencia con toda clase de seres humanos en su correría por campos y ciudades en Centroamérica, México y los Estados Unidos. Un ejercicio vital por conocer la intimidad de la vida y la cultura de las gentes humildes del continente. Sobre las de su terruño contará en extenso en su autobiografía *Levántate mulato*:

> Entre caños y ciénagas, el río Sinú mojó mi infancia con sus aguas turbias. En la época de las lluvias, la población se convertía en una gran ciénaga donde nadaban los asientos, las mesas, los baúles. Embarcados en bateas, los pequeños recorríamos las plazas remando con platos o empujándonos con alguna estaca arrancada de las cercas. [...] Situada en la confluencia del río Sinú y del caño de Aguas Prietas, la bordean esteros y ciénagas nunca

desecados por los veranos. Antes de la venida de los españoles constituyó el centro religioso más importante del antiguo Reino de los Zenúes[4].

Esta geografía configura los contextos aludidos en *En Chimá nace un santo*, ahí pasa la historia. Chimá es un pequeño pueblo bañado por la ciénaga grande del río Sinú, habitado por unos pocos terratenientes y comerciantes, y una mayoría de campesinos, pescadores y artesanos. Zapata Olivella recrea las supersticiones, idolatrías y creencias en las que se encuentra sumido este pueblo olvidado. Los dramas y conflictos de los personajes se expresan a través del mito y la violencia vividos por esta pequeña comunidad sobre la cual pesa una arraigada religiosidad, llena de creencias, miedos y fantasías. Esto provoca evasión hacia el campo de lo mágico, como apunta el epígrafe de la novela, como una esperanza de salvación. Sabemos de este mundo por la aludida autobiografía del propio Zapata Olivella. Al leer la novela reconocemos los escenarios del Sinú natal del autor, ahí acontecen los conflictos provocados por la historia de cómo Domingo Vidal, un parapléjico al cuidado de su madre y sus hermanas, se transforma en santo para los campesinos de la región del Sinú, creencia forjada el Día de Difuntos al salir ileso del incendio del rancho, de donde lo rescata el padre Berrocal.

En medio de la pobreza, el pueblo chimalero echa mano de sus saberes y creencias mestizas, pues pese a su catolicismo, terminan chocándose con el orden que representa el padre Berrocal y el alcalde de Lorica, Cipriano Botero. La figura de Santo Domingo pasa a ocupar el lugar del santo oficial católico del pueblo, San Emigdio, condición inventada por su beata tía solterona, sus hijas, y aupada por el sacristán Jeremías. Detrás de la superstición y la religiosidad, mundos tan contradictorios y complementarios, afloran las relaciones sociales y de poder que se mueven en este pequeño pueblo controlado por latifundistas y comerciantes, apoyados por la Iglesia católica, guardiana de las buenas costumbres y la sumisión al orden imperante. Temática que ya había sido abordada por Zapata Olivella en su primera novela, *Tierra mojada* (1947), y en *Cuentos de muerte y libertad* (1962), y que esta novela focaliza en la particular mentalidad religiosa de los chimaleros. Asunto que será objeto de investigación antropológica por parte de Zapata Olivella, en particular de los mitos y las leyendas indígenas y de las tradiciones religiosas de matriz africana que llegaron a las Américas (santería, vodú y candomblé). Esta dimensión mítica, sin caer en la racionalidad que la mira como limitación espiritual, le permite al autor explorar la condición humana y

desentrañar mecanismos de identidad y resistencia cultural ante el orden establecido. A fin de cuentas, la persecución a los adoradores de Santo Domingo, más que por su desbocada superstición, se hace porque resulta inadmisible el desafío a los intereses de la Iglesia católica representada por el padre Berrocal; desvía su feligresía por otros rumbos, y peor, la adoración de Santo Domingo se ha extendido a Lorica y los pueblos costeros del río Sinú y de las ciénagas de Caldero, Castañuela y La Barranca. Por eso el alcalde, luego de la misteriosa muerte del sacerdote, recurre a la violencia para instaurar infructuosamente la devoción a San Emigdio.

Zapata Olivella consigue develar en el entramado de la novela la confrontación entre prácticas de religión católica y prácticas de saberes mestizos, aquello que esconde desde el punto de vista social este choque. La figura de Santo Domingo introduce la inversión del orden jerárquico y de las formas de miedo, pues desafía al santo instituido por el fundador español en 1777, San Emigdio; promueve el contacto libre y familiar entre los hombres y su santo, algo más acorde con el *ethos* de los chimaleros y su tradición cultural híbrida entre las prácticas aborígenes indígenas, las prácticas africanas y las prácticas de la religión católica; provoca una amalgama de opuestos, nada compresible para la visión dogmática del catolicismo; y por último desata la profanación de la iglesia y su santo tradicional[5]. Este despliegue de categorías carnavalescas, como lo plantea Bajtín[6], nos introduce en la comprensión de la novela como todo un sistema de envilecimiento y burlas carnavalescas, un juego de contrarios en el cual no hay toma de partido por ninguno, sino el intercambio de los mismos en el orden jerárquico establecido. Al final, pese a la violencia y el asesinato de Jeremías, el alcalde Cipriano debe huir de Chimá a causa de la férrea resistencia que realiza el pueblo en defensa de los despojos de Santo Domingo. Los negros, indios, mulatos, zambos y mestizos han salido en defensa de su identidad cultural.

Darío Henao Restrepo
Universidad del Valle

[1] Manuel Zapata Olivella nace en Santa Cruz de Lorica, Córdoba, el 12 de marzo de 1920, en el seno de una familia humanista de orígenes raciales multiétnicos propios de los nativos del Caribe colombiano. Como él mismo lo recuerda: «En mi familia todos los abuelos habían nacido engendrados en el vientre de mujer india o negra. Mis padres, mis hermanos, mis primos llevamos la pelambre indígena, los ojos azules o el cuerpo chamuscado con el

sol africano» (*Levántate mulato*, 1990: 18).

[2] Dorita Piquero de Nouhaud. «La ruta de Chimá al monte Kenia», Bogotá: Universidad Nacional, 2005.

[3] José Luis Garcés González. *Literatura en el Caribe colombiano*, *señales de un proceso*, Tomo I, Montería: Ediciones Universidad de Córdoba, 2007, pág. 251.

[4] Manuel Zapata Olivella. *Levántate mulato*, Bogotá: Rei Andes, 1990, pág. 83.

[5] Ver el completo análisis de Pedro Luis Serna Alonso en *Narratología cognitiva. Comprensiones narrativas en la novela de Manuel Zapata Olivella* En Chimá nace un santo, Bogotá: Utadeo, 2015.

[6] Mijail Bajtín. *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*, Madrid: Alianza, 2004.

En Chimá nace un santo

Los mitos son un producto necesario de la mentalidad infantil, al igual que la de los pueblos primitivos. Se originan como una evasión hacia el campo de lo mágico, como una explicación aparentemente aceptable, como una esperanza de salvación.

CASTIGLIONI
El mundo mágico

I

Las velas encendidas reblanquean la cal de las sepulturas, todavía mojada. Las rosas de papel, negras y moradas, se pegan a las cruces de palo como enormes moscardones. La romería campesina desborda el pequeño cementerio: un palmo de tierra alto en medio de la llanura pantanosa.

A los deudos del pueblo se suman quienes han venido andando desde noches atrás por entre cenagales y montañas. Cumplen religiosamente la visita anual a sus muertos. Clavan sus rodillas en el barro, se santiguan y le cuentan lo acaecido durante el año como si les escucharan. Sí, les oyen. En el interior de los nichos rezongan con voz gangosa. Los niños, prendidos a sus padres, observan medrosos las grietas de las tumbas, por donde esperan se asomen las manos huesudas en solicitud de los bollos de maíz y las carisecas que les traen. Hoy, día de difuntos, los muertos limpian sus propias osamentas, se engalanan con los sudarios y, con la misma coquetería de las muchachas campesinas, se adornan la rapada cabeza con flores de cabalonga y heliotropos, recogidas en los campos a media noche. En cuclillas, cruzados los canutos de sus tibias y con las cuencas vacías, los finados reciben a sus dolientes con una sonrisa desjarretada.

—Papá Antonio, aquí traigo a Justinito; nació apenas hace cuatro días y dicen que es la cédula suya, tan parecido es.

—No te trajimos corona de papel, porque la inundación ahogó el maíz y nos dejó en la ruina. Usted perdone.

En la aislada sepultura del rincón, bordeada por alambres de púas y estacas, entre la candela de los cirios, Eduviges habla a su difunto marido:

—Tú sabes que siempre te obedecí en vida. Pero me dejaste muy escotera y Anselmo me ha dicho que todavía puedo parir muchos hijos. No vayas a tomarlo a mal; sabes que por ti rezaré aun cuando me haya comprometido con otro.

Y ese otro, Anselmo, hunde las rodillas en la tierra apisonada, esperanzado en la generosidad del muerto.

Los grupos familiares comentan, comen y ríen en compañía de sus difuntos, convirtiendo el cementerio en colmena de alborotados enjambres.

Rafaela Vidal hace recordar la estampa del Ánima Sola, quejosa, alucinada. Sus cabellos canosos encenizan el ropón negro de su viudez. La escoltan, como siempre, sus dos hijas: Balaude y Andrea, de matrices envejecidas vírgenes. La madre informa a Baltasar Villadiego, su marido muerto un cuarto de siglo atrás:

—... Y en cuanto a nuestro Dominguito, cumplió ya los treinta y tres años sin que haya crecido más de una yarda. Anda cada vez más encogido. El pobre, como te he dicho, sólo mueve dos dedos de la mano derecha. Todos los días está más pesado, porque los huesos y la carne se le vuelven piedra. Tus hijas, que aquí ves, han jurado ante San Emigdio no casarse para atenderlo. Ruega allá en el Cielo para que Dios se apiade de él, porque los médicos dicen que no tiene cura y los yerbateros que está embrujado. Tú averígualo...

El padre Berrocal ha llegado este año a cantar los responsos. Desea acabar con los desmanes del sacristán Jeremías, quien le suple recitando latinajos que no entiende. Es un buen cura, amado de todos; reparte bendiciones y se resigna con las limosnas que espontáneamente le obsequian. La mayor parte de ellas no quedan en el pueblo. «A Dios se las entregan y Dios las reparte», dice. Se rumora que el arzobispo de Cartagena le recrimina por no exigir a sus feligreses el pago de los diezmos, pero estas admoniciones, si es cierto que las recibe, no acortan su caridad.

Al terminar los responsos en una sepultura, los dolientes le tiran de la sotana para llevarlo a otra. El aguacero del día de difuntos, tan seguro como la muerte, ya congestiona las nubes sobre las cruces. No les atemoriza tanto la tormenta como la noche que amenaza sorprenderlos dentro del cementerio con sus muertos y luminarias.

—Padre, récele tres avemarías a mi hermana. En estas noches su ánima ha vuelto a vagar por el cuarto en donde expiró.

—Le ayudaremos a salir de pena, hija mía.

Súbitamente la centella enceguece la luz de las velas y las cruces tiemblan al impacto del trueno. Por un instante se oye el silencio sobrecogedor de los cementerios en luna llena. A la distancia un perro aúlla acobardado. Se acentúa la suma de las voces persignándose.

—¡Pronto, padre; se nos viene encima el agua! —susurra el sacristán.

Los primeros goterones destiñen las coronas de papel. El paraguas que tiene preparado el acólito se abre y a su amparo quieren guarecerse los dolientes. Un

grito irrumpe desesperado:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Las llamas y el humo se arremolinan sobre las casas de palma. Los deudos se olvidan de sus muertos y regresan a la vida por el inverso camino de la superstición.

—¡Virgen del Socorro!

—¡San Emigdio, protégenos!

Alguien repica las campanas de la iglesia, mientras los machetes derriban los alares próximos al rancho incendiado. Hombres y mujeres, sobre los techos, espantan con escobas las chispas revueltas.

—¡Se quema Domingo Vidal!

Rafaela y sus hijas, en torno a su choza, llaman ansiosas por los huecos de las ventanas y sólo les responde el fuego crepitante.

—¡Mi hijo! ¡Salven a mi hijo paralítico!

—¡Se quema mi hermanito, Dios santo!

La pavorosa muerte del lisiado se adivina en el acre olor a cuero quemado. Cuatro hombres no alcanzan a sujetar a Balaude, que se revuelca en el barro y clama la dejen sacar a su hermano de las llamas. Y en un rincón, tiritando de miedo, Andrea reza con gimoteo de perro apaleado. La voz atragantada de la madre es un grito que se desboca:

—San Emigdio, no permitas que mi hijo se cocine.

Ansiosamente los vecinos traen agua de la ciénaga, pero las llamas parecen inflamarse a su contacto.

—¡Todavía está vivo!

—¡Allí dentro chilla!

El cura tira el birrete, se recoge la sotana en un nudo sobre la cintura y salta por entre los tizones inflamados.

—¡Sálgase, padre, se va a achicharrar también!

Se incendian sus ropas y caen sobre sus hombros las palmas chispeantes. En medio de la humareda y el fuego, se orienta por los gritos de Domingo. Lo ahoga el humo y sus pantalones chamuscados le soasan la piel. Afuera, detrás del muro de las llamas, gritan con desespero:

—¡Sálvalos, Dios poderoso!

La lluvia, hasta entonces menuda, se precipita caudalosamente. La empalizada humea y el techo incendiado se derrumba. Una nube sofocante oscurece el pueblo y ante el asombro de todos, envuelto en llamas, el sacerdote sale de los escombros con Domingo en los brazos. Le arrojan totumadas de

agua y le arrancan a pedazos la sotana prendida. Para sorpresa general, a Domingo ni siquiera se le ha quemado la ropa.

—¡Milagro!

—¡Milagro!

Enloquecidos, quieren palpar sus cabellos y le destrozan la camisa que no inflamó el fuego. El sacerdote los repele a codazos, impidiendo desgarren con las uñas la dura piel de Domingo, todavía caliente.

—¡Por Dios, se han vuelto locos! ¡Déjenlo! ¡Van a matarlo!

Jeremías consigue rechazarlos a puntapiés hasta que el cura y Dominguito logran refugiarse en la iglesia. Desfallecido, después de cerrar y atrancar las puertas, el padre Berrocal exclama:

—¡Virgen Santa, han enloquecido!

No quiere creer que quienes momentos antes mendigaban de rodillas su bendición sean los mismos que gritan enardecidos:

—¡Queremos ver a Domingo santificado!

—¡Déjenos mirar el milagro!

Incrédulo, observa maravillado las ropas de Domingo. Le busca quemaduras y ni siquiera los cabellos se han chamuscado. Detrás de él, sin atreverse a tocarlo, Jeremías escucha al padre:

—Debes alojarlo aquí hasta que esos idiotas recobren la razón. Las pobres Vidal se han quedado sin rancho.

El sacristán confirma con la cabeza, friolento y tembloroso. Por la bocapierna de los pantalones resuma agua y encharca el piso de tierra de la iglesia como si se hubiera orinado.

Afuera en el atrio, golpean a la puerta y gritan supersticiosos:

—¡Dios ha senalado a Dominguito con una centella!

Andrea juega con él. A falta de los hijos que le ha negado su matriz estéril, empolva a Domingo y le acicala como si fuera una muñeca de trapo. Lo abraza y cree tenerlo en su propio seno. Un hijo que le nace obsesivamente en su útero vacío. Siempre fue así, ensimismada, sepultura de sí misma.

A su lado, le teje los calzoncillos de zaraza y corta el pantalón a la justa medida de sus piemas, siempre más encogidas. Una manecita de madera, con dedos en garra, le sirve para rascarle la espalda allí donde la dureza del lecho escuece su piel. No deja que las moscas correteen en su cara; a sorbos le da de beber, y le introduce los alimentos en la boca. Cuando le oye pujar, acude presurosa y le acerca la bacinilla. Esta función es la prueba más rotunda de que hay vida en su muerte aparente.

Por el contrario, nada ata a Balaude. Es la expansión, la inquietud. Trajina por la iglesia con la agilidad de una escoba atolondrada, cambiando constantemente los objetos de puesto. Quiere dar movimiento a Domingo; le incorpora en la cama y arrastra para obligarlo a andar. Lo carga en sus brazos y en la ventana lo muestra a quienes se pelean por verlo. Ha intentado llevarlo a la ciénaga y zambullirlo para que nade, pero Jeremías se lo ha impedido. Quisiera que fuera todo un hombre: que tuviera muchos hijos y peleara a machete con los más forzudos del pueblo. Cuando se cansa de hablarle y tirar de sus cabellos, abandona la iglesia y andurrea de rancho en rancho repitiendo cuanto obliga hacer a su hermano. La presencia de tantas imágenes por los rincones de la sacristía le inspira la idea de que Dominguito pinte a la Virgen. Extiende una hoja de papel bajo su mano engurruñida y entre el pulgar y el índice le coloca un lápiz.

—¡Pinta! ¡Pinta a la Virgen!

Domingo sonríe entre asustado y temeroso, siempre está a la defensiva de sus ocurrencias.

—¡Mueve el lápiz! ¡Muévelo!

Por un instante el tullido concentra su débil mente en la punta de sus dedos, que no alcanza a mirar. Su empeño se frustra.

—¡No, no puedo!

Pero Balaude se asombra:

—¡Mira, Andrea, mueve los dedos!

La hermana menor ni siquiera suelta la aguja.

—¡Déjalo, no lo molestes!

La otra le grita rabiosamente:

—¡Pinta, hermanito! ¡Pinta!

Domingo se esfuerza hasta sudar. Los dedos se mueven como empujados por otra mano y garabatea sin orden ni propósito.

—¡Ha pintado a la Virgen María!

Incapaz de resistir por más tiempo, Balaude le arrebata la hoja y con ella pegada a las narices, las manos temblorosas, afirma categóricamente:

—¡Sí, es la misma Virgen! ¡Miren! ¡Miren!

Los curiosos se agolpan en la ventana y, sin apreciar claramente el dibujo en la semioscuridad de la sacristía, repiten bulliciosos desde fuera:

—¡La Virgen!

—¡La Virgen!

Extraordinario que un paralítico inmovilizado por treinta y tres años

resulte a la postre pintor. Nadie quiere estar privado de la gracia de mirar a la madre de Jesús en el enmarañado dibujo:

—¡La veo!

—¡La veo!

La noticia sorprende a Jeremías en la calle. Lo arrastran atropelladamente. A falta de sacerdote, sólo él puede dar testimonio sacro. Sonríe escéptico. ¡Ha escuchado tantas sandeces desde que el padre Berrocal salvó a Domingo del fuego! Detrás de él chillan y empujan. La misma Rafaela Vidal lo acosa, quiere ver la obra portentosa del hijo que ya todos ponderan. Balaude, que inútilmente ha estado forzando la puerta con candado, deseosa de salir a la calle con la imagen, le recibe con gritos y arañazos.

—Jeremías, ¡mira la santa con sus ojos de ángel y su corona de fuego!

El sacristán requetemira el dibujo. Pero más oye la gritería de los que desesperadamente tratan de derrumbar las puertas. Sus ojillos ruedan pícaramente de uno a otro extremo de las alargadas hendiduras de sus párpados. El vocerío crece y retumba por los rincones de la iglesia. Balaude espera impaciente, golpeándolo y reclamándole su aprobación. Hay en él un poco de temor por sus puños enfurecidos. No vacila más y proclama solemne:

—¡Milagro!

El tullido sonríe al escuchar esta palabra que lo hace importante. Que tiene, ella sí, el milagro de rescatarlo de su soledad, de la lastimosa piedad que lo rodea.

Asomado al campanario, el sacristán observa la romería que ronda la iglesia. Trata de explicarse la inquietud de estos campesinos que llegan de otros pueblos y se suman a los que hace días asedian la sacristía. El barro amasado por sus plantas se ha puesto negro y fangoso, dejando huellas profundas como si las calcaran pezuñas de res. Encienden velas en el poyo de la ventana y hasta las entierran en el lodo. Quienes alcanzan a asomarse se persignan y pretenden alargar allí sus oraciones, pero son interrumpidos por los que empujan de atrás.

—¡No espabila!

—¡Tiene una corona de fuego!

—¡Sus ojos son chiquitos como los del niño Jesús!

Las mujeres alzan a sus pequeños para que vean al santificado, y, envueltos en trapos, chorrean de orín velas y rostros. El espectáculo es más grandioso

desde el campanario. Jeremías puede observar a los grupos que entran al pueblo por los caminos o desembarcan de las champas en la orilla de la ciénaga. La muchedumbre frente a la plaza, le recuerda la fiesta de San Emigdio, cuando de niño se encaramaba allí a anunciar con repiques la salida del santo. La chiquillería le miraba desde abajo cuando él tocaba la campana desorejada, con su voz ronca para doblar a muerto. Más le gustaba la pequeña, bulliciosa y alborotadora. Las orejas se le enrojecen como aquella vez que el cura le bajara del campanario porque el repiqueteo de las campanas marcó tal ritmo endemoniado que los feligreses comenzaron a bailotear las caderas. Después de zurrarlo le hizo arrodillar ante el altar, ordenándole:

—Pídele al santo que te saque a Satanás del cuerpo.

La frase oída allá en su infancia le revive ahora en el magín; no está muy seguro de si realmente son cosas del diablo las que se le ocurren. Siempre tuvo afanes de predicador y con facilidad saltan a sus labios los latinajos aprendidos del cura para oficiar la misa. Las tropelías con Domingo le tientan. ¿Qué sucedería si abriera las puertas de la iglesia? A pesar de estrujarse las manos, no dejan de sudarle. Finalmente puede más en él la natural inclinación de oficiante que sus reticencias religiosas. Al bajar la escalera de cañabrava del campanario, no es el mismo sacristán que subiera momentos antes. Le invade un extraño sentimiento de prédica e ignora si es un consejo de Dios o embrollo demoniaco. El murmullo de las oraciones repiquetea con más fuerza en su cerebro. Pide a Balaude y Andrea le ayuden a transportar a Domingo frente al altar. Extiende la cama de tijeras al lado de la imagen de San Emigdio. El sacristán prende el incensario y llena la iglesia de densas nubes. Sustrae la vieja Biblia y, hundida la nariz entre las hojas abiertas, destranca las puertas. Cree que por su boca se asoma la voz de Dios y exclama solemne:

—¡Entren! ¡Entren y adoren a Domingo!

La multitud se revuelve y corre tumultuosa hacia el atrio. Las madres forcejean para defender a sus hijos. Gritan y se disputan la entrada. Jeremías les contiene y ordena a sus anchas el rito:

—Primero las mujeres con chal. Los hombres que se quiten los sombreros. Nadie entre sin velas encendidas.

La iglesia resulta estrecha. Los que han entrado no desean abandonarla. Se acercan a Domingo con recogimiento y temor. Tocan su cama, sus sábanas, y se persignan. Hay quienes intentan acariciarle el rostro, pero Balaude lo impide a manotazos. En el suelo, a sus pies, peligrosamente prenden velas bajo el lienzo de lona. Se arrodillan y tartajean oraciones. El tumulto se acrecienta

en las puertas. Destrozan las bancas al subirse sobre ellas y en la sacristía remueven las vestiduras sagradas del sacerdote. Jeremías adivina que este ceremonial sacrílego será vetado por el padre Berrocal y sube al púlpito. Al verlo allí, ventrudo, con sus espaldas anchas, todos se arrodillan y esperan ansiosos su prédica. Tose repetidamente veces afanoso de obtener el tono monacal y mendicante:

—Hay que reconstruir la casa de Domingo donde pueda multiplicar sus milagros. Se necesitan voluntarios para cortar las varetas y las palmas. Que nadie salga de aquí sin dejar su limosna en la alcancía de la iglesia. Levantaremos nuevamente el rancho que quiso destruir el diablo y en sus cimientos rociaré agua bendita para que nunca más el maligno arroje rayos azufrosos contra él.

Los varones alzan los brazos ofreciéndose y las mujeres acuden a la alcancía para depositar sus sortijas y cadenas de oro. El anciano José Dolores Negrete, traído en andas por sus hijos, deja oír su voz pagada:

—¡Yo ofrezco una casa para que la muden a su patio!

Los pobres lo miran envidiosos sin poder ofrecer tanto como él. Pero sobran machetes para desencajar la casa y transportarla de un sitio a otro. Salen en tropa de la iglesia y se congregan en torno al rancho regalado por el ricachón. El sol retuesta las cabezas y las espaldas desnudas. Con el concurso de todo el pueblo, sueltan las amarras y bajan el techo de palmas. El caparazón adquiere movimientos autónomos. Lentamente camina por los callejones como una enorme tortuga antediluviana de múltiples patas que hubiese salido de la ciénaga pantanosa. Bajo su peso sudan los hombres, aliviando su cansancio con resonantes pujidos en coro. Jeremías reparte botellas de aguardiente que asegura haber bendecido para comunicar potencia a los cargadores. Andan de trecho en trecho y sólo se detienen a descansar cuando cede el brío colectivo. Las mujeres acosan a sus maridos envalentonando su hombría, mientras el sacristán los distribuye según su porte para mejor equilibrar las fuerzas.

—¡Pablo, mete aquí tu hombro! Luciano y ustedes tres, soporten la culata.

Al llegar a la plaza, el monstruo se despatarra y parece jadear. Anselmo es comisionado para visitar el solar donde han de implantar el techo y encuentra a las mujeres rezando en medio de los troncos carbonizados. Se cerciora de que están bien clavados los horcones y lista la varazón de las paredes, la boñiga, la cal y la arena para empañetarlas. El sacristán aprovecha la tregua para dirigirse a casa de Remigio, el santero, a quien ha hecho un encargo

importante que dará mayor solemnidad al acto.

—¿Has terminado?

El artesano responde paciente:

—Estoy todavía trabajando en ella. Será la mejor cruz que haga en mi vida.

Jeremías la observa y palpa:

—¿De qué madera es?

—Santísimo olivo, del mismo árbol bendito por Noé.

El sacristán se regocija. El olivo espanta los malos espíritus. Con alegría exclama:

—La clavaremos en el caballete del nuevo rancho de Domingo para que aleje las centellas.

Remigio escucha con indiferencia. Encariñado con su labor, imprime tajaduras en la cruz gigante con sus manos nudosas. En el fondo del taller se destaca la imagen de San Isidro. No la ha labrado él, pero es tan milagrosa como las suyas. Ha sido esculpida por el mismo San Isidro. El santero la trajo a Chimá, asegurando haberla encontrado en plena selva, cuando, extraviado en ella, se le apareció en la horqueta de un olivo. Al cargarla, sintió que guiaba sus pasos directamente hacia el pueblo, sacándolo de la espesura. Desde entonces fueron muchos sus milagros. Si la exponían a pleno sol con la cabeza hundida en una batea de agua, hacía llover en los más crudos veranos, y, si la colgaban de los pies, suspendía las lluvias torrenciales que precipitaban las inundaciones.

Antes de oscurecer, el rancho está terminado. Cuelgan de la cruz una corona grande de flores de papel en cuya confección las mujeres del pueblo ayudaron a Blasina. Mas no cesan aquí los ceremoniales del sacristán. En la noche hace trasladar a Domingo de la iglesia a su nueva morada. Las mujeres con chales se alargan en filas paralelas por entre los callejones. Ahuecan las manos sobre la llama de las velas para impedir que las apague el viento. Corean el rezo de Jeremías, cabeza gesticulante de la procesión. Viste ropa almidonada y empina tanto los hombros que alcanzan a rozar sus orejas. Sus pies torcidos, con albarcas nuevas de tres rejos, retrasan intencionalmente el paso para que la romería trasnoche por las calles. Los cargadores llevan a Domingo en una hamaca que forman con sus brazos. Sepultado por las flores, apenas se le ve el rostro iluminado por las velas. Detrás, Rafaela Vidal, con sus cabellos blancos y el ropón negro, baja la cabeza y reza ensimismada sin comprender cuándo ni cómo el hijo se ha convertido en algo en manos de Jeremías. A la zaga, Andrea sigue con sus pies descalzos, frágil como las

sombras que la sepultan. Contrasta su recogimiento con el estridente rezo de Balaude, que, adelantada al sacristán, le disputa preeminencia. El bobo Camilo, vestido de acólito, ríe y se mofa de todos zarandeando el incensario.

La plaza y las calles se congestionan con improvisadas ventas en cajones y mesas colocadas a la puerta de las casas. Las ancianas humean por las narices con el tabaco encendido dentro de la boca. Cuelan el café en oscuros calcetines y su olor rivaliza con el de la espesa humareda del incienso y los tabacos. Blasina, cargada con una caja, recorre a la inversa la procesión vendiendo espermas benditas por Jeremías. Y de último, la batahola de los muchachos y perros, única nota alegre en el ambiente religioso que ha sembrado el sacristán en el pueblo.

La constante romería de peregrinos hace que Domingo olvide su enfermedad. La vida bulliciosa de los demás, que siempre lo marginó de las carreras de caballos, de las corralejas de toros, de las peleas de gallo y de la pesca común en la ciénaga, se le vuelca torrencial por las puertas y ventanas. De pequeño apenas alcanzó a arrastrarse, y, cuando intentó asirse a la vertical, los huesos comenzaron a doblársele y dolerle. Los músculos se negaron a ayudarle a gatear; viose reducido a su cuna, de la que se alejaban el aleteo de los pájaros, los caballos de palo de sus compañeros y el vuelo de las pandongas mecidas por la brisa. La madre, alarmada, comprueba que la cabeza del hijo no crece; la barbilla se torna cada vez más puntiaguda y lo asemeja a los pájaros. Ha de hablarle fuerte para que sonría y mire de soslayo. Los médicos comienzan a decir cosas extrañas que Rafaela nunca entiende. «Microcefalia», «artritis juvenil anquilosante», «enfermedad de Still». Termina por encomendarse a los hechiceros cuando el padre Berrocal le aconseja resignación. El diagnóstico de los médicos se cumple irrecusablemente. Los años pasan y no hay drogas ni bebedizos que logren arrancar a Domingo de su lecho de madera. Y si bien se hace adulto, su piel permanece lisa y sin bigotes. La voz tiene un sonsonete infantil y más parece que le brotara del vientre que de sus labios revenidos.

—Hermanita, llámame a Remigio.

Balaude, que por muchos días ha esperado oírle pronunciar una sílaba, salta a su cabecera, lo sacude y le pregunta:

—¿Para qué lo quieres? ¡Dime!

No le oye o ha vuelto a su mutismo. Para la hermana aquel pedido tiene

inusitada trascendencia, y alborota al vecindario:

—¡Domingo ha llamado al santero!

Corre a través de portillos y corrales y regresa con Remigio a rastras. Se inclina este ante Domingo y permanece atento a sus palabras. Balaude pide silencio a los que cuchichean y escucha ansiosa la voz asordinada:

—Quiero que me haga una almohada de palo.

Quedan sorprendidos. Algunos alcanzan a penetrar la intención de la solicitud. Las páginas bíblicas que a diario le lee Jeremías sobre vidas de santos, le inspiran ansias de sacrificios no intuidos antes en su cama arrinconada. El artesano se compadece y alivia la dureza de la ceiba labrando hueca la almohada para que en ella pueda depositar sus muchos pensamientos: invocaciones, plegarias y rogativos al santo patrón de Chimá. No hay otra posibilidad de salud cuando los médicos, siempre equivocados, diagnostican reumatismo anquilosante y los yerbateros aseguran que está embrujado. Para combatir el hechizo, Domingo se regocija en las penitencias. Pero el sentimiento de beatitud se extiende más allá de su propia piel, apergaminada y tiesa. Por los escondidos caminos del contagio, también la población siente retoñar santidad. No se creen tan abandonados de la gracia de Dios. Los ruegos del santificado son ahora los de cuantos mendigan y suplican una dádiva al Cielo. Muchos invocan un poco de alivio a sus sufrimientos, que envejecen con ellos.

Eduviges escucha atenta lo que se rumora de la asombrosa habilidad de Domingo para pintar santos. Los yerbateros no logran la «contra» para invalidar la maldición con que el difunto marido pasma su matriz. Y Anselmo, sin hijos en otras mujeres, también duda de su hombría. La maledicencia los hostiga con risas y sátiras. Repetidas veces embarcan en su champa a visitar los medicos de Lorica, sin que sus medicinas procuren el engendro. Van en peregrinación a venerar la milagrosa Virgen del Caracol, en Palo de Agua, pero ella no oye sus ruegos. Inútilmente Eduviges pide a Remigio le revele la oración del Monte Carmelo, pues es sabido que esta sólo tiene efectos sobre partos y alumbramientos cuando un varón la comunica a mujer. No sale de día de su rancho y espera la noche para acarrear agua de la ciénaga y visitar parturientas que le cuenten el arte de parir hijos.

Anselmo también oculta su rostro bajo el sombrero de flecha, pues el sol denuncia su tez jipata por los brebajes. Teme al sexo de su mujer. Su recia contextura de domador de caballos, capaz de resistir los tirones de los toros enlazados, no rezuma el suficiente vigor para engendrar un hijo. Viene de raza

prolífera. Abuelos gallegos multiplicados en indias y mulatas con la raigambre inconfundible de su piel bronceada y la barbilla hendida. Siempre fueron así, corpulentos y de pelos rojizos. Pero toda esta pujante herencia se reprime impotente en él. Calla en la hamaca, de espaldas a ella. El cuerpo sudoroso y desnudo de su mujer en vano lo sonsaca. Desde que visitaran la tumba del difunto Jacinto, no puede alejar la idea obsesiva de su olor como si el otro habitara en él. Regala la cama, el machete, el fogón y cuanto haya comprado el muerto sin que logre alejar su presencia. Se mudan al otro extremo del pueblo, en la orilla de la ciénaga. Oye a los amigos que le aconsejan se acueste con otras mujeres y la experiencia le alivia en parte, porque, si bien descubre su virilidad, no puede transportarla a su propia hamaca.

Eduviges le confiesa mordiéndose los labios:

—Esta noche, cuando el alcaraván cante las doce, me voy a ver a la bruja Blasina.

La mira echarse el trapo a la cabeza en la espera de que el pájaro divida con su canto doce veces el silencio de la noche. La humedad de la ciénaga filtra por las rendijas del bahareque su vaho oloroso a siembra. Las mazorcas de maíz y los gajos de arroz colgados en la tirante del techo son un reto a la fecundidad. Muy cerca, en el charco del patio, los sapos cantan y ciñen voluptuosos el vientre de las hembras. «Si te frotas un sapo, engendrarás más hijos que un toro padrote». Se obstina en no creerlo aunque su mente repita en silencio el consejo del yerbatero. Distingue claramente el ronco croar de un sapo cuerno que afuera hace burbujear el agua cuando entona sus notas.

Por fin el alcaraván alborota la ciénaga. Eduviges se persigna y se escurre silenciosa por la puerta. Anselmo se asombra de poder seguirla mentalmente por la oscuridad hasta sentirla golpear tres veces el rancho de la bruja. Se engaña: el sapo entona tres veces su quejido de macho. Saca la linterna eléctrica y alumbra el patio anegado. Sorprendidos por los rayos de luz, los renacuajos se hunden en el charco. Rodeada de espuma, la madre prolífera, aletea la garganta y enciende sus ojos. Cada apretón del sapo que la cabalga, puja y se abisma. Anselmo se decide y pilla al macho por el cuello sin que este deje de ronronear y persista en abrazar a la hembra.

—¡Blasina!

—¡Sí, mija, entra!

Eduviges empuja la puerta sin tranca. Hay un fogón con una olla de barro tapada con hojas de bijao. El cocimiento exhala el fuerte olor de la yerbasanta. Los tizones de candela iluminan a Blasina hurgando el fuego con la punta de

su tabaco. A su alrededor hay varias colillas mascadas.

—Te esperaba. Ya está lista la bebida.

Bajo la pollera mugrienta de la vieja, una gata amamanta a varios pequeñuelos. Diez ojos miran recelosos como otras tantas brasas del fogón. Eduviges busca insistentemente la lechuza y los murciélagos que dicen habitan la casa de la hechicera y sólo descubre el rugoso coto de esta que baja y sube cada vez que chupa el tabaco. Teme cuanto pueda hacerle. La anciana, llena de arrugas y con sus ojos verdiazules, le recuerda las babillas. Su piel blanca se ha vuelto mohosa por los años. En las puntas de sus dedos las uñas renegridas aletean como moscas a su alrededor. Más que soltar las palabras parece chuparlas:

—¿Trajiste el pollerín que te encargué?

—Sí, me lo dio una mujer recién parida. Se lo puso tres días sin quitárselo.

—Está bien. Tómate esta bebida y desnúdate.

La acuesta sobre una estera y palpa su bajo vientre hasta hacerla gemir. Suavemente le unta manteca de caimán y le gotea esperma derretida de una vela. Eduviges se contorsiona.

—Mañana, sobre la tierra calentada por el sol, acuéstate bocabajo a las doce del día, y no vuelvas a juntarte con tu marido hasta la luna nueva, época buena para la siembra.

Graba en su mente todas las indicaciones y más tarde las realiza sin que el hijo se agite en sus entrañas.

Anselmo desespera y enflaquece. Se ha restregado los sapos contra la ingle; bañado el falo con sangre de macho cabrío en celo y por dos veces ha poseído en la orilla de la ciénaga hembras de manatí sin que aparezca la virilidad fecundante.

Entonces es cuando Eduviges, se acerca a Domingo suplicante:

—¡Píntame una santa que me dé muchos hijos!

Los vecinos, que nunca dejan de visitarlo, rezan en voz baja. El paralítico se esfuerza en mover el lápiz. Desde un rincón, donde ha prendido varias velas, Anselmo afronta valerosamente las miradas de todos. El sacristán, conocedor de los efectos del contagio, aconseja a Eduviges:

—Reza de rodillas y agarra los pliegues de la sábana que cubre el cuerpo de Domingo.

La punta del lápiz garrapatea la imagen. Los ojos de los que rezan se tuercen y quieren seguir los trazos a saltos.

—¡Otra santa milagrosa!

El primero en arrebatársela es Jeremías; los demás quieren verla a la vez y se disputan el papel.

—¡Es la santa más bonita que ha pintado!

A empujones, Eduviges logra apoderarse de la imagen arrugada. Defendida por Anselmo, salen a la calle atropellados por los que les siguen. Se encierran en su rancho y, a solas, Jeremías aconseja en voz baja:

—Esta noche, cuando te acuestes con tu marido, aplícate la imagen en la barriga.

Quince días después, la regla no aborta su sangre. El útero crece y se agita con el alboroto general que pondera el milagro.

Al pisar la tierra sinuana, sintió que los dedos de los pies, enrejados por las albarcas, se hundían y afianzaban definitivamente en el barro. En Chimá encontró a otras extranjeros, a los que llamaban «turcos» aunque fueran libaneses o sirios. No pudo familiarizarse con ellos y prefirió que lo colonizaran los nativos. Aficionado a las madonas y al recuerdo de sus peregrinaciones infantiles a la basílica de San Pedro, el italiano Anichárico pronto se embarbascó con la superchería del pueblo. Buscaba rezanderos para que le curaran la gusanera a su mula o le protegieran los cultivos del algodón contra el picudo. Apenas se asombró cuando aparecieron los primeros verdugones en las espaldas y brazos de sus dos hijas mellizas.

—El duende Juan Lara se confunde en la oscuridad y a veces muerde el cachete de una y el brazo de la otra.

Nadie duda de la existencia y de las travesuras del duende. Sus simpatías se manifiestan por igual con las viudas, solteronas y doncellas. Hasta se atreve con las casadas. El italiano acoge con buen humor sus amoríos con las hijas:

—Tendré un yerno que me dará más riquezas que mis cultivos.

Las muchachas entran en la pubertad y sus senos cargados les hacen aparecer como mujeres que esperan de tiempo atrás el asalto de la fecundidad. Una tarde, por el camino que da a su finca, la mula se le encabrita súbitamente y Anichárico oye que le gritan por entre el jaramago salvaje:

—¡Cuidado! ¡Juan Lara te empreña las mellizas!

Ajusta las piernas contra la bestia y consigue que no lo derribe. Se persigna y espolea al animal. Llega a la casa y encuentra a las dos hijas con el rostro enjabelgado de polvos y coloretes. Les pregunta inquieto:

—¿Han visto a Juan Lara?

—Sí, papá, se nos aparece por todas partes.

En la atmósfera santurrona que despiertan los milagros de Dominguito, prospera la persecución del duende a las hijas del italiano. Hasta se dice que su cuerpo es igual al del paralítico y dizque muchos lo han visto salir del rancho de este a media noche con destellos de fuego. Acuden a casa de las mellizas y las acosan a preguntas:

—Cuenten, ¿cómo es el duende?

La una sonríe y responde sin vacilación:

—Es un muchachito que tiene más o menos ocho años pero su cara es la de un joven hermoso. Los que oyen exclaman:

—¿Igual que Dominguito?

La menor rechaza con firmeza:

—No, ¡no es Dominguito! Tiene los cabellos rubios como los míos y, de noche en la oscuridad, les resplandecen como brasas de candela.

Las hijas de Anichárico nada han sacado de la madre mestiza. Más se parecen a las madonas y ángeles de que les habla el padre en sus recuerdos de Roma y del Papa. Pero sí heredaron la superchería materna que desde pequeñas las protege del demonio y del mal de ojo con dijes de mate. No es extraña su credulidad en aparecidos y mohanes que infestan caminos y rincones oscuros.

—Brinca como una rana —describe la más ingenua—. Unas veces vestido y otra en cueros.

Angustiado por la prevención de la bruja en el camino de los jaramagos, el huesudo Anichárico conduce a sus hijas a presencia de Dominguito. Las mellizas bajan la cabeza y esquivan las miradas ansiosas de mirar los lamparazos dejados por el duende. Jeremías no se atiene a los simples relatos y pide al italiano:

—Dile a tus hijas que muestren los verdugones.

En el corrillo se agrandan los ojos de las mujeres y se acalora el resuello de los hombres. El padre levanta la falda de una de ellas y el bobo Camilo exclama, conteniendo la risa:

—¡Es un mordisco de macho!

La otra se resiste a mostrar sus espaldas y Jeremías hace salir a los varones. En el hombro están las huellas que dejaron los dientes ardorosos.

De rodillas, Anichárico ruega a Dominguito:

—Aleja de mi casa al duende Juan Lara, que no me deja dormir a las mellizas y echa tierra a la comida si no se le pone un plato en la mesa. Sus

travesuras han acabado con mi paciencia. Líbrame de él, te lo suplico de rodillas.

Las hijas miran contra el suelo. Balaude, en la puerta, forcejea con los que quieren volver al interior del cuarto. Revestido de autoridad, Jeremías ordena a las muchachas:

—Arrodíllense, besen tres veces las manos de Domingo y recen siete avemarías. Juan Lara, duende o mortal, las dejará en paz.

Por la ventana de la calle, un mocetón observa más preocupado que los otros la suerte de las mellizas. Las muchachas le miran con expresión de reproche mientras recitan calladamente el avemaría. Indudablemente atrancarán la puerta esa noche porque temen la clarividencia de Domingo, capaz de descubrir lo que no han logrado los ojos vigilantes del padre. Al retirarse afrontan desafiadoramente las miradas que antes esquivaban temerosas. La una junto a la otra, marchan delante de Anichárico, satisfecho de haber cumplido con sus deberes protegiéndolas contra el embarazo pecaminoso del duende. Las tocan y admiran en ellas esa súbita satisfacción de sentirse limpias de pecado. Al contacto de Dominguito los endemoniados se purifican.

Hasta la mente oscurecida del idiota Camilo reacciona con los prodigios realizados en su presencia. Desde que le retoñaron los bigotes, rehuyó la compañía de los demás, negándose a responder a quienes le interrogan. Los vecinos le encargan cortar leña y acarrear agua de la ciénaga. Jeremías le toma de acólito para que barra la iglesia y encienda las velas. A veces se escapa de este ambiente monacal, del que gusta por la soledad, para esconderse entre los matorrales de los potreros, donde persigue libidinosamente a las pollinas. Se desnuda y confundido con las plantas acuáticas de las ciénagas espía a las mujeres que se bañan.

Una tarde, mientras rezan el rosario en torno a Domingo, el bobo se abre paso por entre las mujeres con el incensario. Jeremías encabeza la oración con su voz altisonante que recuerda el distorsionado acento de la campana mayor de la iglesia. Al ver entrar a Camilo se persignan las mujeres y el rezo se suspende. Tras de llenar el cuarto con humo, el bobo se arrodilla y quiere manosear con sus manos temblorosas el cuerpo de Domingo. El sacristán lo amonesta con la mirada y, como no se retira, Balaude lo rechaza a cogotazos. Sumisamente, baja la cabeza a cada golpe como asno garroteado, mas insiste

en palpar al enfermo. Llama la atención esta terquedad de quien siempre estuvo ensimismado y retraído. Gruñe, extravía los ojos y sonríe.

—¡Sáquenlo de aquí! —grita desabridamente Balaude.

—Deja a ver qué quiere —el sacristán advierte que su mirada vacía se puebla de asombro. El idiota tienta la frente de Dominguito y observa a los que lo rodean como si de repente reconociera a todos.

—¿Dónde estoy? —se pregunta. Avergonzado, se tapa el sexo, que antes mostrara a través de la desgarradura de la ropa. Se arrodilla y llora.

—¡Ha recobrado la razón!

Besa las manos de Domingo, abandona el incensario y, apresuradamente, toma el camino que conduce a la casa de sus padres, de donde se ha ausentado años atrás.

Los prodigios se realizan diariamente. La excitación contagia a otros y cada quien desea ser objeto de milagro. Hasta los hechos conocidos, cotidianos, adquieren inesperados caracteres de misterio. Los ancianos, habituados a la sombra de los rincones, salen de sus ranchos en demanda de Dominguito, deseosos de recobrar la perdida alegría de vivir. Las viejas que desistieron de suplicar a santa Lucía del Carito para que les devolviera la vista, se hacen acompañar de sus nietos y claman a Domingo por un puñado de claridades en sus ojos. La cegata María del Carmen visita todas las tardes al lisiado. Golpea las puertas con un bastón enrumbándose por sí misma. En cuanto llega al rancho de Domingo, arroja el báculo y se arrodilla ante él, afirmando que lo ve todo.

El sacristán observa complacido y atiza el fanatismo sin darse tregua. Sacerdote del nuevo culto, procura que las limosnas dadas a Dominguito tomen el camino de la iglesia. Aparenta desprendimiento al cederlas a San Emigdio pero vigila el corral en donde encierran a los marranos y gallinas. Atesora en las alcancías los dineros y «milagritos» de oro, asegurando que las entregará religiosamente al padre Berrocal cuando este haga una nueva visita al pueblo. No dudan de sus palabras, pues nadie ha demostrado más celo que él para glorificar a Domingo Vidal.

Por dos veces se incendia el rancho de Blasina. Por las noches, al acostarse, sus vecinos clavan los machetes al pie de la cama y dejan las tinajas rebosantes de agua. Duermen con sobresaltos y les despierta hasta el aleteo de los

murciélagos cuando rozan el caballete de las casas. Antes de tañir las campanas, el viento esparce el oloroso vaho de la palma quemada.

—¡Se quema otra vez mi rancho! —grita la vieja en mitad de la calle, abrazando a sus gatos, incrédula de que por tercera vez las llamas la saquen a media noche de su toldo. Acostumbrados al fuego que se empecina en destruir su casa, el pueblo deja que se queme sin arrojar una totumada de agua.

—¡Apaguen! ¡Se quema mi casa y mi baúl! Les juro que no tengo pactos con el diablo.

La candela consume las ventanas y puertas donde tiene pegadas las efigies de San Emigdio, benditas por el padre Berrocal. Los vecinos se fingen sordos, gozosos de ver convertidos en cenizas hasta los cimientos del rancho.

—¡Esto te pasa por andar de hechicera! —le grita Remigio.

El resplandor de las llamas acentúa sus lágrimas.

—¡Dominguito, ampárame! ¡Líbrame de Satanás!

Se persigna y, desafiante, penetra entre el fuego y rescata su baúl. La alegría le cambia el rostro y sus lágrimas tienen un sabor dulce que la hace sonreír. La rodean y asombrados le oyen exclamar:

—¡Dominguito! ¡Te haré una corona de flores!

Despreocupada de que el incendio la haya dejado en mitad de la calle sin techo donde dormir, sobre un cajón corta los pétalos de papel de seda, los retuerce en la punta de los alambres y teje una hermosa corona jamás vista por el pueblo. Con ello, Andrea siente arrebatos de coronar a su hermano. Lo empolva y peina como si fuese una mujer. Luego, sonriente, le ajusta la corona de papel en la cabeza. Él se mira fijamente al espejo que le colocan en frente y no se sabe si protesta o goza con aquellos desvaríos de su hermana solterona. La madre y Balaude le arreglan los pliegues de la camisa y juntan un manojo de velas encendidas para que pueda mirarse mejor su corona de flores de papel.

—Ningún santo podrá liberarte mejor de los incendios —dijo Jeremías a Blasina, quien muestra el único diente que le resta con jubilosa sonrisa. Los que la rodean sienten envidia y no reparan en la blasfemia del sacristán.

El vientre de Eduviges se hincha tanto que hace pensar en gemelos. Recorre las calles y levanta el polvo con sus chancletas atronadoras. Sus caderas abiertas estrechan y acortan las faldas. No teme las miradas y los comentarios que

antes la avergonzaban. Se detiene en todas las puertas para comentar su engendro milagroso. A la orilla de la ciénaga donde las mujeres lavan la ropa, revela con orgullo:

—Domingo me ha dado un hijo varón que me patea la barriga con la fuerza de un pollino.

José Dolores Negrete la manda a llamar con Jesusita, la aguatera del pueblo. La muchacha, ante ella, se retuerce y esquiva la mirada. Por fin le dice:

—El viejo Negrete quiere hablar contigo.

El sonrojo en las mejillas morenas de Jesusita sorprende a Eduviges.

—¿Qué quiere conmigo? ¿No será un pretexto para pellizcarme las nalgas?

La aguatera, fecunda por la pubertad, siente que sus apretados senos quieren romperle el corpiño. Con los dedos de los pies amasa el barro del embarcadero y responde quisquillosa.

—¡No seas habladora! Quiere verte para convencerse de que Domingo te hizo el milagro del embarazo.

La tinaja sobre la cabeza de Jesusita le hace temblar todo el cuerpo y Eduviges le dice socarrona:

—¡Ten cuidado con el viejo!

La múcura pierde el equilibrio y está a punto de caer. La aguatera se aleja con el vestido mojado que le transparenta las caderas mulatas. Eduviges la sigue con la mirada hasta verla entrar al patio del ricachón. «Si el viejo tuviera diez años menos la preñaría», piensa. Una sonrisa apaga sus conclusiones. Le incomoda que alguien del pueblo dude de su embarazo. Arrastrada por su orgullo, ese mismo día se presenta ante el hacendado.

—Aquí me tiene, don José Dolores. Me dijo la Jesusita que usted quiere verme la barriga.

El viejo le rebulle el vientre, incrédulo de lo que ve.

—¡Y son dos! —exclama escandaloso—. Me habían dicho que tenías la matriz pasmada.

—¡La pura verdad! No me valieron yerbas ni médicos. Pero Domingo me hizo el milagro.

El anciano no puede moverse por sí mismo y pide a Eduviges que observe si alguien escucha por los alrededores.

—Estamos solos —le informa, manteniéndose a distancia. Sabe de sus lisuras y se pone en guardia de sus pellizcos. El ricachón insiste en hacerle señas para que se le aproxime. Ella le obedece anteponiendo su vientre como su mejor defensa.

—Diga usted...

—Quiero que me prestes tu virgencita milagrosa.

—¿Para qué la quieres? ¡Si tiene regado medio ciento de hijos!

—Esas son cosas mías. Tráemela por una noche no más.

La embarazada lo mira con picardía.

—Bien, se la traeré, aunque no sé si me haga daño para mi embarazo.

Dos noches después los padres de Jesusita comentan la propuesta hecha por José Dolores Negrete.

—Quiere que se la venda —dice la madre con la voz sofocada por la carrera dada desde la casa del ricachón.

—Buen negocio sería si le dejara un hijo —explica el padre. Piensa que el viejo es uno de los más ricos terratenientes de la región y nunca se ha casado. ¡Si la hija pudiera darle un heredero más!

—Le pidió prestada a Eduviges la virgen que le pintó Dominguito y espera tener otro hijo a su edad.

El campesino sugiere entusiasmado:

—¡Si la cosa es así!

Jesusita se queda a dormir en el cuarto del hacendado. A los dos meses se alza la cúpula de su vientre y José Dolores Negrete escandaliza con aquel postrer vástago que se atribuye. Hace que cuatro de sus hijos mayores lo carguen y lo transporten donde Dominguito para testimoniarle su agradecimiento.

—Te traigo esta bolsa de monedas por haberme dado fuerza para preñar a la mulatica.

El borbollón hace tremolar los juncos de cañaflecha. Atisba atento apoyando el arpón sobre el hombro. Presiente el caimán atento a los bocachicos que entran a la ciénaga. La punta de la champa describe un amplio círculo y se desliza cautelosa por entre las ramazones. Comprueba que se ha equivocado: el borbotón persistente se diferencia de los coletazos del caimán. Más allá puede apreciar que el torrente penetra impetuoso en la ciénaga. Si no se ataja, el río sepultará totalmente los ya inundados cultivos y las poblaciones ribereñas de la ciénaga. Recoge el trasmayo y se apresura a regresar al pueblo. La champa, empujada por la misma corriente, se desliza briosa a cada golpe de palanca. Extraño que Abel se desplace velozmente. Su costumbre de andurrear al acecho de los peces, le hace lento y parsimonioso. Ahora despierta sus

músculos y la proa de la champa es un cuerno que empitona el agua. Desde lejos alarma con sus voces:

—¡El río ha abierto una nueva boca!

—¿Por dónde?

Señala el distante horizonte con la punta de la palanca.

—¡Por el caño de Aguas Prietas! Los gritos y las carreras avivan los patios. Acarrean piedras y sacos de arenas a las champas. La brusca irrupción de las aguas no los toma inadvertidos. Desde que el invierno se inició con sus violentos aguaceros presintieron la arremetida del río. Dos noches atrás estuvo relampagueando por las cabeceras y la corriente arrastró árboles desraizados, cadáveres de animales y cardúmenes de bocachicos que llegaban a ovar a las ciénagas. Sin embargo, como siempre, habían creído que el río se olvidaría de ellos, y José Dolores Negrete hasta predijo, burlón:

—Son aspavientos del Sinú. Con la madera que sacan de las montañas en sus cabeceras, disminuirán las lluvias y no podrá ni llenar el caño.

Le creyeron. Esa credulidad les aligeraba el temor a ver destruidos los arrozales en los pantanos y hasta el maíz sembrado en las tierras altas.

—Es una boca grande. Si no la tapamos esta noche, mañana se hundirá hasta la cruz del campanario.

Abel habla y dirige las canoas atestadas de hombres. Remigio y Anselmo, con los machetes a la cintura, toman la delantera. Su champa es pequeña, pero la han recargado por ser la más ancha y honda. Se esfuerzan en remar corajudamente para mantener la ventaja sobre los más próximos. Los hijos de José Dolores Negrete, interesados en salvar los extensos arrozales del padre, hunden afanosos las palancas y los canaletes en el remolino dejado por los punteros. La liviandad de su champa les favorece en la persecución, pero mucho más sus ocho brazos que bogan incansables. Les aterra el ronquido del agua que se escucha a la distancia. Las plantas acuáticas, derivadas del cauce madre del río, obstaculizan el paso de las canoas. Llegan de primero los Negrete y murmuran sorprendidos:

—¡Virgen Santa, tiene más de ocho brazas!

Se desnudan y arrojan al agua. Sus cuerpos mulatos, mestizos y zambos, demuestran que su padre no tuvo predilección por el color de sus mujeres. Los rezagados se adentran por la espesura de la ribera y a machete tumban las ramazones apropiadas para estacar. Enfrentados a la corriente, se sumergen y las clavan en el lodo del fondo. La fuerza conjunta logra enraizarlas y los trenzados juncos de cañabrava contienen la empalizada del río. Se zambullen

con resoplidos de bestias afiebradas, para acumular piedras, sacos de arena, y, tras de chapotear todo el día, la corriente impetuosa comienza a cambiar de rumbo.

—¡Cogimos la boca!

El cansancio les hace sentir los miembros acalambrados. Uno a uno suben a las embarcaciones y entonces descubren las desgarraduras que sangran.

—A mí se me pegaron las sanguijuelas —exclama Anselmo, quitándose los gusanos prendidos de una pequeña herida.

—Deja que te chupen la sangre que te envenenó el difunto.

Las risotadas le impiden responder y su silencio es una tácita aceptación del consejo. Permite que las sanguijuelas succionen glotonas hasta desprenderse rebosantes del hartazgo y, al destriparlas con el pie en el fondo de la champa, su propia sangre le produce asco.

—Esta noche el viejo José Dolores tendrá que darnos trago hasta emborracharnos.

Los hijos del ricachón se adelantan al agradecimiento del padre:

—¡Seguro que habrá ron para todos!

Saben que el río es traicionero y dos de los Negrete se quedan con Abel para vigilar la boca tapada. Al caer la noche, los mosquitos, más hambrientos que las sanguijuelas, sangran sus espaldas semidesnudas. El aguardiente no logra calentar los cuerpos entumecidos por el frío de la ciénaga. Los que regresan, advierten desde lejos muchas luces en el embarcadero. Imaginan que el pueblo ya celebra el triunfo logrado sobre el río. Se afanan por llegar, pero pronto el vocerío de la orilla les arrebata el entusiasmo:

—¡Corran! ¡La corriente se nos vino por atrás!

Hacía muchos años que el río no inundaba los pueblos ribereños por la parte alta.

—¡El agua viene montaña abajo!

La creciente circunda el cementerio, la parte más elevada de Chimá, y aniega los últimos tramos que sobresalen de las calles. Principalmente, se construyen tambos y barbacoas en el interior de los ranchos. Las mesas, los asientos y otros objetos de madera sobrenadan.

—¡San Emigdio, ampáranos!

El atrio de la iglesia ha desaparecido. Se encaraman a las tirantes y techos de las casas. Los Vidal permanecen en su rancho. Están convencidos que el agua no osará sepultar la vivienda bendita de Domingo. Es una convicción general. A él acuden las champas cargadas de mujeres y niños. Se alumbran con velas,

hachones y lámparas encendidas. Oran el avemaría y la voz potente de Balaude se empina sobre todas:

—¡Aquí moriremos con Dominguito, Virgen Santa!

El nivel de las aguas rebosa el marco de la ventana. En el interior nadan los bancos y las mesas. La cama de madera del enfermo flota como bote insumergible. Rafaela llora sujeta a su borde.

—¡Mijito del alma! ¡Este será nuestro fin!

Abrazada a la almohada de madera del hermano, Andrea no llora ni reza: espera paciente que el río convierta su rancho en sepultura de todos.

—¡Dominguito, no nos dejes naufragar!

El sacristán se abre paso a canaletazos por entre los que oran idiotizados. Olvidado de sus ademanes mansurrones, se desnuda y grita colérico:

—¡Dejen de rezar y saquémoslos que se ahogan!

Los fanatizados se asombran de su falta de fe. Cierto es que sus calzoncillos, hasta más abajo de las rodillas, le quitan su aire de beato. La puerta del rancho de los Vidal se reduce a una estrecha rendija por donde se precipita la corriente. Jeremías y Remigio se zambullen y penetran al interior.

—Moriremos aquí con Domingo.

Balaude no sólo se resiste a que la evacúen, sino que impide que saquen a Domingo.

—¡San Emigdio, no permitas que estos demonios se lleven a mi hermano!

—¿Pero no te das cuenta de que soy Jeremías?

Remigio, que ha logrado sujetar a Andrea, la hunde e impulsa por el hueco de la puerta. Al verla salir, regurgitante el agua por las narices, despiertan los que rezan y se apresuran a rescatarla. Algunos varones deciden penetrar al rancho y ayudan a sacar a Balaude, que reparte mordiscos y trompicones:

—¡Los demonios! ¡Dominguito, ampárame!

Rescatada la madre y las hijas, se inquietan por los que quedan atrapados. Remuévese el agua, álzanse las manos anhelosas y, súbitamente, emerge la cabeza de Domingo reclinada sobre la cama. Los cabellos mojados, los ojos brillantes y acentuada su sonrisa. Detrás surge Jeremías, que grita:

—¡Domingo es salvado de las aguas como Moisés!

—¡Bendito sea Dios!

Se olvidan de las casas y de los cultivos inundados. El salvamento provisional de Domingo es un milagro colectivo. La ciénaga, sobreanegada, equilibra sus aguas y la corriente deja de fluir. Domingo es paseado en la champa por los callejones sumergidos y su presencia portentosa amansa las

aguas desbordadas.

El padre Berrocal se asusta al escuchar las voces alborotadas que llegan de Chimá, Momil, Purísima, El Carito, Mata de Caña, La Bonga, Cotorra, Palo de Agua, Cotocá. Toda la parroquia es sacudida por los milagros de Domingo. Le dicen:

—El santo desató el invierno.

Y el padre, paciente, sin sospechar la gravedad de los hechos, corrige:

—No blasfemes. Domingo no es un santo.

Lo miran sorprendidos. Definitivamente, el padre no comprende. Es olvidadizo. Como si no hubiese sido él quien lo rescatara de las llamas. Se excusa su ignorancia porque no ha presenciado los otros milagros. Le hablan de las mellizas de Anichárico, del hijo de Eduviges; del rejuvenecimiento de José Dolores Negrete; de la recobrada conciencia de Camilo; de la purificación de la endemoniada Blasina y de tantos otros prodigios que testimonian su santidad.

—No sean temerarios, hijos míos. No confundan la divinidad con la idolatría. Me han contado que Jeremías les ha predicado día y noche…

—Sí, padre. En sus propias narices han sucedido los milagros y ha tenido que arrodillarse reverente igual que todos nosotros.

Eduviges muestra su dibujo. Ha salido de las manos del mismo santo.

—Esto es un mamarracho. ¿Quién dice que aquí está dibujada la imagen de la madre de Jesús?

—¿Está ciego? Si hasta los niños distinguen los rasgos inconfundibles de la Virgen en aquella pintura santa.

—Padrecito, sin ella no tuviera este hijo en la barriga.

El párroco observa el dibujo, lo vuelve contra la luz. Finalmente lo desgarra contrariado y arroja los pedazos.

—¡Padrecito!

Se persignan y arrodillan sobrecogidos de pavor. El sacerdote incurre en apostasía. Eduviges trata de recoger los fragmentos de papel para reconstruir su imagen, pero no alcanza a reunirlos todos. Se los disputan y esconden.

—¡El diablo se ha apoderado de ustedes!

Comienza a penetrar en sus absurdas creencias. Levanta los puños, azota con la mirada y, colérico, les arroja de su presencia, que es como cerrarles las puertas de la iglesia. Confundidos se amontonan en la plaza a donde

continúan llegando las romerías de los pueblos en demanda de una misa consagratoria de la santidad de Domingo Vidal. El asombro y la perplejidad cunden. No se rebelan: la sumisión religiosa les impide concitarse contra su ministro. Incapaces de reflexionar acerca de su propio fanatismo, tampoco analizan ni comprenden la condenación del sacerdote.

Allí persisten mirándose entre sí, asombrados de que les hayan cerrado las puertas de la iglesia de Santa Cruz de Lorica, donde están sus partidas de bautismo, las de sus abuelos e hijos; allí se les ha enmatrimoniado con la bendición de Dios y yacen sepultados los restos de sus difuntos. Algunos regresan a sus pueblos cabizbajos, en las mismas champas que atestadas de creyentes bajaron por el río y las ciénagas en busca del cura. Otros deciden hablar nuevamente con él, y se comisiona al anciano José Dolores. Los chimaleros le ayudan a andar hasta la puerta y esperan el resultado de su mediación.

—Es increíble que usted, don José Dolores, siempre tan católico y devoto, se deje arrastrar por esas embelequerías demoniacas.

El anciano escucha reverente. Sus cabellos canosos brillan a la luz de los cirios de un gran crucifijo. Los hijos, los sombreros en las manos, oyen recogidos. El anciano replica débilmente porque las palabras no brotan a sus labios con la fuerza de antes:

—Yo no digo que sea santo. Sólo usted puede saberlo, pero de que están sucediendo cosas portentosas en Chimá, desde que usted sacó en brazos a Domingo de aquel rancho incendiado por una centella, no le quede la menor duda, padrecito.

—Tonterías, don José Dolores. Las mismas cosas de siempre, vistas con el ojo del idólatra. Déjese de venirme a mí con cuentos de prodigios y milagros por voluntad de ese pobre tullido, a quien yo he visto arrinconado en su cama desde pequeño.

—Si no son cosas de santo, serán, como usted dice, maquinaciones del diablo. Pero, sean divinas o malignas, debe ir allá a averiguarlo sobre el terreno. Que no se diga después que usted tuvo miedo de enfrentarse al demonio.

—Bien, iré a Chimá a destrozar el templo que ha levantado la herejía. Dígale a esos bobos que no regresaré para entronizar a Domingo en el altar, como esperan, sino a cortarle las pezuñas al diablo que quiere llevárselos a los infiernos.

El viejo hace un ademán a los hijos para que lo ayuden a postrarse ante el

sacerdote.

—Deme su bendición, padrecito, por si acaso es como usted dice.

—No lo ponga en duda. Eso de andar comprando muchachas a su edad son cosas del demonio.

El padre Berrocal nació en Santa Cruz de Lorica. En su infancia, conoce la superchería del pueblo. Teme, como todos los niños, que las brujas sangren a los recién nacidos chupándoles el cordón umbilical; tiembla por las noches cuando los duendes ponen a andar zapatos y chancletas; conoce las historias de los mohanes que asaltan a los perdidos en la selva; sabe del caballo sin cabeza que galopa por los callejones a la media noche; espía conjuntamente con otros niños, a la luz de la luna, la salida de la gallina negra con polluelos de oro que cloquea en la plaza de la iglesia. Alguien le asegura haber pillado uno de esos pollitos y que al apuntar el sol desapareció de sus manos. Sus estudios en el Seminario Conciliar de Cartagena son una brava lucha por deshacerse de estas supersticiones que emponzoñan su religiosidad.

Su combate implacable contra el demonio le distingue entre los seminaristas. Se desvela por sus oraciones y estudios. Duerme muy poco; se disciplina a escondidas; relee las Sagradas Escrituras y encomienda su alma a Dios para que le libre de las heredadas creencias. Sus estudios lo enflaquecen y decoloran. Los superiores temen por su salud y le aconsejan moderación. Prefiere estarse en su celda con su breviario a salir en congregación a los paseos dominicales a la orilla del mar. No se levanta a media noche para asomarse al balcón y mirar los pecaminosos bailes de carnaval en las fiestas novembrinas, como lo hacen todos los novicios. Si se le calumnia de perpetrar diabluras cometidas por otros, los superiores no obtienen de él una defensa que condene a los responsables, pues prefiere encomendar a Dios su castigo como una penitencia y una muestra más de su grande amor.

Nadie como él para predicar en sus propias tierras contra las asechanzas del demonio. Padre coadjutor, viaja por los pueblos. Cruza a pie los playones polvorientos; naufraga en los caños crecidos; cabalga mulas espantadizas en noches lluviosas y prefiere cargar sobre sus propias espaldas la maleta que otros religiosos suelen depositar sobre los hombros desnudos de algun sacristán. Después, párroco de la diócesis, emprende la construcción de la iglesia de Santa Cruz de Lorica. Cuando finaliza su alta torre, desafiante contra las cizañas del demonio, se llena de orgullo y humildad. Ocupa una

pequeña celda donde prosigue su antigua vida de anacoreta, con la sola compañía de sus libros sagrados y gran provisión de misales, escapularios, estampas y medallas, pertrechos para vencer a los diablos sueltos que aterrorizan a sus feligreses.

Este es el párroco que se enfrenta a la idolatría de los chimaleros. No ignora que Satanás baraja las cartas detrás del buen sentimiento católico de su grey. Le habría resultado más fácil enfrentarse a un charlatán convertido en exégeta de Dios que a ese pobre lisiado a quien él ha protegido. Otros hablan por él, otros lo exaltan y pretenden canonizarlo. Domingo no ha prohijado un solo acto de milagrería; no se ha consultado su voluntad; lo saben ahí paralizado, incapaz de pronunciar una palabra que pretenda revelar su santidad.

El río recoge sus aguas empantanadas. Las algas nacidas en las ciénagas, en grandes bancos de taruya navegan agua abajo buscando la sepultura del mar; también emigran a otros continentes los pisingos y cormoranes. Los ranchos emergen de las inundaciones con sus horcones enlodados y sus dueños palpan nuevamente el piso de sus casas, los callejones y caminos sumergidos hasta entonces. El sol retuesta las ciénagas y el limo acumulado se levanta en polvaredas revueltas por los vientos. Bien alto, los buitres trazan sus círculos invocando nuevamente las aguas.

Se acuerdan entonces de los santos de palo. De la imagen milagrosa de San Isidro, que venera Remigio en su casa y que les ha anticipado muchas veces el invierno. Jeremías, con oído abierto a la superstición y otro a la catolicidad, propone:

—Saquemos este año a Domingo.

Así como el cura propicia las rogativas en las grandes sequías, patrocinarán otra con Dominguito. Lo saben amado de Dios y juzgan que su intervención será atendida. Esperan a que el sol se remonte a lo más alto del cielo y, cuando las calles reverberan hasta enceguecer, le transportan en hombros y encienden velas que lo alumbran, empalidecidas por la luz del sol. Inclinan sus cabezas sin sombreros y se pisan su propia sombra. Desbordan las callejuelas, la plaza, los patios. Frente a la iglesia, el sacristán se arrodilla y abre en cruz los brazos. Domingo aceza, traga saliva, suda.

—Pongámoslo de cabeza como a San Isidro —aúllan.

La madre intenta oponerse, pero el hijo, ávido de penitencia, refunfuña:

—¡Hágase la voluntad de Dios!

Colocan su cabeza contra la tierra ardiente. Así clavan las imágenes de palo de San Isidro. Pero Dominguito no es de palo, ni de piedra. Bajo sus carnes secas, en los tubos duros de sus huesos, la sangre fluye a la cabeza, abotaga los ojos e hincha los oídos. Desde aquella posición el cielo es una inmensa ciénaga que va a vaciar sus aguas sobre la tierra reseca. Los hombres flotan en el aire. Sus cabezas, sus letanías, sus manos implorantes gesticulan revoltosamente en sus pupilas. No es él. Gira en la fiebre del vértigo. Pierde todo contacto con los hombres. Un coro zumbón de ángeles golpea sus tímpanos. Música celestial. Articula tres palabras, las esperadas ansiosamente:

—¡La Virgen Santa!

Escrutan las alturas. El sol enceguece y atolondra. Repiten delirantes:

—¡Ha visto a la Virgen!

Jeremías se apresura a suspender el bárbaro rito. Le alzan y palpan sus pies huesudos.

—¡A la iglesia con el santo!

El astuto sacristán no se atreve a tanto y desvía la enloquecida muchedumbre:

—Llevémoslo a su casa. ¡La Virgen oirá su súplica!

La luz crepuscular se inflama con los relámpagos. Los hombres callan. Observan el cielo desde los corredores, las cocinas y los patios. La noche, polvorienta de estrellas, arrebata las esperanzas. Buscan sus chinchorros; abren sus camastros de tijeras; crujen las barbacoas y, cuando duermen profundamente, la lluvia agujerea los techos de palma. ¿Sueñan? El agua fría, olorosa, abundante, refresca la atmósfera, nutre la tierra. Abel corre bajo la lluvia con gritos desesperados.

—¡Está lloviendo! ¡Dominguito milagroso!

Qué agradable estarse bajo el diluvio provincial. El rancho de los Vidal se ilumina. La madre abre las puertas y penetran vociferantes. Las hermanas le han vestido de blanco como los angelitos del Cielo. Andrea, alucinada, coloca dos cirios cerca de sus cabellos indios. Los que entran se persignan, se arrodillan. Jeremías rezonga con beatitud un réquiem.

—¡La primera pesca será para ti, Santo Domingo! —promete Abel. Ha tenido tiempo de sobra para remendar la atarraya en el largo verano. El hechizado no responde. También él reza agradecido. Las lágrimas licúan sus ojos.

Remigio, que se pierde en la montaña por meses seguidos buscando y labrando árboles, que sabe amasar el silencio con sus labios apretados, no

puede paralizar ahora su lengua:

—¡Demos un paseo bajo la lluvia al santo!

La presencia de Domingo y el olor del agua filtrándose en sus poros enajenan hasta el delirio:

—¡Vamos al paseo!

Rafaela antepone su amor maternal a la superstición:

—¡Eso no! ¡Lo van a matar!

La palabra «muerte» causa estupor. No conciben que Domingo, el santificado, pueda perecer. Rechazan indignados aquella sugerencia:

—¡Está local ¡Está loca!

Ha dejado de ser madre. Dominguito pertenece al pueblo, está bajo su arbitrio. Abel se posesiona de los hombros, disputando a los demás el honor de aquella preeminencia. Andrea y la madre resisten:

—A estas horas de la madrugada, y con la primera lluvia que produce fiebres, pillará una terciana.

La hermana mayor intercede a favor de los idólatras y ayuda a levantarlo. La lluvia arrecia, alimenta raudales que se precipitan por los callejones. Ruge la creciente en el socavón del río. El agua y la tierra se funden en el barro; la corriente enlodada se mete por entre los ranchos, arrastra nidos de pájaros, tiestos de cocina y barbacoas. Abatidos por el viento y la lluvia torrencial, chapotean el fango con altisonantes rogativas. Domingo, rígido en la propia atadura de sus articulaciones anquilosadas, bambolea sobre las cabezas. Repican las campanas. Jeremías, como todos, vive la fiebre que enerva y compulsa a la locura mística.

Al pasar la procesión frente a su rancho, Eduviges es sacudida por sobresaltos. La criatura patalea rudamente su abdomen y se abre paso. Sus gritos son una nota aguda en medio de los responsos.

—Se llamará Domingo —exclama la madre aliviada. Anselmo besa al hijo y corre a brindar su hombro como un soporte más al petrificado.

Las ropas de Domingo destilan agua. Ahora sus facciones indias se perfilan claramente. La nariz arqueada y los labios biselados se amoratan con el frío. La cabellera flechuda, tantas veces peinada por Andrea y Balaude, se empegosta en mechones goteantes. La boca contracturada muestra los dientes y la lengua, amarillenta por el aliento fétido. Sus carnes persisten secas a pesar de la lluvia; no hay realmente músculos, la piel apergaminada se pega en las rugosidades de los huesos. Detrás, sostenida, empujada, Rafaela cree sufrir los dolores de María tras su hijo crucificado. Los gritos histéricos de Balaude son un respiro

del sexo que no ha muerto. Y el rezo silencioso de Andrea, aborta, introvertida.

Después de dos horas de fatigante recorrido, ahondando repetidas veces las mismas huellas por los callejones, cuando perciben la borrosa luz del amanecer, regresan al rancho enronquecidos. Balaude lo seca y lo fricciona con alcohol mentolado. La fiebre sacude su cuerpo, a él que jamás se estremeció por las altas temperaturas de la malaria. La madre cocina yerbas de balsamina en tanto Andrea, las manos sobre la frente del hermano, mueve los resortes seguros de la plegaria:

—¡Dios, Santo, una vez más apiádate de él!

II

—¡Se muere el santo!

Es un madero ardiendo. Se rumora que en la oscuridad resplandece con el fuego de la fiebre. No logran aliviarlo cataplasmas, bebedizos, fricciones y rezos. El pecho le ronronea con los bronquios congestionados. Colócanle bocabajo e inútilmente le golpean la espalda. El jarabe de totumo, la manteca de babilla y otros menjurjes no le alivian. Los curanderos se niegan a medicinarlo; San Emigdio le protege y sus artes diabólicas nada alcanzarían. Los milagros del santo escasean las entradas de los hechiceros. Los enfermos confían más en las velas que prenden a sus pies que en brebajes. Secretamente los brujos desean su sepultura. Predican:

—Domingo ha muerto desde hace mucho tiempo. Dios lo ha convertido en piedra.

Prueba evidente es su inmovilidad y su silencio desde que lo encendió la fiebre. Muchos quieren ver su excremento, como testimonio de vida. No les basta que trague los alimentos, espabile, ronque y tosa. Aseguran que todo en él es vida aparente, muerte anticipada.

El más ferviente partidario de su existencia es Jeremías. Teme que el cura conculque su santidad enterrándolo, pues desaparecería su venta de agua bendita para purificar las velas que le encienden. No es tan incrédulo como aparenta por su sacrílego negocio y, convencido, invita al pueblo a rezar por el enfermo. Abusivamente, retira la imagen de San Emigdio del altar para llevarla al lado del moribundo. Sobran voluntarios para esta obra impía. Entran al rancho con la imagen. Las mujeres oran y se arrodillan ante el encuentro de aquellos dos santos. El uno suplicante, con los ojos enrojecidos, y el otro misericordioso, con sus pupilas de vidrio. La presencia de San Emigdio convulsiona el pecho del enfermo y le hace esputar sangre. ¡Maravilla! El santo vive, no es piedra, todavía les acompaña y oye sus plegarias. Retoman los escalofríos y los ojos de Domingo se tuercen. El llanto de la madre se acrecienta con los ronquidos de las plañideras que inundan el

rancho, el patio y las callejuelas.

—¡El santo se muere!

—¡Traigámosle nuestras imágenes! —grita José Dolores, y envía a sus hijos por santa Lucía, la efigie de palo que ha dado luz a sus ojos en ciento cinco años. Fama tiene de milagrosa. Sus rasgos demuestran la dureza de las manos del tallador de pilones que decidió labrar santos. Los ciegos recobran la vista al tocar sus ropas de organdí morado. Quita legañas a los niños y agudiza la vista a los cazadores. José Dolores confía en que ella borre los coágulos de sangre de la vista de Domingo.

También está allí presente la imagen de San Isidro encontrada por Remigio en el árbol de olivo en plena selva.

El padre Berrocal decide viajar en persona a Chimá. Se resiste a creer en la sacrílega conducta del sacristán, pero, un tanto desconfiado, se hace acompañar del cachureto Aristóbulo, el agente de policía que ha solicitado al alcalde de Lorica para imponer respeto a los irreverentes. También trae consigo a Cicano, el más viejo sacristán de la parroquia, a cuya lealtad quiere encomendar el cuidado de la iglesia de San Emigdio de Chimá.

Desean abandonar la ciudad sin llamar la atención; no quieren que se adelanten voces a prevenir a los idólatras. Pero es domingo, día de mercado, y deben atravesar la plaza. Los pobladores de las riberas del Sinú están allí con sus champas a lo largo de las defensas del puerto. El padre y sus acompañantes caminan por entre arrumazones de ollas y calderas de barro con el rojo granate de la cocción; abundan las esteras de napa, las hamacas y mochilas de contrastados colores. Al paso del sacerdote, los campesinos se quitan el sombrero y algunas mujeres se arrodillan pidiéndole bendiciones. Los padres incitan a sus niños a besar sus manos y a solicitarle estampitas de santos. Por vez primera el padre Berrocal se muestra esquivo y se da prisa en embarcarse.

Las aguas de las ciénagas, sosegadas en sus represas naturales, se liberan del limo revuelto y toman el color negro de los grandes bancos de algas. El sol entibia la superficie. El cura, abochornado por el calor se quita el sombrero de jipijapa para mojar su cabeza con manotadas de agua. Aristóbulo lo observa. Ignora cómo su uniforme pueda servir para contener a los irreverentes. Cicano no pierde de vista al boga y acopla el canalete a sus movimientos de palanca, impidiendo que la embarcación cabecee y describa un sendero sinuoso que haría interminable el cruce de la ciénaga.

Nadie los espera. El pueblo es una fotografía estática calcinada por el sol. No se mueven los árboles y ni siquiera un perro cruza la plaza solitaria. Sólo se oye el rezongo de los rezos detrás de los ranchos. El padre no se detiene un instante en la iglesia; cruza de largo la plaza y se adentra por el callejón que conduce al rancho de los Vidal. Detrás, el policía se esfuerza en enderezar su cuello torcido.

La idolatría adquiere su máximo aquelarre: el humo esparcido por Jeremías con el incensario, el canto de las letanías, el lloro de plañideras y lo que más encoleriza al sacerdote: San Emigdio en la calle, acompañado de los santos de palo. Irrumpe entre los que rezan cabizbajos y los increpa furibundo.

—¡Idólatras! ¡Sacrílegos! ¡Huid con estas imágenes demoniacas!

Algunas mujeres, asustadas, corren por el patio, pero la mayoría quedan paralizadas. Jeremías se atreve a hablar al cura con vocecilla de acólito regañado:

—Su reverencia, Santo Domingo expira y rezamos por su alma.

—¡Santo Domingo! ¡Te atreves a blasfemar en mi presencia! —responde el párroco—. ¡Aristóbulo, apresa al hereje!

El guardia obedece y lo sujeta por la camisa. Jeremías no opone resistencia; se arrodilla y con los brazos abiertos implora:

—¡San Emigdio misericordioso! Quita la venda de los ojos del padre Berrocal, que está ciego y no mira la santidad de Domingo Vidal.

Los fanatizados se unen a sus ruegos:

—¡San Emigdio, ayúdale a ver!

El policía arrastra al sacristán, quien se da golpes de pecho y tuerce los ojos.

—¡Húndeme en el infierno si soy pecador! ¡Tengo fe en Santo Domingo! Creo en Dios Padre, que lo ha santificado.

Las palabras de Jeremías confunden. Unos se postran de rodillas y las repiten fervorosos; otros le acompañan, compartiendo su pecado. Las mujeres se revuelven en torno al enfermo, le abrazan, se santiguan, imploran. En medio del bullicio, el cura ausculta el corazón del paralítico, aprieta el pulso y observa su mirada que no mira, sus pupilas incrustadas bajo las órbitas.

—¡Está muerto, quién sabe desde cuándo!

Retumba el griterío:

—¡Se ha ido al Cielo! ¡Santo Domingo se ha ido al Cielo!

Arrójanse sobre el cadáver, besan sus manos y gimotean. El párroco es incapaz de contener aquella barahúnda.

—¡Os habéis vuelto locos! ¡Retiraos, impíos! ¡Volved a la razón! ¡Que Dios

se apiade de vosotros!

Balaude se desploma en trance convulsivo, desgarrándose la ropa; Eduviges siente que la leche no mana a sus senos y alza al niño con gritos desgarradores; Rafaela se arranca los cabellos y su voz es un alarido más en la batalla de los requiebros:

—¡Se nos murió el santo!

Una sola persona se mantiene sorda: Andrea, que reza a los pies del cadáver.

Domingo Vidal, muerto, comienza a vivir jubilosamente. Vivo tenía groseras debilidades humanas. Ahora su cuerpo respira aromas; inspira fe; ejemplariza la resignación, la humildad, la dulce sumisión al dolor y a Dios. Sólo la santidad pudo ayudarlo a vivir pacientemente treinta y tres años.

No entienden que pueda negársele sepultura en la iglesia. Ruegan a Dios para que ilumine al sacerdote. Se congregan en la plaza a pesar de su condenación a la idolatría. Jeremías, preso, instiga. Los correveidiles le mantienen informado de los acontecimientos. Sus consignas, alentando la temeridad de sepultarlo al pie del altar, se comunican en voz baja:

—Que mantengamos expuesto su cadáver al sol y la lluvia en un ataúd blanco.

Prodigio: el muerto resiste a la putrefacción. Su sola presencia obrará el milagro de iluminar la conciencia apagada del sacerdote. La segunda noche los sorprende allí con sus letanías. También montan guardia los santos de palo, a los que la lluvia ha borrado el tizne de sus caras y desteñido sus trajecitos de organdí. A la medianoche, el sacerdote abre las puertas y este acto se interpreta como una victoria. El murmullo de los rezos se acentúa. Mas, repentinamente, las puertas se cierran, las campanas doblan y el sacerdote se dispone a predicar.

—¡Impíos hermanos! Dios os salve de caer en pecado mortal. Confundís en vuestra ignorancia la separación divina que existe entre el alma, luz inmortal de la esencia de Dios, y el mísero cuerpo que la cobija en su corto tránsito por la vida. Imagináis torpemente que alma y cuerpo son la misma cosa, y algo peor: que un hombre, porque tenga cuerpo encogido como esos monigotes de palo a los que también llamáis santos, pueda estar dotado realmente de santidad. Con vuestra adoración a estos falsos ídolos, caéis en pecado mortal. Reflexionad concienzudamente en vuestra herejía, no es excusable en quienes como vosotros, habéis recibido las aguas bautismales. Se

persignan y, supersticiosamente, responden «amén».

El religioso, con las vestiduras sagradas, seguido del nuevo sacristán, intenta encaminar el entierro hacia el cementerio, pero las rodillas se hincan furiosamente en tierra y las miradas confluyen hacia las puertas cerradas de la iglesia. Anichárico se incorpora, vacila; su ancestro romano le aconseja sumisión. Mil ojos lo observan, cientos de labios están prestos a gritarle: «apóstata», «judas», «traidor». Presiente esas voces y, aterrorizado, corre hacia la iglesia y contra las puertas abre los brazos en cruz. El padre Berrocal lo amenaza colérico:

—¿Quieres hacerte merecedor de excomunión, recalcitrante hereje?

Se persignan. Se saben creyentes, católicos y romanos. No pretenden rebelarse a su clérigo. Suplican comprensión para Domingo, que ha dado prueba de siervo sumiso. No discuten ahora su santidad, sólo desean que aquel cuerpo que no se corrompe, que en vida dio prueba de tanta devoción, sea sepultado bajo el amparo de San Emigdio y los demás santos de la iglesia.

El padre decide terminar con la embarazosa situación. Ordena al sacristán y al policía, los únicos que aún obedecen, le ayuden a conducir al muerto al cementerio. Balaude se aferra al féretro y, al ser desprendida violentamente por el policía, retiene un pedazo de tabla entre sus dedos crispados. Su hermana anda de rodillas detras del ataúd; hunde sus ropas en el fango, cae y se levanta. La madre se acoge al desmayo y queda abandonada sin que nadie se atreva a auxiliarla, rígida como su hijo, trabada la mandíbula y espumosa la boca. Los dos cargadores habían preferido enterrar a Domingo en una noche de luna llena, aunque se le aparecieran los muertos con sus garabatos. Adelante alumbra el cura con una linterna los charcos que forma la ciénaga desbordada. El ataúd blanco no pesa. Aristóbulo y Cicano lo transportan sin dificultad sobre sus hombros y tienen la impresión de llevar a un niño. La cara descubierta de Domingo, lavada y empolvada, se muestra sonriente. Ha desaparecido la mueca de sus labios que dejaba ver sus dientes amarillos. Es misterioso, la muerte parece librarlo de la contractura. Los cargadores han oído decir que sus articulaciones reblandecidas permiten ahora movilizar sus miembros, pero no osan comprobarlo. Lo llevan en alto, destapado, temerosos de que pueda incorporarse. «Si realmente ha muerto, ¿por qué no se corrompe?». Les aterran sus propias reflexiones y sólo se sobreponen a ellas por la proximidad del sacerdote con su crucifijo y responsos. La superstición y la religiosidad son dos mundos contradictorios que se complementan. Acechan los ruidos detrás de los arboles; se estremecen cuando el cadáver

tropieza dentro del cajón; tiemblan con el cascabeleo de las lechuzas. A cada paso se persignan y tratan de acercarse al sacerdote, ampararse en su sombra, en su rezo, en el escudo de su crucifijo sagrado.

A lo lejos, el cementerio flota en la oscuridad. Lo distinguen por las blancas sepulturas avivadas por el resplandor de las luciérnagas. A esa hora las ánimas en penas abandonan sus nichos para desandar los pasos dados en la vida. El sacristán y el policía lo saben desde su niñez. Tampoco ignoran que el sacerdote es la negación de todas esas supersticiones, pero su presencia no los libera de su pasado. Al pie de esas sepulturas, los terrores infantiles se agigantan. Entierran a la media noche, bajo un cielo de nubes espesas, a un difunto que sospechan vivo. El sacerdote anima a regaños:

—¿Qué hacen ahí que no cavan?

La tierra húmeda chasquea a cada golpe de pala o de pico y sus ecos retumban en todas las sepulturas. Se lamentan de no haber traído una botella de aguardiente. El cura, arrodillado, ora ante el ataúd. Se abstrae y suplica para el muerto la gracia divina que hayan podido obstaculizar los idólatras. Cicano debe sacudirlo; la sepultura espera y se llena de agua. La tierra parece rechazar aquel difunto. Aristóbulo pretexta que no desea arrojarle el barro a la cara. En verdad tiembla por la mirada fija del muerto, que parece suplicar sepultura en la iglesia. El religioso debe regañarles nuevamente:

—¡Pronto, sepúltenlo!

El policía muestra ser más valiente y se introduce en el socavón. Allí dentro, las palabras adquieren tenebrosa resonancia. Enmudece. Hace señas para que bajen el ataúd, pero al tocarlo le sobrecoge un tremendo escalofrío y suda copiosamente como si le hubieran mojado. Cicano se contagia de sus temblores y, sin fuerza para levantar la pala, prefiere despeñar el barro con los pies. Se le cae una albarca en la sepultura y no se atreve a rescatarla. Todos los muertos corean con gritos angustiosos los golpes que apisonan la tierra. Al abandonar el cementerio han enflaquecido. Llegaron hombres y salen cadáveres. Enfermarán mucho más cuando miren en la plaza del pueblo la hoguera de las velas que claman a Dios castigo a los irreverentes enterradores.

Desconcertados, los chimaleros se revuelven indecisos. Les hace falta quien encauce su desesperación al quedarse huérfanos de su santo. Anichárico recuerda al sacristán:

—Consultemos a Jeremías.

Los más exaltados, Abel y Anselmo, acuden a la casa donde lo tienen prisionero.

—Derriben las puertas —ordena Jeremías; intuye que para él se abre el reino de Dios. Tergiversa conscientemente los hechos y así los predica—: ¡Gracias doy al santo! ¡Me devuelve la libertad por manos de ustedes!

Sale del rancho, se arrodilla y pide a sus crédulos libertadores que lo imiten. En voz baja, suelta unos latinajos que ni siquiera comprende el mismo Anichárico. Es un latín arcaico, desfigurado por el santurrón, pero suficientemente eficaz para crear confusión y arrojar sobre él olor a incienso. Se levanta y su primera frase inteligible es una orden:

—Hay que desagraviar al santo.

Le aclaman y pretenden alzarlo en hombros. Se resiste. Es todavía muy prematura para andar en andas como Domingo Vidal.

—¡Déjenme pisar la tierra donde nació y donde han sepultado al milagroso!

Esa humildad deslumbra. Jeremías es un sincero creyente, humilde, sumiso. Ya va rodeado de la turba por los oscuros callejones. El sacerdote duerme al igual que los enterradores. Es el momento de gesticular, de abanderar a los descontentos, de trazar el camino de los fanáticos. Se dirigen al cementerio con linternas y velas. En tanto oyen las voces exaltadas coreando su rezo, medita en aquella feliz oportunidad que concentra en él los poderes de Domingo. Ahora que aquel ha muerto, si el sacerdote desconoce la divinidad proclamada por tantos milagros, nadie le disputará haber sido escogido por el mismo santo para librar la batalla de su canonización:

—Movilizaré todo el pueblo del Sinú. Predicaré en los ranchos, por los caminos, en las ciénagas y si es preciso hasta en los púlpitos. Suministraré al Papa todas las pruebas de la santidad de Domingo Vidal. ¡Probaré en concilios de cardenales y obispos que aquí, en Chimá, ha nacido un santo!

Él mismo se sorprende de que afluyan a sus labios las palabras inspiradas. Los que escuchan sienten su contagio y se congratulan de haber encontrado al mesías. Inútilmente las campanas llaman desde la madrugada. Las puertas de la iglesia permanecen abiertas. La plaza está sola, la lluvia no ha borrado las huellas de los pies que la hollaron por dos días y dos noches. Se descubren los pegotes de espermas en el portal con los pabilos todavía humeantes. Los perros madrugadores cruzan en silencio. Un burro sacude la cola, abandonado de su amo.

Aristóbulo anuncia al sacerdote que Jeremías no está en el calabozo. Las

puertas rotas relatan la violencia con que fue libertado. Sigue sus pesquisas el policía y observa que las huellas se desplazan hacia el cementerio. Recorre esa ruta que en la noche encontró sembrada de espantos y desde lejos descubre la romería de campesinos arrodillados en torno a la sepultura de Domingo Vidal. Retrocede. Esos campesinos, incapaces de levantar el puño contra su sacerdote, lo harían violentamente contra él. Le asusta la orfandad del camino, del pueblo, de las ciénagas. Presiente ojos que observan detrás de las puertas cerradas y las ventanas entreabiertas. En su cerebro comienza a incubarse la autoacusación.

En la sacristía, Cicano recibe por tercera vez la orden:

—¡Repica nuevamente!

Las campanas ahogan el mugido de las vacas que sufren la presión de la leche en sus ubres sin ordeñar; su eco se hunde por los rincones de las ciénagas, donde los cultivos de arroz yacen descuidados; las bandadas de garzas aletean asustadas sobre los cardúmenes de bocachicos que nadie acosa con las atarrayas. Los tizones apagados se enfrían bajo las cenizas; las múcuras olvidadas en los rincones tienen sed. Chimá está desolado, sepultura de la voluntaria muerte de sus pobladores.

Mientras tanto el padre Berrocal reza ante la imagen de San Emigdio; le suplica aparte a los chimaleros de su idolatría y los vuelva por la religiosidad verdadera. Le acompañan Aristóbulo y Cicano, agregados a sus ruegos. Como él, no han probado alimento. Los del pueblo se apartan de ellos para no verse obligados a negárselo. Tampoco el padre quiere ceder ante su estupidez y ordena:

—Bien, preparen la champa. Hemos cumplido con nuestro deber, no creo que desentierren al muerto. Volverán contritos y resignados a mendigar el perdón.

—¿Y Jeremías? —pregunta tímidamente Cicano.

El sacristán libre es más peligroso que Domingo Vidal sin sepultura. Si debiendo respeto a su superior prohijó el extravío místico con la imagen de San Emigdio, qué no sería capaz de adelantar fugitivo y en franca apostasía. Sus latinajos son suficientes armas para embaucar la mente crédula del pueblo.

El padre Berrocal sabe de las aviesas influencias de los rezanderos que enmascaran con un ropaje religioso las más absurdas supercherías. Y Jeremías, ahora alentado con su demostrada defensa de la santidad de Domingo, puede

concitar ritos sacrílegos.

El sacristán acicatea:

—Menos peligros representa Satanás que Jeremías suelto de madrina. Mejor será llevar el cadáver de Domingo a Lorica para que no lo explote.

El cachureto Aristóbulo se rasca la cabeza ante la mirada insistente del padre. Por adelantado se excusa de capturar al hereje. Necesitaría un ejército para enfrentarlo al pueblo que lo defiende y esconde. Así lo comprende el sacerdote y al dar la espalda a su iglesia de Chimá, apenas vigilado por la débil custodia de Cicano, presiente que en vez de sepultar la idolatría, le ha abierto sus horizontes. Religiosamente Cicano abre las puertas de la iglesia todas las mañanas; barre el piso de tierra; sacude las telarañas del bahareque; limpia el altar y espanta a los murciélagos que anidan en las palmas del techo. La imagen de San Emigdio, la adorada por Domingo, continúa sola. Nadie entra a prenderle una vela, a ella que nunca le faltaron. Puede que el sacristán se incomode con este abandono, pero no San Emigdio. El pueblo lo invoca diariamente y le encienden muchas velas para glorificarlo en el rancho que habitó el santo.

Rafaela y sus hijas han arreglado un pequeño altar en su cuarto. Allí está el lecho de Domingo, la almohada de palo; la manecita de madera con que le rascaban la espalda; el baulito con sus ropas aplanchadas y algunas de las imágenes que pintó. Son las reliquias. Las velas inundan el piso, los rincones, el altar y las ventanas. Se las encuentra por la sala, el corredor y hasta en la calle. Apenas puede caminarse entre ellas. Al encender la mecha, ampáralas con el hueco de las manos para que la llama se avive. Especifican:

—Para ti, San Emigdio, que tanto te apiadaste de él.

María del Carmen, la cegata, temerosa de que los santos vayan a equivocarse, prefiere colocarlas a la puerta de la iglesia. Cicano le increpa:

—¿Por qué no entras a ponérselas en su altar?

No responde. Nada tiene contra la iglesia. Jamás habría prendido una vela en el rancho de los Vidal si Santo Domingo estuviese enterrado bajo el altar.

—Te condenarás a los infiernos si no entras. Esta es la única casa de Dios.

María del Carmen se aleja y grita:

—El Padre Santo y San Emigdio conocen mi devoción. El sacristán sabe que su presencia en el pueblo es repulsiva. Nadie le dirige la palabra. Al cruzarse con él, bajan la cabeza, se persignan o huyen. Se cansa de rezar, de hablar a solas con la imagen de San Emigdio. Si entra a un ventorro a comprar queso o bollos, debe insistir en su demanda. Reciben su dinero de mala gana y

con mayores escrúpulos le entregan lo solicitado. Le dejarían morir de hambre si no fuese un pecado. Comprenden que no es tan culpable. Sin embargo, si él y Aristóbulo se hubiesen negado a enterrar al santo, seguramente el padre Berrocal habría entrado en razón.

A mala encrucijada le ha llevado su devoción. Cicano siempre fue un religioso cumplido. Aprendió a ayudar a misa desde muy pequeño. El rito católico no tiene secretos para él. En su gran pobreza —hijo de campesinos sin tierra—, lo entregan a un parroco para que lo críe y lo enderece por la vida monaguil. Esto hace cincuenta años y desde entonces no conoce otro oficio que el de acólito. Cambiaban los sacerdotes de la parroquia de Santa Cruz de Lorica y él proseguía allí, limpiando las mismas imágenes, barriendo las mismas celdas, cuidando de los Santos Óleos y del Viático.

A veces debía acompañar a los padres coadjutores en sus excursiones periódicas por las veredas. Recorría los caminos con la maleta al hombro o acosaba a los burros retrecheros, mientras el cura repartía bendiciones. Ayudaba en bautizos y matrimonios de quienes vivían en concubinato. Siempre purificado por tan buenas obras, seguro estaba de ganarse la vida en la Gloria eterna. Estuvo en Chimá con el padre Berrocal, mucho antes de que Jeremías se encargara de cuidar la iglesia de San Emigdio. Entonces le llamaban cariñosamente Cicano, en vez de Francisco, y se valían de él para que el sacerdote les atendiera sus muertos de primeros, en las atropelladas tardes de días de difuntos.

Y helo aquí persignándose asombrado, sin comprender cuándo ni cómo se ha colocado en sospechosa aptitud entre los santos. Elude examinar las posibles causas para no verse obligado a juzgar los hechos del padre Berrocal, quien en treinta años siempre le demostró confianza y consideración. Le atormenta verse excluido como un réprobo cuando creyó estar entre los escogidos. Refugiarse en la iglesia es pecado ante los demás; obedecer al cura, apostasía; sacrilegio dar sepultura a un cristiano. Si no ha pecado, ¿por qué se le obliga a convivir en un pueblo que repudia su fe?

La soledad no tiene sombra. Muerto su hermanito, Andrea deja de proyectarse hacia el exterior. Limpiar sus uñas, peinarle los cabellos y aderezarlo era una forma de enraizarse fuera de sí, de entrar en comunión. Ahora los caminos se han invertido, conducen la ausencia hacia dentro. Esa soledad no la llenan las velas que inundan la casa, ni los rezos, ni los

peregrinos. Dos días despues de enterrado, todavía crispa en sus manos las flores marchitas que quitara del ataúd. Ausente de sí misma, le visten el traje de luto. Comienza a ser un obstáculo con el cual tropiezan, al que apartan a un rincón. Igual que su hermano, no defeca y se le fuerza la mandíbula para que ingiera los alimentos. Arrodillada, apenas se adivina la luz en sus pupilas abstraídas. Recobra su antigua aptitud fetal y se momifica como otra estatuilla de palo.

Rafaela es otra taciturna que sólo recuerda obstinadamente el camino del cementerio. Los vecinos esperan su partida para acompañarla diariamente en su recorrido. Quieren congraciarse con su dolor y la siguen repitiendo sus rezos.

—¡La madre! —exclaman. Arrodillan a los niños a su paso y les aconsejan que besen su vestido negro. Está ausente de esa compañía. Anda sola, la misma vieja soledad que le dejara la viudez.

—¡Ya viene! —anuncian los que vigilan en la puerta del cementerio. Se adelantan para verla, le abren camino y despejan el lugar donde ora, siempre el mismo. Abundan las velas, las coronas y las crucecitas de matarratón que cada peregrino arroja sobre la tumba. Son tantas que sepultan la otra cruz de madera que clavara personalmente el padre Berrocal.

Siempre fue tan activa y dueña de casa, que Balaude no puede frenar sus energías con la resignación. Jeremías sospecha su desequilibrio mental y la incita:

—Predicaremos la santidad de Domingo por los pueblos.

La idea la sobresalta. Quiere marchar de inmediato con las ropas que tiene, sin peinarse ni despedirse de los suyos. Jeremías debe contenerla:

—Iniciaremos el peregrinaje al cumplirse el primer mes de enterrado el santo.

Es una excusa para dar tiempo a confeccionarle un traje de penitente negro, sandalias y un cordón de muchas vueltas en torno a su talle. En el pecho, a la manera de gran escapulario, le cuelga una de las imágenes dibujadas por el hermano. También se prepara así mismo para el peregrinaje. Deja crecer su barba y cabellera. Impaciente, se mira a diario en el espejo para constatar su crecimiento. Una gran horqueta de guayacán, que asegura sirvió para sostener al santo durante su exposición frente a la iglesia, le servirá de báculo. Abandona las albarcas y prefiere andar descalzo como los apóstoles. Su

atuendo es impresionante. Un ropón igual al de Balaude, pero blanco, termina por redondear su vestimenta de profeta. Y no ha olvidado lo más importante del negocio. Remigio le labra una réplica de la almohada del santo, un pequeño baulito donde lleva impresas hojas sueltas con la oración que ha redactado para demandar su gracia.

Esta oración, pacientemente meditada, es fruto de la mentalidad de un sacristán avezado en rezanderías. Asegura que el santo se la reveló en su prisión cuando fue encarcelado por orden del cura. Entonces la rezó siete veces con reconcentrada fe y al finalizarla ya estaban allí los libertadores enviados por Domingo.

Para asegurar su efecto debe ser bendita por él, medio expedito para que no se multiplique gratuitamente. La escribe con letra dibujada y con tinta negra:

> *Santo Domingo: Te adoro de todo corazón por los santos beneficios que me has prodigado mediante mis ruegos fervientes desde que te conocí. Te pido, postrado de rodillas, me apartes y me libres de todo pecado. Por el suplicio que padeciste desde tu nacimiento hasta el fin de tus días terrenales, vigila por este humilde siervo en todo tiempo y lugar. Venero el tormento que llevaste de por vida en tu lecho humildísimo de madera recia y dura, desmantelado de toda cobija. Adoro el madero más recio y duro que te sirvió de mullida almohada, porque padeciste en él todos esos martirios con la paciencia del santo Job y porque nos das ejemplo vivo de Santidad y abnegación. Por tanto imploro contrito intercedas con el Divino Hacedor y me ampares de todos los peligros. Que no me falte tu bendición apetecida. Amén.*

Ha dejado de dormir. Bajo la excitación, Balaude habla sin descanso y se pasea por el pueblo preguntando si se les ha aparecido su hermano. Oye sus voces llamándola e invitándola a predicar su gloria. Una mañana, no amanece en el pueblo. Sola, con su ropón blanco, la imagen de la Virgen en el pecho, embarca en una champa. Abel, cuya canoa ha desaparecido, comenta:

—Me dijo anoche que iría a Lorica a convencer al padre Berrocal para que enterrara al santo en la iglesia.

No le creyeron. Lo repetía de casa en casa.

—¡Tenemos que impedir que se presente en Lorica! —Jeremías teme por su propia invención. Si el sacerdote la encierra pierde su más preciado instrumento en las correrías que prepara. Moviliza a los fanáticos. Encuentran una de sus sandalias en la orilla y no queda duda de que se ha internado en la

ciénaga. Antes de embarcarse, Jeremías despacha las canoas disponibles, tripuladas por buenos bogas y con órdenes precisas. Confía a Abel la misión más importante y que él personalmente no puede realizar sin exponerse a prisión:

—Vete directamente a Lorica y no la dejes desembarcar por ningún motivo.

Reparte aguardiente, bendice a las champas y pronto las palancas afanosas hurgan el fondo de las aguas.

—Remigio, búscala por los lados altos de la ciénaga, a lo mejor ha ido a Mata de Caña o al Carito.

El santero, buen conocedor de los pantanos, medita antes de responder:

—La ciénaga está botando mucha agua y no creo que con un simple canalete pueda enfrentarse a la taruya que baja.

Jeremías se impacienta porque le desobedece:

—Encomiéndate a Santo Domingo y cumple lo que te digo. Puede que la encuentres atascada en la taruya.

La ruta más segura es la del río, a donde desaguan las ciénagas. Allá llegan los animales ahogados y cuanto flota libremente en las aguas. Jeremías endereza la proa de la canoa hacia el Sinú, esperanzado en alcanzarla antes que el propio río la conduzca a Lorica. Tiene a su favor las largas y repetidas curvas que hacen interminable la navegación. Abel, acortando el camino por el caño de Aguas Prietas, la sorprendería en caso de que les aventaje. Hay otra posibilidad que temen sin atreverse a decirlo: un naufragio. Muchos buenos nadadores han perecido en las aguas pantanosas atrapados por los caimanes. Con la mirada repartida, atisban sobre la superficie de la ciénaga algún indicio: el lomo de la champa, sus vestidos desgarrados o el canalete a la deriva.

—¡Balaude!

—¡Balaude!

Las voces levantan bandadas de patos salvajes sobre sus cabezas y se les ve dispersarse por distintos rumbos. Sobre la taruya caminan con meditados pasos las chelecas y sólo emprenden el vuelo, con escandalosas carcajadas, cuando la proa de las embarcaciones embiste las plantas flotantes. Pasado el peligro, regresan a los mismos lugares, donde anidan sus polluelos sostenidos en las amplias hojas de los misotis.

—¡Balaude!

Los escucha y calla. Avanza sudorosa, impulsándose con el canalete,

perdida en la gran inmensidad de las ciénagas. En su infancia canaleteó por todos los vericuetos de los pantanos. Bastaba la batea de lavar la ropa y una pértiga de cañabrava para adentrarse en las aguas que inundaban el pueblo. Una vez, ella y Andrea embarcaron a Dominguito y estuvieron a punto de zozobrar. Aunque de joven jamás volvió a remar, sabe dirigir su canoa con pericia. En su mente se cruzan todas las rutas: navega sin rumbo, descontrolada.

Sus seguidores surcan inútilmente la ciénaga en varias direcciones. El desconsuelo embarga a toda la tripulación. En los pueblos ribereños nadie les da razón de la fugitiva. La luz mortecina del sol llena los pantanos de sombras. Reflejado en las aguas, se advierte el vuelo de las aves que retornan a sus nidos. Las canoas siguen su misma ruta, que conduce a los altos árboles de la ribera, a cuya sombra se acogen los pueblos. Chimá, que ha vivido un día de sobresaltos y espera, guarda una luctuosa noticia a los que regresan:

—El dolor mató a Andrea.

Muere arrodillada, los párpados plegados. La creen rezando en el rincón, como es su costumbre. Pasan junto a ella sin sorprenderles su rigidez cadavérica. Blasina se le acerca para brindarle un plato de pescado. Desde que se recogiera en su melancolía, toma la costumbre de embutirle los alimentos, pero luego ella los erupta intencionalmente para prolongar su ayuno.

—Andrea, mijita, vamos a comer —le dice, pero al tocarla se desploma y aplasta las velas del rincón. Corren a auxiliarla con gran alboroto. Rafaela, ensimismada en la oración, no se inmuta.

—¡Está muerta!

—El santo en la Gloria, se la llevó a su lado.

La noticia se filtra por corrales, esquinas y callejones.

—¡Se murió Andrea!

Cicano abandona la iglesia y se acerca al rancho maldito, a donde no entra desde que acompañara al padre Berrocal. La muerte de Andrea atrae a todo el pueblo y a él mismo; a riesgo de caer en pecado, se mezcla a los curiosos, separado interiormente por abismo de catolicidad. Al ver el cadáver escuálido y reseco comenta inocentemente:

—¡La mató el hambre!

Las mujeres le miran indignadas, como si hubiera lanzado una maldición. De él no podían esperar sino irreverencias. Le empujan y sacan del cuarto, irrespetado con su sola presencia. De regreso a la iglesia, atropellado por quienes corren a mirar la muerta, advierte que su divorcio del pueblo es

mucho más rencoroso de lo imaginado; le odian como al mismo demonio.

Mojado y desalentado llega Jeremías al rancho de los Vidal. Encuentra a Andrea amortajada; la velan en el mismo cuarto sagrado donde el santo le arrebató el ánima para conducirla al Cielo. Blasina apenas ha tenido tiempo de confeccionarle una pequeña corona pero prosigue recortando pétalos de papel morado y forra los pistilos de alambres con crespones verdes. Insomne, confeccionará coronas durante la noche para que al día siguiente Andrea camine hacia el cementerio con la pompa merecida por su devota consagración al hermano. El velorio congrega a la población y son muchos los que llegan de los villorrios próximos pese a los barrizales del camino. Algunos desconocen al viejo sacristán. Impresionan sus largas barbas y cabellos sobre los hombros. El vestido banco y su voz solemne mueven a curiosidad.

—¿Quién es ese profeta?

Los chimaleros informan respetuosamente:

—Jeremías, defensor del santo.

Se alegran de conocerlo; mucho se dice de él desde que se enfrentó al padre Berrocal. Procuran acercársele; aspiran el aire místico de sus palabras y el olor a incienso con que se perfuma las ropas.

Ni por un instante Jeremías ha olvidado a Balaude.

—Remigio, reúne a los hombres y regresa a la ciénaga en busca de ella.

El exceso de voluntarios amenaza con hacer zozobrar la champa. Una lámpara encendida en proa abre la trocha entre las apretadas sombras de la noche. Cuatro canaletes remueven las aguas dormidas, en tanto que la palanca de proa rompe la trabazón de la taruya. La luz desvía a las mariposas y grillos de sus habituales órbitas, encandilados por su fuego persistente. Los mosquitos rondan con el sonsonete zumbón de sus oraciones y la piel dura de los campesinos apenas si se incomoda con su aguijón.

—¡Balaudee!

Se aquietan los canaletes y las palancas para que los oídos atentos midan la profundidad del grito. Las ciénagas abiertas se tragan sus voces y ni siquiera escuchan sus propios ecos. Restalla el conocidísimo coletazo del caimán y las miradas confluyen allí donde borbolla el agua. Dos tabacos prendidos flotan en las aguas por debajo de las plantas acuáticas sin incendiarlas.

—¡Caimán maluco!

Remigio esponja el pecho y aprieta el canalete como si fuese un arpón.

—¡Algun día te quito la fregantina!

Sus palabras brotan con aparente rencor, como si entre santero y reptil hubiera una vieja rivalidad por dirimir. Los demás callan y esperan no vuelva a atravesarse en su camino.

—¡Es el mismo Satanás!

Recitan la oración de Santo Domingo para que los ampare. Es el viejo caimán visto en todos los puertos de las ciénagas. Tiene una larga lista de asaltos que no olvidan: en Momil se tragó una vaca de Venancio Doria. En Arache entró al pueblo y sacó de los corrales a los marranos del cegato Arnulfo. En el mismo Chimá arrastró al pantano a una hija de José Dolores Negrete, aun cuando otros rumoran que la madre la ahogó al encontrarla embarazada de su propio hermano.

—¡Balaudeee!

A lo lejos rueda una luz sobre las aguas. No es costumbre navegar de noche y reman a su encuentro.

—¡Aquí viene!

Reconocen la voz de Abel. Despues también distinguen claramente la otra voz que gimotea:

—¡Déjenme ir a donde el cura!

La comisión de Lorica dio con Balaude y la traen amarrada. Se resiste y patalea. Desde entonces repite la misma frase. Se queda silenciosa, y, cuando la creen dormida, grita hasta desganitarse:

—¡Déjeme ir donde el cura!

Las champas se encuentran. La densa bruma les impide mirarse hasta cuando se unen las bordas. La luz ahumada de las lámparas les torna espectros palúdicos. Por ambos lados hay ansiedad de comunicar los acontecimientos:

—La encontramos perdida en la ciénaga, cerca de Lorica.

—Es Abel, que capitanea la tripulación.

—Se murió Andrea —les responde Remigio—. Si hubieran visto qué muerte tuvo: se quedó tiesecita, arrodillada.

La demente escucha atenta. Sorprende a todos su silencio y luego estalla en un quejumbroso llanto.

—Suéltenme las cabuyas, quiero llorar a mi pobre hermanita.

Dudan. Se miran entre sí, irresolutos. Ella suplica:

—Les juro que no me tiro al agua.

Aumentan las dudas con esa afirmación.

—Abel, por la devoción que has tenido a mi hermano, te suplico que me

sueltes. Te juro por su nombre que no haré tonterías.

—Está en su juicio.

—¡Otro milagro de Santo Domingo!

Abel desata el nudo que une firmemente las muñecas a sus espaldas. Su forcejeo y las amarras han herido la piel. Se convulsiona desolada:

—¡Santo Domingo, hermanito mío, ha muerto Andrea, apiádate de ella!

Las champas avanzan por entre los bancos de algas flotantes. Los canaletes parlotean todos a una misma voz, la voz ronca de la ciénaga desgarrada por los nocturnos bogas. Los sapos y grillos agujeran la oscuridad con la misma persistencia de las luciérnagas. Los hombres callan; es un silencio funeral, supersticioso, que no se atreven a violar. Se descubren las primeras luces del pueblo. Una, dos, cientos de ellas. Otra procesión. Jeremías, dueño de aquellas almas abandonadas, las pastorea a su antojo.

Cansados del aspaviento religioso, con las primeras lluvias los chimaleros se acuerdan de los cultivos, de los animales, de sus propios hijos. A lo largo del río se construyen defensas que contengan las crecientes. En los pantanos se siembra el arroz. Los caballos mueren encalambrados o pierden los cascos por la humedad. Las fiebres se incuban en las ciénagas y, al caer la tarde, los zancudos perforan los toldos, succionan y envenenan la sangre. El río socava los barrancones; las ciénagas se llenan cada vez más de agua y los caminos anegados sitian los pueblos. El acoso combinado de las lluvias, el río y las ciénagas precipita la tragedia presentida: la inundación. Cultivos, raíces y granos maduros naufragan hacia el mar.

La humedad no carcome la resistencia interior del campesino. La tragedia pierde el rostro feroz y se transforma en bestia dormida. La resignación es otra manera de resistir, de lucha, de enfrentarse a las crecientes. Saben que no están desamparados. Santo Domingo vela por todos. Ahora no pueden hacerle peregrinaciones, pero en silencio, encaramados en sus tambos y barbacoas, no olvidan su oración. La promiscuidad despierta el sexo: tiemblan las canoas; crujen las tirantes de las hamacas y las bateas se convierten en cunas para los recién nacidos. Las aguas configuran su propia cartografía. Las calles, el lecho del río, los patios persisten sobre la sepultada tierra. Las provisiones de maíz, arroz y plátanos se consumen o averían. El beriberi y la humedad encalambran.

Las inundaciones son propias para la prédica. Jeremías y Balaude, embarcados, se dejan arrastrar por la corriente para llegarse a los ranchos que sobrenadan. Ansiosos por escucharlos y oír contar la milagrosa vida de Domingo Vidal de Chimá, acuden los campesinos en sus chalupas. Los que no caben en el interior del tambo, amarran sus embarcaciones en los alrededores y se resignan a oír cuando no pueden mirar al profeta, que habla:

—El Papa consagrará al humilde campesino que dio muestra de santidad. Su alma espera las oraciones de creyentes y devotos que alaban su gloria. No estará su ánima en eterna paz ante la vista del Señor hasta tanto su cuerpo no descanse en sagrada sepultura al pie del altar de San Emigdio de Chimá. Aquí tienen la oración que les protegerá contra las inundaciones, les librará de enemigos mortales o de demonios. Rezadla siete veces al acostarse, todas las noches. Y no olviden las limosnas para adelantar los gastos de la canonización en Roma.

Balaude ofrece las hojas con las oraciones impresas y recibe las monedas, introduciéndolas en la alcancía que tiene la forma de la dura almohada donde el santo apoyó su cabeza.

—¡Las he bendecido yo, por expreso mandato del Milagroso!

Le creen y reverencian. La noche los sorprende sin deseo de abandonar los ranchos. Por las mañanas les siguen con sus canoas para escuchar su prédica en los pueblos vecinos. Es siempre la misma historia de milagros, de las oraciones y la invitación a visitar su tumba, cumplidos los dos años de su muerte, para exhumar sus restos. Los enfermos son conducidos ante Jeremías para adquirir de sus manos las oraciones milagrosas. Las colocan en las frentes afiebradas, en los estómagos adoloridos, en las vejigas inflamadas. Los ciegos juran que ven y los moribundos se encomiendan a su gracia. Su llegada es anunciada con anticipación y es aclamado en los puertos.

El policía Aristóbulo nace de un mal parto. Desde entonces su cuello torcido le hará ver la vida a traviesa. Le apodan el «cachureto». Hay quienes nacen así, torcidos, y prosiguen por los senderos más extraviados sin que sea su voluntad recorrerlos. En Lorica, sin conocer con exactitud lo acontecido con el entierro del santo en Chimá, justifican al sacerdote y acusan al policía.

—No debiste llevarlo al cementerio —le reprocha su mujer. Es una india nacida en San Sebastián, viva reminiscencia de supersticiones ancestrales. Aristóbulo la conoció en el mercado cuando venía a vender los sombreros de

flecha que ella y sus padres tejían en su bohío en la montaña. Le propuso quedarse a vivir con él y la muchacha aceptó más cohibida por el uniforme de policía que por amor. La reclamaron los indios y el gendarme debió comparecer ante el alcalde, acusado de rapto. El cura que había bautizado a la indiecita exigió matrimonio y el cachureto se encontró un día enmaridado por la iglesia con una india.

—Si yo fuera tú, no perseguiría al profeta.

Aristóbulo endereza el cuello para mirar de frente a su mujer. Desde que le encomendaron aquella comisión de captura siente más torcida la cabeza.

—Órdenes son órdenes. Como policía debo obedecer.

La indiecita, siempre sumisa, se atreve a contradecirle.

—Una cosa son las órdenes para capturar a un ladrón y otra para meterse con un ayudado de santo Domingo.

La observación le inquieta y responde acalorado para oírse a sí mismo. Necesita ánimo:

—¿Quién carajo te ha dicho que ese sacristán es un ayudado? No es más que un pillo que se ampara en los que creen sus habladurías.

Ella conoce lo que se propala y alega con firmeza:

—Mijo, ese hombre no es un charlatán. Yo misma lo he oído y sólo pide que a santo Domingo se le lleve al altar.

Sale al patio malhumorado. Los razonamientos de su mujer son los de todo el pueblo. Piensa devolver el uniforme de policía, olvidarse de ese profeta que tiene revuelto al Sinú y quedarse al lado de su india. También medita en las dificultades de conseguir un nuevo empleo o dedicarse al cultivo, porque las antiguas tierras de agricultura se han transformado en potreros. Piensa de una manera y actúa de otra. Se abotona la guerrera y se ajusta las polainas. Antes de montar el rucio, le observa el casco malogrado por la humedad del inviemo pasado. Mal compañero para recorrer los playones abortados por las ciénagas desinundadas. El caballo es joven y gusta de desmandarse por la llanura, pero el hormiguillo en el casco lo torna remolón y desconfiado. Lo cabalga y hiere con sus espuelas.

—¡Maldito rucio, qué demonio se te ha metido en el cuerpo!

Tanto se dice de los poderes sobrenaturales de Jeremías que sospecha le haya «rezado» el animal para estropear su persecución. Hasta su antipatía por aquella misión se debe a maleficios que trastornan su mente. La realidad es otra. No es la primera vez que le encomiendan la difícil tarea de capturar a alguien en verano. Las ciénagas secas permiten tantas rutas; al río con poca

agua se le puede vadear en cualquier parte y los pajonales resecos se toman inaccesibles escondrijos. Además, Jeremías cuenta con los campesinos encubridores.

—Ayer predicaba en Cotocá —le informa un hombre atareado en arrear una tropa de burros; se da prisa en alejarse pues bajo el brazo lleva paquetes de velas para encender en Chimá. La mañana brumosa sepulta el camino. Aristóbulo quiere mayores datos, pero el hombre se ha perdido en la polvareda de sus propios animales.

Espoleado, el caballo aligera el trote. Muy pronto se detiene.

—Maldito rucio, llegaré tarde.

Es imposible correr aunque la llanura y la montaña inviten al galope. El sol avanza más rapido, recortando la sombra del cachureto. A la distancia se acerca una pareja de jinetes y antes de que los hombres se saluden lo hacen las bestias con relinchos y resoplidos. El policía indaga:

—¿Han visto a Jeremías, a quien apodan «el profeta»?

Los hombres ni siquiera detienen los caballos.

—¡Sí, ayer estaba en Palo de Agua!

Sin poder cabestrear hacia ellos su rucio manco, Aristóbulo les grita ansioso:

—¿No estaba en Cotocá?

Aunque van muy distantes alcanza a oír que gritan:

—¡Duerme en una puerta y amanece en otra!

Se esfuerza en recabar informes y pregunta a gritos, costumbre ribereña para dialogar con el río de por medio:

—¿Anda solo o con Balaude?

No le responden y debe seguir a trote cansón hasta el trivio donde se entrecruzan y abren las rutas. Duda por cual encajonar la bestia y finalmente deja a un lado el camino de Palo de Agua para dirigirse a Cotocá, su primitivo destino. El pueblo, amodorrado, duerme bajo la canícula. Interesado en buscar la sombra de unos mangos, frente a la inspección de policía, el rucio, cojeando, atraviesa diligentemente la plaza. Se desmonta Aristóbulo y penetra en la sala. El crujir de una hamaca le indica que alguien vive en el abandonado caserón. Un varón le pregunta desde adentro:

—¿Qué quiere?

Aristóbulo alarga el cuello y descubre una falda que acompasadamente barre el suelo al mecerse la hamaca. Responde:

—Señor inspector, traigo órdenes para capturar al profeta.

Malhumorado por la inesperada interrupción del idilio, sale un hombre gordo, parsimonioso, que jamás había tenido problemas en su jurisdicción.

—Sí, ayer estuvo aquí perorando todo el día frente a la iglesia, encaramado en una mesa.

Se le encara:

—¿Por qué no lo capturó? Se han impartido órdenes a todas las inspectorías.

El tono regañón poco impresiona:

—Nada tengo que ver con ese asunto de curas.

En la mesa hay una hoja de papel impresa.

—¿No es esa una «oración»?

El inspector la mira descuidadamente:

—La compré porque está bendita por el profeta y ampara contra hechicerías.

Las fuerzas abandonan al cachureto. Se sienta en una banca y pide resignadamente:

—Deme un poco de agua antes de que vuelva a su hamaca.

El toro negro, las astas ensangrentadas, se ha apoderado de la plaza. Los manteros se encaraman en la corraleja, las sábanas rojas plegadas contra el pecho.

—¡Ese animal está embrujado! —Isaías, el menor de los Morelos, no quita la vista a los cuernos. El de la izquierda, aguda espina de lata, zangoloteó los intestinos de su hermano Pedro, el mejor mantero de todo el Sinú y Sabanas de Bolívar.

—¡Allí lo tienes plantado! ¡Quítale la pendejadita!

La inquina que le tienen al toro la reconcentran sobre Isaías. Hace apenas unos minutos ayudaba a sacar de la corraleja al hermano moribundo. Esa sangre que le tiñe el pecho, sangre anticipada de su propia cornada, lo incita a la venganza.

El toro está allí en el mismo sitio donde desfondó al último caballo y donde se mezclaron sangre de hombre y bestia. Su cuerpo largo culebrea con la facilidad de un cocodrilo. Le llaman El Caimán. Más que a la horqueta puntiaguda de sus cuernos, temen a sus bruscas reculadas. No pasa de largo; desde mucho antes de acometer ya mide los pasos a izquierda y derecha.

—Toro matrero, negro como Satanás, conoce todos los trucos. ¡Déjale que

lo mate la rabia!

Isaías Morelos no escucha consejos. Ha desgraciado a su hermano y tendrá que humillarlo esta misma tarde. Que no se diga que los Morelos son manteros de novillos descastados. La banda de música toca el fandango azuzador que invita a la muerte. Todavía le gritan:

—¡Déjalo!

Están frente a frente. El animal lo mira receloso, brama y levanta con las patas delanteras nubes de polvo. Indeciso, no sabe si embestir la manta, el hombre o su sombra. Tres cuerpos que se mueven simultáneamente, tres enemigos que se le enfrentan temerarios en mitad de la plaza vacía.

—¡Juy! ¡Juy! ¡Animal del diablo! ¡Juy!

La voz le recuerda a ese otro que clavó contra el muro de la tierra; que le bañó en sangre los cuernos y la nariz. Husmea su olor, mira la mancha roja en el pecho y es allí donde quiere encajar sus puntas. Acomete con el ojo abierto, se curva, bufa, pero el hombre se le escapa a la derecha; los cuernos apenas desgarran la sombra y la manta se burla a la izquierda.

—¡Bravo!

—¡Bravo!

La música es la única aliada del toro: pide sangre. La corraleja amenaza derrumbarse por los saltos y la algarabía del público. Sudoroso, sin quitarle la vista, el moreno está envuelto en su manta roja como si toda la sangre se le hubiese vaciado sobre su propio cuerpo. Advierte que hay muchos hombres al pie de la corraleja dispuestos a caer sobre el toro vencido para castrarlo. El sol tiene prendida todas las velas para el castrado o para el muerto. Lo mismo da.

—¡Juy! ¡Toro feo! ¡Juy!

La burla de esa manta que bailotea frente a sus cuernos lo enfurece. Jamás pisaron tan cerca de su terreno y arremete con fiereza. Vuelan sombra, manta y hombre como mariposas; sus cuernos se hunden en el vacío sin que su morrillo se bañe en sangre. Y entonces se revuelve tan veloz que encuentra de cuerpo entero a Isaías, lo proyecta contra el sol y lo espera con las púas alzadas. La aguja del cuerno descose el enredado hilo de los nervios, al aire el ojal y la sangre de los testículos. Se queda allí tirado en la plaza, desangrándose sin un solo grito. El toro bufa, lame los coágulos con su lengua rugosa. Para retirarlo de allí sueltan los bueyes, que amansan su furia y tan dócil como un ternero vuelve con la manada al corral donde toda la noche acaricio el crimen. Isaías Morelos, envuelto en su manta roja, cabalga en hombros camino a la muerte.

—¡Santo Domingo Vidal, te suplico mi vida y la de mi hermano! —

implora Pedro Morelos. Herido lejos de su tierra, de Santa Cruz de Lorica, busca para él y su hermano el abrigo del Milagroso de Chimá. Los coterráneos saben que allí en Sincelejo, entre los campesinos llegados a la fiesta, predica Jeremías. Lo encuentran y lo arrastran al rancho donde yacen los heridos. Jeremías coloca sobre las costuras del cirujano sus «oraciones» y suplica blanqueando los ojos:

—Por los padecimientos que sufriste, por el amor que tienes a tu Sinú, Santo Domingo, de rodillas te suplico intercedas por las vidas de estos paisanos.

A su lado, Balaude se quita del cuello la estampa de la Virgen y la coloca también sobre las heridas. La gente se arremolina en torno suyo y escuchan al profeta, que narra los milagros realizados en Chimá. La mujer gesticula y afirma con la cabeza insistentemente como un maniquí.

—¡La fiebre ha cedido en ambos!

Increíble que los intestinos y testículos revolcados en boñiga y diseminados en el barro puedan dejar con vida a los manteros.

Llegan más peregrinos ansiosos de postrarse ante la tumba del santo. Bajan por las serranías de apartadas montañas. Los peregrinos pueblan los playones, a la luz de la luna, para burlar los soles del verano. Vienen en burros, caballos y a pie; en sillas deambulatorias. Las champas, abarrotadas con promeseros, encallan por los caños escurridos. En los cruces del camino, se establecen tienduchas que venden empanadas con huevo, bollos de maíz, chicharrones, chicha y aguardiente. Las oraciones impresas y firmadas por el profeta se ofrecen por todas partes: ventorros, plazas y hasta en iglesias.

La policía ya no encarcela a los predicadores y opta por expulsarlos de los pueblos para evitar tumultos. La gente les cree y contribuye con limosnas para la canonización adelantada en Roma; para la construcción de un mausoleo; para erigir una ermita al santo y tantas otras obras piadosas que enumera incansablemente el profeta. Los regalos están bajo la aparente custodia de la madre. Pero ella se ha contagiado del desprecio que su hijo siempre tuvo por las donaciones y es otro quien las recoge del altarcito, vacía la alcancía y transpone. Son tantas, sin embargo, que Jeremías aparenta indiferencia por las arrojadas sobre el lecho vacío de Domingo o en la tumba donde permanecen sin que manos sacrílegas intenten robárselas.

Hay constantes carreras a propósito de la llegada de promeseros que traen

sus «milagros»; rodean a los recién llegados y le preguntan en qué sitio, cuándo y cómo ocurrieron los hechos.

—Nos encomendamos al milagroso Domingo de Chimá —relata el capitán de una canoa que naufragaba en el mar con ocho tripulantes. Azotados por la tormenta, la embarcación había perdido la arboladura y bamboleaba a la deriva.

—Y entonces ocurrió el milagro. Repentinamente el mar picado se serenó y un nordeste suave nos fue arrojando a la playa.

Escuchan silenciosos al negro de cabeza encanecida, atrevido marinero de la costa, a quien sus compañeros allí presentes llaman «el patrón». En sus manos anchas y oscuras sostiene una pequeña canoa de oro, hermosa obra de orfebrería que han pagado los náufragos.

Un ricachón de Cereté deposita seis soles de oro del Perú ante el altarcito del santo; le había pedido que le devolviera a su hija loca, extraviada del hogar. La buscaron infatigablemente por las poblaciones ribereñas, por ciénagas y montes sin que los comisionados repartidos por la región dieran con ella.

—Me postré de rodillas, recé siete veces la oración y supliqué al santo su gracia.

Esa misma noche, lúcida, regresaba la joven.

—¿Y dónde estuvo todo ese tiempo?

Le preguntan asombrados. La muchacha sonríe y no demora la respuesta que ha repetido incansablemente:

—Sólo sé que cuando abrí los ojos me encontraba en la huerta de mi casa con las ropas rotas y sucias.

Amontónanse en torno de los hermanos Morelos. Su fama de manteros es conocida, pero ahora se atropellan en torno a ellos por otras razones. El mayor arrastra un ternero negro, hijo de aquel toro que una tarde desgarró su cuerpo. El menor refiere:

—Yo mismo me introduje los testes que guindaban de las tripas.

Carga en sus brazos a su último hijo, concebido varios meses después de la cornada. Los que escuchan miran incrédulos a la criatura morena, que tiene los rasgos del padre.

—El mismo profeta estaba presente cuando nos hizo el milagro de conservarnos vivos y empreñadores.

El ternero lo dejan en el corral de las Vidal, donde se hacinan pavos, gallinas, cerdos, reses y otros animales, que serán vendidos pronto para glorificar al santo del pueblo.

Una anciana, transportada por sus hijas, ha recorrido en una silla las barrancas polvorientas que encajonan al río desde Montería. Hizo esa promesa al Milagroso de Chimá si le conservaba la vida cuando la gangrena le invadió ambas piernas.

—Los médicos no querían operarme porque daban mi caso perdido. Entonces me acogí a la oración comprada por mis hijas al profeta. Me amputaron las piernas y sobreviví.

Pregunta a quién entregar las dos piernecitas de oro que le hizo el mejor joyero de Montería. En coro le responden:

—El profeta las enviará a Roma.

Hay luz en el rancho. El rucio sacude las orejas y relincha. Aristóbulo lo arrastra de las riendas y se sorprende de que tenga aliento para tanto.

—Sinvergüenza, no estás tan mal.

Aunque sabe que lo regañan, el animal levanta la cabeza. Vuelve a reanimarse con el olor del rancho. Adivina el agua fresca, las manos de la india curándole el casco enfermo y los granos de maíz brindados en sus propias manos. Su amo no comparte la alegría del retorno. Más que de su cansancio, preocúpase del cura, del alcalde y de su frustrado intento de captura. Son otros también los pensamientos de su mujer al verlo llegar solo.

—Yo sabía que no darías con él.

La cólera, rumiada en tantas leguas de recorrido bajo los soles que han chamuscado hasta retostar su lengua, salta acusadora:

—Estás empautada con él.

La india sonríe.

—Tú eres el endemoniado, mijo; si te vieras la cara en el espejo...

Se acerca al cajón que hace de tocador. El espejito, cubierto de polvo, no refracta la luz. Levanta la mano para sacudirlo y su mujer le contiene el brazo.

—Cuidado, miras al diablo.

La conseja asegura que el demonio se presenta a quienes se miran de noche en los espejos. Las palabras de su mujer todavía zumban en el oído. «Tú eres el endemoniado». Satanás puede estar siguiéndolo. Jeremías conoce muchos secretos para desencadenarlos contra sus enemigos. La luz de la lámpara a su

espalda proyecta su sombra. Se asusta de verse esas orejas tan largas como las de su caballo.

—¡Mírate y verás!

Vuelve el rostro hacia su mujer. Las manos le tiemblan. Endereza la cabeza y se asoma al espejo. Los ojos rojos, las orejas erectas y los cabellos mechudos. La mujer ríe:

—Sí, mijo, eres el mismo diablo. Esos caminos y las hambrunas te han dejado en el esqueleto.

En sus propias facciones descubre rasgos satánicos. La india le toca la espalda y salta acobardado.

—Mira, ya brinco solo.

—Acuéstate, estás cansado.

Cae en la hamaca como un leño al río.

—Aquí tienes la comida.

—No tengo hambre.

—¿Te cocino un poco de valeriana?

—Sí, una totuma grande.

La mujer prende el fogon allí mismo, dentro del rancho. Le habla:

—Es una temeridad perseguir al profeta. Cuenta con la ayuda de Santo Domingo. Si lo encuentras en el camino se te convierte en árbol; en el agua se vuelve pez, y si lo encierras se escapa en forma de mariposa.

La escucha. La hamaca y las tirantes del rancho se remecen.

—La vaina es que no puedo decirle eso al cura.

Afuera el caballo relincha. Extraña que no le hayan dado agua. La india al oírlo exclama:

—Pobre rucio, lo mucho que habrá andado inútilmente por esos caminos.

III

—Dos años tiene el santo de enterrado. Mañana, Sábado de Gloria, sacaremos sus restos del cementerio y le daremos santa sepultura en la iglesia. Recemos su oración para que nos proteja de sus enemigos.

Balaude perora de regreso a su casa con mas excitación que cuando iniciara el peregrinaje. Sus energías son inagotables, desbordantes. Los pies sangrados; su flacura; las noches de insomnio; los soles y las lluvias no le han dado total evasión a su manía. Retorna al cuarto que fue del hermano y es como si hubiese salido de allí apenas unos minutos antes. Pasa al lado de la madre sin saludarla y enciende unas velas encomendadas en el camino. Rafaela, envejecida prematuramente, la observa pero tampoco le habla. Las dos están divorciadas por fuerzas interiores: la madre se hunde en la meditación melancólica y la hija se expande en la prédica delirante.

La Semana Santa exalta la religiosidad. El viernes no se come carne y el dolor inmenso del Crucificado desgarra a todos como si fuesen a ser testigos de un nuevo Gólgota. Las mujeres de luto llevan chales negros y andan descalzas. A los niños se les viste con hábitos blancos iguales al del profeta, sin olvidarse de colgarles en el pecho crucecitas de olivo benditas por él.

Jeremías deja de presentarse en público. No teme ser capturado. En sus prédicas por los pueblos desafió constantemente a las autoridades. Hasta las provocaba seguro de que sus seguidores se amotinarían para libertarlo. Tiene otras razones para su ocultamiento. Se reviste de misterio. Su ausencia despierta curiosidad entre los que llegan a conocer la tumba del santo y a su profeta. En el pueblo se inventan leyendas sobre este que rivalizan con los portentosos milagros de Domingo Vidal.

—Anoche estuvo en Roma conversando con el Papa.

Los mismos moradores de Chimá, testigos de su vida y de sus primeros pasos en la rezandería, son los más imaginativos. José Dolores Negrete, que podría ser su tatarabuelo, al cumplir sus ciento siete años de edad, refiere a nietos y extraños fabulosas historias:

—Le nombrarán obispo de la parroquia. ¡Si hasta piensan beatificarlo!

En la medida en que se extiende el fanatismo, el antiguo sacristán coordina con sus allegados la organización del culto. Los escogidos obedecen ciegamente sus órdenes. Remigio, el santero, no alcanza a labrar las muchas imágenes solicitadas de Domingo para ser benditas por el profeta. Abel, quien siempre le demostró fidelidad, se encarga de trasponer los «milagros» y regalos que se dice van camino a Roma. El italiano Anichárico y sus dos mellizas cuidan del alojamiento de algunas personas adineradas. Han recibido beneficios del santo y están prestas a hacer valiosos donativos para su canonización. El taller de floristería de Blasina se amplía: muchachas y viejas acuden allí a elaborar coronas para la exhumación. Sin tiempo de pensar en el demonio, la vieja no prende velas por los rincones y definitivamente se acaban los incendios. Y el bobo Camilo, que antes atisbaba a las mujeres cuando se bañaban en las ciénagas, ahora mora en el cementerio y cuida de la sepultura de Domingo para que no la profanen ni roben los «milagros».

A todos ellos los alecciona Jeremías el viernes por la noche:

—Mañana será Sábado de Gloria para nuestro santo. Nadie en el pueblo puede faltar a la peregrinación al cementerio. Lo desenterraremos para sepultarlo en la iglesia al pie del altar, bajo la custodia de San Emigdio.

No sabe exactamente lo que traman pero lo intuye. Cicano, el maldito, se dispone a comunicar al padre la conspiración. A falta de personas con quien enviar razones, marcha él mismo. Espera la noche, cierra las puertas de la iglesia y por precaución las atranca. Considera que no son suficientes los maderos y se postra ante la imagen de San Emigdio, demandando su celo:

—A tu poderosa custodia encomiendo tu iglesia. Defiéndela contra tus enemigos. ¡Confúndelos con el fuego de tu ira si intentan profanarla!

Refuerza los candados de la sacristía y, antes de marchar, confundido en el bullicio de las gentes, observa los movimientos de los enemigos de Dios. Tuerce sobre el rostro la amplia ala del sombrero, esconde el cuello entre los hombros y ronda por el rancho de las Vidal. Se inquieta de no ver por ninguna parte a Jeremías. Su desaparición lo desazona. Se introduce al patio, escucha conversaciones, espía a Balaude y secretea a los extraños:

—¿Dónde dejó su «milagrito»?

El campesino muestra ser un recién llegado por sus abarcas enlodadas.

—Me dijeron que debía llevarlo al cementerio.

Cicano insiste en fingirse ignorante:

—¿A quién se lo entregó?

La pregunta sorprende al extraño.

—¿A quién sino al profeta?

Se acerca al objeto de su indagatoria:

—¿Y dónde está él?

Los ojos del campesino no pueden agrandarse más.

—¡Vaya usted a saber, a lo mejor conversa en este momento con el Papa!

Empalidece el sacristán, rumiándose su cólera. Se retira del rancho convencido de que Jeremías se esconde por temor a ser detenido y esa misma noche sigue a Santa Cruz de Lorica, en dirección contraria a los peregrinos que llegan a Chimá.

Fervoroso partidario del catecismo, el padre Berrocal cree más en la prédica que en la violencia. Además piensa que la mojigatería supersticiosa se desvanecerá como otras tantas veces, ahogada por la reflexión de los mismos campesinos. Y todavía, ante el inusitado fervor que contagia a los pueblos, su repudio a intervenir con la policía es categórica:

—Gracias, señor alcalde; da usted muestra de celo católico, pero no creo del caso mandar a Chimá un pelotón de gendarmes a imponer la autoridad religiosa sobre mis descarriados feligreses.

El alcalde, menos convencido del efecto de las prédicas, cree llegado el momento de encarcelar a Jeremías y sus acólitos, que rebasan el delito de propalar la idolatría.

—Tenemos suficientes pruebas de que, con el pretexto de canonización del tullido, estafa a los crédulos.

El párroco ha meditado sobradamente en ello:

—Sí, señor, lo grave es que personas cultas y adineradas de nuestra sociedad caen ingenuamente en la trampa.

—Razón de más para que me autorice a acabar con la superchería.

El alcalde, don Cipriano Botero, no es oriundo del Sinú. La catolicidad militante le viene de su estirpe antioqueña, donde se dan mayores pruebas de fervor religioso. Por los colaterales paternos y maternos tiene primos sacerdotes y una de sus hermanas jamás conoció mundo diferente al de los claustros. Misionera de acendrada devoción, dirige un internado de muchachas indígenas en el Putumayo. A don Cipriano, además, lo empuja un

atávico sentido de empresa. Buscando yacimientos de oro, se aventuró por las vertientes antioqueñas. Siempre justificó sus repetidos fracasos con nuevas ilusiones. Así vino a explorar las cabeceras del Sinú, afamadas por su oro desde los tiempos de la Conquista. Finalmente, palúdico pero no derrotado, encontró en Santa Cruz de Lorica una guaca inesperada en los maduros granos de arroz, que compraba a bajos precios en tiempos de cosecha y que, almacenados, colmaban sus bolsillos de dinero en épocas de hambrunas. Disimulada o justificada su codicia con ostentosa devoción religiosa, se mueve a prestar al sacerdote la ayuda militar depositada bajo su autoridad de alcalde.

—Al pillo del profeta lo encalabozó y a sus desvergonzados sacristanes los azotó en plena plaza pública para que sirva de escarmiento a los ingenuos.

Son otros los propósitos de quien ha nacido y predicado en las vegas del Sinú. Su paternalismo lo hace indulgente para con aquellos campesinos que confiesa a diario; a quienes atenúa sus padecimientos, alienta sus alegrías y fortalece sus espíritus. A unos los ha bautizado con el nombre cristiano que escogiera libremente; condujo a otros al matrimonio para cimentar la familia católica; a todos enseña sanas costumbres, inculcándoles la práctica devota. Espera ganarse a los extraviados con sus métodos piadosos y comprensivos.

—Présteme de nuevo a Aristóbulo, don Cipriano; me basta con que él me detenga al impío sacristán.

Se acalora el alcalde ante su pasividad.

—Este cachureto ha demostrado que no tiene agallas para enfrentarse al profeta.

—Ya lo ha apresado una vez y lo repetirá.

—Será como usted dice, padre, pero le advierto que es tiempo de acabar con esa simonía. Si hasta me han contado que el pecador predica una nueva iglesia, en la que él será el Papa.

—¡Oh! ¡Ya va a salir! ¡Oh! ¡Ya va a salir!

Y repite monótonamente en coro.

—¡Oh! ¡Ya va a salir! ¡Oh! ¡Ya va a salir!

La letanía se alarga por el interminable río de la procesión. Jeremías deposita la urna sobre la tierra y, después de orar en silencio, apaga una a una las velas. Es la señal esperada para iniciar la exhumación de los despojos mortales del santo. Los de atrás quieren intervenir y empujan. El círculo de los escogidos, Remigio, Abel, Anichárico, Blasina, Anselmo y otros, antepone un muro a los fanáticos para impedir que sepulten con sus cuerpos lo que se desea excavar. Balaude golpea violentamente con su báculo.

—¡Apártense! ¡Espacio! —quisiera tener poderes para despejar un círculo de diez metros a la redonda. Es más fuerte el interés de los otros. El báculo hiere a un anciano en la frente, pero la sangre no los contiene. Atropelladamente quitan las cruces de matarratón, las besan y guardan. Los picos y palas remueven la tierra negra. Los golpes cambian de tono y se presiente la caja mortuoria. Salta una astilla entre la tierra removida.

—¡Cuidado, allí está! —aconseja Jeremías.

En derredor murmuran:

—¡Ya lo sacan!

Arrodíllanse y se persignan supersticiosos. Cesan los golpes. Las manos excavan ardorosas en torno al cajón poroso que resuma agua. Extraña que la sepultura abierta no corrompa el aire con malos olores. Una fuente de agua mana del fondo cristalina y abundante.

—¡Agua bendita! —exclama Anselmo desde lo más hondo del socavón.

—¡Agua bendita! ¡Agua bendita! —rebota la frase sin penetrar en su significado. Retira la tapa y, cuando esperan ver la osamenta carcomida, encuentran el cuerpo intacto, incorrupto, como el primer día de su muerte.

—¡Milagro!

—¡Milagro!

Sienten ocultos estremecimientos. Las cabezas estrechan el círculo y quieren hundirse en la fosa abierta. La piel apergaminada del cadáver trasluce los hilillos morados de las venas secas con su sangre coagulada. Los párpados caídos ocultan las cuencas vacías. Las manos rígidas, plegadas sobre el pecho como si empuñaran un invisible lápiz.

—¡El santo pinta!

Creen ver dibujada la imagen de la Virgen en los pliegues del sudario.

—¡El santo se levanta!

El cadáver se mueve, se estremece al contacto de las manos que lo palpan. Lo alzan para que pueda mirar a su pueblo. Bienaventurados los que estan allí para presenciar el portento. La brisa sacude sus cabellos y les imprime movimientos. La madre, suplicante, le extiende los brazos.

—¡Ven aquí, hijo mío! —lo abraza. Le besa las manos como si le regresara de un largo viaje. Su Dominguito renacido.

Balaude rechaza y desgarra los rostros y camisas de quienes quieren palpar las manos frías del muerto.

—¡Hermanito santo! ¡Hermanito santo!

Jeremías debe recogerse el hábito y se lo amarra a la cintura. La urna donde

esperaba recibir la osamenta, rueda despedazada a pisotones. Rechaza vigorosamente a los enloquecidos que casi desarticulan el cadáver y lo suspende en alto para evitar le arranquen sus ropas a pedazos. El santo pesa mucho mas que el día de su muerte. Se ha petrificado. Gravita con la pesantez de un dolmen de granito. Ocho, diez, doce brazos son incapaces de sostenerlo. Cantan himnos, rezan, la procesión se alarga y las letanías son escuchadas en el pueblo aunque el cortejo apenas sale del cementerio.

—¡A la iglesia!

—¡Al altar!

Por vez primera Jeremías esta poseído realmente del fanatismo. Siempre obró interesado, burlándose de la credulidad de los demás, pero, ante este cadáver incorrupto es compulsado por fuerzas extrañas.

—¡Traen el santo!

—¡Ahí viene!

Un instintivo impulso los guía hacia la iglesia, a congregarse ante sus puertas. Tocan vigorosamente pero nadie les responde. Cicano parece no oír o se ha atrancado.

—¡Abre, impío!

—¡Aquí viene el santo en persona!

—¡Te consumirás en las llamas de los infiernos!

Rodean la iglesia en busca de una entrada. Pretenden forzar la sacristía.

—¡Hay que abrirle paso a Santo Domingo! —Jeremías no sospecha el alcance de sus palabras. Apenas las ha pronunciado cuando los picos que desenterraron al santo despejan el camino hacia el altar. Saltan las astillas del portón. Cede una hoja de la puerta y por ella se escurren los sacrílegos, desparramándose en la iglesia en busca del sacristán.

—¡Cicano! ¡Hereje!

—¡Sal de donde estés para que veas con tus propios ojos el milagro!

No lo encuentran. Registran el altar, voltean la cama y revuelven la sacristía.

—¡En el campanario está escondido!

Suben por la escalera y al no encontrarlo sacuden los badajos con furia incontrolada. Otros repican las campanas con trozos de hierro. Tocan a gloria, pregonan la ascensión de Santo Domingo al altar. Los murciélagos vuelan aciscados sobre la plaza y, enceguecidos, se estrellan contra los techos y paredes. En la plaza las gentes luchan por penetrar a la iglesia, donde se asfixian niños y mujeres. El santo es colocado en andas ante el altar. Jeremías instala los candelabros y prende los cirios. Desde el púlpito, desordenadas las

barbas, predica irreverente:

—Hermanos míos, Santo Domingo ha entrado victorioso a la iglesia por la gracia de Dios.

Vestido de civil, escondida la placa de policía, Aristóbulo se confunde entre la multitud que invade la iglesia. Mira a su perseguido en lo alto del púlpito, fuerte, sereno, desafiante. A sus pies, empequeñecido, no se atreve siquiera a levantar la cabeza para mirarle. Lucha por presenciar de cerca ese cadáver que dicen es el de Domingo Vidal, el tullido. Sospecha una patraña de Jeremías en todo aquello. Logra acercarse a los despojos, endereza su cuello, agranda los ojos y se asombra. Esa cara que no se ha encogido por el filo protuberante de los huesos; las manos crispadas y los cabellos brillantes como si le acabaran de untar manteca de corozo, son los mismos que conoció del paralítico.

Las piernas se le doblan y cae postrado de rodillas. Se persigna y reza la más sincera de sus oraciones. Aprieta sin darse cuenta su placa de polizonte. La conciencia del deber no logra sobreponerse a las letanías que le influyen. Está prisionero, no sabe si de la compacta multitud o de un poder sobrenatural. Empuja con los codos, pisotea, avanza. Logra salir por la puerta de la sacristía. Por todas partes la gente ora de rodillas. Detrás, rodeado por la turba en el púlpito, Jeremías perora infatigablemente. Aristóbulo escucha sólo un murmullo de voces. En la plaza la muchedumbre baila regocijadamente. Su santo ha alcanzado la casa de Dios.

El cachureto ansioso por llegar a Santa Cruz de Lorica no es ya Aristóbulo, el policía. La carcoma de la duda socava su catolicidad. Se le anuda la lengua pensando tan sólo en lo que dirá el cura de lo que acaban de ver sus ojos.

La color morena pudo llegar al padre Berrocal de las costas cercanas de San Bernardo, por donde se expandieron los negros fugitivos en botes y canoas en tiempos de la Colonia. O, más recientemente, penetró a Santa Cruz de Lorica a través de las bocas del Sinú, venida de los mulatos de Cartagena. Jamás se inquietó por averiguar su origen. Su madre, zamba, hermanó en su piel morena al indio y al negro. Pero él recuerda más a su abuelo, el teniente Berrocal, antiguo artillero español residenciado en Cartagena. En su memoria graba los firmes trazos de su cara. A veces duda haberlo conocido de niño y considera que sus recuerdos se confundan con la fotografía que guarda en su celda. Del padre tiene menos noticias. Una bala de cañón le arrebató la

cabeza, no recuerda en qué batalla civil. Su madre siempre le dijo que había heredado de él su cuerpo robusto. Los brazos largos y esas piernas ligeramente combas que le han llevado en tantos años de prédicas.

Pero los pantanos, las fiebres y los calores minaron esa herencia. El paludismo cobra sus réditos. Las carnes a medio soasar con que se alimentaba en sus correrías y los ayunos voluntarios han restado nutrición a sus arterias, ahora esclerosadas. El médico le hace cambiar de gafas repetidas veces. Le prohíbe pasar la noche en vigilia con su breviario. Se entromete en la cocina y le priva de sal y condimentos. El padre transige en todo menos en abandonar la lectura de sus libros sagrados y en descuidar el culto. Duerme cuatro horas y es él quien despierta al sacristán, abre la puerta de la iglesia y oficia la misa en ayunas con sólo las gotas de vino de consagrar que le cuenta el acólito.

El Domingo de Pascua siempre fue de tribulaciones. Final de una semana de procesiones, arreglo de altares, retoques de santos y de interminables bautizos, matrimonios, misas para difuntos y no pocos entierros.

Al subir al campanario esa mañana extrañó la espiral de la escalera hasta el grado de hacerle zumbar los oídos. En la sacristía, al anotar las partidas de bautismo, se le oscureció la vista y creyó ver que negras mariposas se le enredaban en la tinta roja de la escritura. La mano, engarrotada, se resistió a soltar la pluma. Sin embargo, no dio mayor atención a estos hechos, limitándose a limpiar los cristales de las gafas y hurgarse los oídos para extraerse la cera allí acumulada.

Se dispone a oficiar la misa, cuando, acezante, aparece Aristóbulo en la sacristía. Ha corrido por el camino. Cicano le brinda asiento y agua.

—¿Qué te pasa, hijo de Dios? —pregunta el padre. Basta mirar su cara pálida y su afán por enderezar el cuello para adivinar su espanto. Trata de refrescarse con el sombrero que sustituye la gorra del uniforme según los consejos del mismo párroco. Sin la gruesa guerrera respira mejor y pronto atraílla sus palabras:

—¡Padre, en Chimá acaban de ocurrir cosas terribles!

Desea aminorar su exaltación y le pregunta:

—¡No me digas que Jeremías se te volvió a escapar!

—¡Algo peor! ¡No se lo imagina, padrecito!

El sacristán, ya revestido, pregunta:

—¿Penetraron en la iglesia con los restos de Domingo?

Los ojos del cachureto miran al cielo, se santigua y confirma:

—¡Eso mismo! ¡Derribaron las puertas de la iglesia!

—¡Los excomulgaré a todos!

La sangre aflora al rostro del sacerdote y enrojece sus mejillas oscuras. Tartajea sin poder ordenar sus palabras; se asfixia; desabotona el cuello de la sotana y busca un abanico para airearse. El sacristán y Aristóbulo se miran entre sí, silenciosos. El sacerdote indica con la mano a Aristóbulo que prosiga.

—Lo grave no ha sido eso... ¡Domingo está entero!

—¡Explícate! —pregunta el religioso con la lengua engarrotada.

—Lo encontraron como si hubiese estado durmiendo los dos años que llevaba sepultado. La gente dice que está vivo. Le han colocado en el altar y le adoran.

—¡Herejía!

—Y el profeta echando sermones.

—¿De qué profeta hablas?

Aristóbulo se ha contagiado del tartamudeo del religioso:

—¡Je-re-mías!

—¿Y por qué no lo capturaste?

—¡Dios Santo!

—¿Le temes?

—Habría que poner preso a todo el pueblo. Para ellos es algo más que un profeta. Dicen que lo van a hacer obispo.

El padre se lleva las manos a la cara. Le hace bien cerrar los ojos, hundirse en la oscuridad que le libera de la inusitada danza de los objetos y personas que le rodean. Oye entonar el trisagio y exclama:

—Avisa a los del coro que no canten antes de la misa.

El sacristán agudiza el oído. Aristóbulo frunce los hombros en señal de perplejidad.

—Nadie canta, padre.

La respuesta le incorpora nuevamente a la realidad. Se ajusta los botones. Logra sostenerse y con pasos indecisos se dirige al altar. Cicano se persigna y le sigue. Allí solo, en la sacristía, frente al enorme crucifijo, Aristóbulo siente imperiosos deseos de arrodillarse. Inclina la cabeza y ora:

—Cristo Crucificado, líbrame de pecado. Ilumíname. Tú sabes si ese pobre tullido es un santo. Ante su cadáver me he arrodillado igual que los demás.

El padre, en el altar, se sobrepone a la debilidad de sus músculos. Bendice y las cabezas de los que oran le marean. Busca un punto de apoyo sin encontrarlo y se desploma. Los feligreses se revuelven inquietos y los más próximos acuden a auxiliarlo. Le conducen a su habitación y el sacristán se

encamina a buscar al médico.

Ayudado por otros, en la iglesia de Chimá, Remigio logra imponer orden al tumulto, acondicionando la entrada por una puerta y la salida por otra. Los intentos de organizar una fila en la plaza se frustran ante la impetuosidad de las gentes que se disputan los lugares próximos a la entrada de la iglesia. Se da cabida a dos o tres personas a la vez; en el interior forman una columna en torno al cadáver, colocado en andas frente al altar. Un grupo impide que los atropellamientos lo alcancen y puedan estropearlo. Los que llegan empujan y forcejean para que se les deje contemplarlo un mayor tiempo.

—¡Circulen!

—¡Circulen!

Transcurren horas de agotadora espera. Los afortunados que han logrado postrarse a los pies del santo pretenden prolongar allí los rezos. Las madres obligan a sus pequeños a tocar sus manos sagradas y luego les conducen los dedos para trazarse sobre el rostro la señal de la cruz. Los más insisten en besarlo inescrupulosamente. Algunos se contentan con empinarse y exclamar sorprendidos:

—¡Respira!

—¡Huele a rosas!

Aunque perciben el hedor y observan la faz horripilante, se engañan a sí mismos y repiten mecánicamente lo que oyen y cuentan al salir lo que no han visto.

—¡Mueve el puño que tiene en el pecho!

—¡Ronca!

Inquiétanse los que tienen diez y más horas de inoficiosa espera. Los ranchos se convierten en posadas para las familias recién llegadas. Se duerme en los corredores de las casas y el atrio de la iglesia se convierte en hospital al aire libre, donde yacen tendidos ulcerosos, palúdicos y dementes. Abren la puerta de la sacristía para dar oportunidad a los enfermos a que reciban la gracia. La presencia del santo realiza verdaderos milagros. Muchos paralíticos movilizan sus piernas y brazos anquilosados. Los ciegos afirman recobrar la vista aunque tengan que ser arrastrados por sus familiares para que no se golpeen contra los horcones.

—¡Lo vi! En el momento en que estuve frente a él me vino la luz del Cielo sólo para mirarlo en ese instante.

Un cegato vocifera:

—¡Yo veo! ¡Les juro que veo! ¡La luz es brillante!

No se atreven a contradecirle aunque afirma ver la claridad en plena noche. Tiene las velas de la fe encendidas y su mundo interior irradia resplandores a sus ojos. A los palúdicos se les refresca la fiebre después de los rudos combates sostenidos para entrar. Las llagas, en el tumulto, pierden la pus y sangran; la voz de los gangosos se clarifica; contiénense las hemorragias y los dolores se ahuyentan.

El peregrinaje no termina en la iglesia con la contemplación del cadáver. Quieren compenetrarse con la vida del Milagroso y recorren los sitios por donde verificó sus portentos.

—¡Aquí cayó la centella que incendió su cama sin quemarle siquiera las ropas!

Una cruz de palo frente a la plaza indica otro lugar sagrado:

—Por dos días estuvo aquí esperando inútilmente que el padre Berrocal le abriera las puertas de la iglesia.

En la que fuera su tumba, bajo la custodia de Camilo, sacan totumadas de agua cristalina de la fuente que dicen mana después de desenterrado. Cerca de la ciénaga hay muchas velas prendidas al pie de un matarratón donde lo clavaron de cabeza para provocar la lluvia en la más terrible sequía conocida en el Sinú. Y desde luego, en el rancho de las Vidal, veneran sus reliquias personales custodiadas por la madre.

El profeta, pese a estar contagiado del fervor religioso que cunde en Chimá, razona y prevé las cosas como un simple mortal. Está bien que se hayan derrumbado las puertas de la iglesia y se entronice el cadáver de Santo Domingo en el altar. Mas es muy provechoso, igualmente, que él escape a la curiosidad pública y espere a escondidas las primeras reacciones del sacerdote. Los mismos discípulos le aconsejan mantenerse oculto. En la plaza, impacientes, propalan intranquilos:

—Aristóbulo viene comandando un pelotón de policías armados. En el interior de la iglesia justifican su sacrilegio:

—El padre Berrocal viene a pedir perdón al santo.

Las canoas de regreso a los pueblos llevan sus propias versiones:

—¡El cura predica en Chimá ante el cadáver inmaculado!

Una cosa es cierta: Jeremías ha enviado a Abel a Santa Cruz de Lorica a espiar los movimientos del sacerdote.

Sorpresivamente, Balaude sube al púlpito y perora:

—Malditos impíos, ¡salgan de la iglesia! Los conozco muy bien, vienen por mandato del padre Berrocal para robarse el cadáver de mi hermano. ¡Les juro que si no salen los confundiré en el infierno!

El recogimiento que inspira su presencia tórnase en desconcierto. Balaude agita el báculo y señala con el índice desde lo alto. Todavía permanecen quietos; observan a su alrededor sin saber contra quiénes dirige su acusación.

—A todos ustedes, primos del diablo, les hablo. No se queden ahí quietos con la boca abierta, porque bajaré y no dejaré cabezas sin descalabrar.

Desde el pie del púlpito, observan la espuma que brota de su boca y el temblor furioso de su cuerpo.

—¡Está loca!

Ella amenaza con bajar.

—Que se salgan los enemigos del santo.

Los arrodillados se levantan y los más cercanos a la puerta prefieren abandonar la iglesia. Las campanas repican generalizando el pánico. En la plaza tergiversan los hechos:

—¡El Milagroso se ha levantado!

—¡Se incendia la iglesia!

Balaude patea, escupe, reparte golpes y maldice:

—¡Fuera de aquí, endemoniados! ¡Fuera de aquí! ¡No profanen su cuerpo!

Los fuertes brazos de Anselmo la sujetan, obligándola a proferir gritos de dolor.

—¡Quítenme a este demonio que me lleva a los infiernos!

Otros ayudan y la arrastran a la sacristía. Anichárico, desde el altar, trata de calmar los ánimos:

—¡No es nada! ¡Quédense quietos! ¡Quieren robarnos al santo!

—¿Quién?

—¿Quién?

El italiano repite la consigna impartida por Jeremías:

—¡Los enemigos! ¡No lo dejaremos sacar de la iglesia!

—¡No!

—¡Aquí estaremos!

Anselmo sube al campanario y sorprende a Camilo repicando alegremente las campanas.

—¿Quién te ha mandado a tocarlas?

Trata de ocultar su rostro y ríe nerviosamente.

—¿Te has vuelto loco otra vez?

Anselmo lo sacude y, contrito, el bobo responde:

—¡Balaude me mandó!

Lo bajan a empellones, sin que comprenda por qué tiran de él desconsideradamente cuando ha querido servir al Milagroso. El profeta, informado por Blasina, sale de su escondrijo para calmar al pueblo con su presencia. Desde el atrio de la iglesia les predica:

—Hermanos míos, preparaos a resistir las pruebas más duras a que nos someterán los enemigos de Santo Domingo. Balaude, la hermana del santo, ha sido tocada por la hechicería de quienes no quieren ver canonizado a nuestro milagroso Domingo Vidal. Mañana querrán llevarme a mí a la hoguera como hicieron con santa Juana de Arco. Pero los enemigos del santo morirán ante su furia divina: no os dejéis, pues, asustar por falsos rumores. Esta es la casa de Dios y mientras habite en ella el cuerpo de Domingo, nosotros, sus fervorosos adoradores, no permitiremos que sea sacado de aquí ni mucho menos llevado, como se quiere, fuera de Chimá.

Juran y levantan los puños. Sonriente, el profeta entra a la sacristía y ante Balaude, a quien cuatro hombres no pueden sujetar, ordena fríamente:

—¡Amárrenla!

Lee a la luz de la llama que humea el crucifijo. A medio vestir, el padre Berrocal revela el cansancio acumulado en los días de fatigosa prédica. La espada, como es propio de mulatos, es más clara que el resto del cuerpo. Las vértebras insinúan sus rugosas apófisis que dan firmeza al esqueleto. Los setenta años no lo han menguado del todo. Tendido en la cama, olvidado de las medicinas y de las prescripciones de reposo que ordena el médico, lee la Biblia con acentuada religiosidad. El viejo reloj desata sus oxidados mecanismos para dar dos graves campanadas, que zumban entre las paredes hasta ser ahogadas por la oscuridad. Por la ventana entreabierta los insectos traen impregnadas sus alas con el vaho de la noche.

> *Vestíos de toda armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo.*

Inspirado por la lectura bíblica, el sacerdote se levanta. De un solo golpe reviven las fuerzas diezmadas y la impetuosidad de sus veinte años. Conocerán los apóstatas su decisión de lucha. No se dejará arrebatar impunemente las

almas de sus feligreses encomendadas a San Emigdio. Se viste con precipitud y toma la Biblia. Desea rescatar los minutos perdidos en los que por flaqueza o confianza dejó avanzar a los enemigos. Se orienta en la oscuridad y se postra ante el altar de la venerada Santa Cruz. Sumergido en devota comunión con ella, siente que su espíritu se templa.

—¡Cicano!

El sacristán cree delirar. Desde que durmiera en la desolada iglesia de Chimá tiene pesadillas. Sueña con demonios que le pinchan y sacan desnudo de la cama. Se ampara con escapularios a sus pies y estampas debajo de la almohada.

—¡Cicano! ¡Cicano!

Escucha y no se atreve a responder. La vela que alumbra la imagen de la Virgen se ha apagado y en la estrecha celda resuena la voz del cura sin reconocerla. Acobardado, quiere llamar a gritos al padre Berrocal para que lo auxilie contra los malos espíritus. Bruscamente se abre la puerta y se encomienda a Dios hundiendo la cabeza bajo la almohada. Le tocan y tiembla. Le sacuden y ya no puede contener el grito.

—¡El diablo! ¡El diablo!

—Cicano, soy yo, el padre.

—¡Padrecito!

Jubilosamente le besa las manos, se persigna y arroja a sus pies.

—Creí que fuera el mismo Satanás.

Apenas reanimado, advierte la inusitada visita del religioso.

—¿Por qué se ha levantado, padre? ¿Se siente malo?

—No, hijo, estoy bien. Recoge tus cosas y vamos.

—¿Algún moribundo, padre?

—Es preciso que marchemos inmediatamente a Chimá.

—¿Ahora?

—Sí, ya te lo dije, inmediatamente.

—Pero si el médico dijo...

—Deja al médico las enfermedades del cuerpo y salgamos a defender las almas.

Le obedece sin justificar aquella inesperada salida después del desmayo que tuvo en el altar.

—¿Pedirá policía al alcalde?

Todavía el cura juzga inadecuado valerse de la autoridad civil:

—No se hace necesario. Me basta la Cruz.

Cicano desea exteriorizar su opinión adversa pero teme revelar poca fe religiosa. Recuerda las escenas vividas en el pueblo y mira más lejos que el párroco.

—¿Voy por Aristóbulo?

—De paso lo recogeremos. ¡Ándate, salgamos pronto!

Es la hora de tocar maitines y el sacerdote se lamenta no tener un padre coadjutor a quien encomendar el culto. Por las calles solitarias apenas transitan algunos carniceros rumbo al mercado. Encuentran a dos beatas rumbo a la iglesia. El sacerdote desea pasar de largo pero se vuelve y las alcanza:

—Doña Marianita, hoy no habrá misa, debo ausentarme. Las mujeres se sorprenden de encontrarlo en la calle y desean entablar conversación, pero la rehúye el párroco, que acosa a Cicano hacia el rancho de Aristóbulo.

—Sí, padre, aquí está.

La india, semidesnuda, se mueve detrás del bahareque. Su marido está sentado en la hamaca. Ha escuchado la repuesta de su mujer y sospecha las complicaciones. La india le dice al oído:

—Viene por ti. Dile que vas a renunciar. ¡Te complicarás!

—Bien merecido lo tengo por no haber pedido la baja hoy mismo. El padre se impacienta y reclama:

—Ponte el uniforme y acompáñame. ¡Date prisa!

El cachureto se desplaza parsimoniosamente en la oscuridad. La mujer, en la hamaca, se desentiende de él. En otras circunstancias habría hecho luz y prendido el fogón para despedirlo con un trago de café. Se revuelve incomodada y escucha los movimientos del marido metiéndose en el odiado uniforme de policía.

—Mijo, no te comprometas demasiado. Sabes que a Jeremías lo ampara el santo.

Le habla tan quedo que teme no haber sido escuchada por él. Al sentirlo desatrancar la puerta, deja la hamaca y corre a abrazarlo.

—Rezaré por ti para que el milagroso te proteja y tenga entre los suyos.

Cicano, con el oído atento, entiende que el policía está mediatizado por el profeta y cree adivinar por qué no le ha capturado.

—Han mudado a Chimá.

La lluvia oculta el pueblo. Aristóbulo está seguro de haber andado más del tiempo justo para encontrarlo. Su inquietud le trastueca tiempo y espacio. Aunque pregona que deberían estar ya en las calles de Chimá, interiormente

quisiera no llegar nunca. Espera extraviarse por el camino pantanoso. Cicano, desconfiado, toma la delantera y se guía con experto instinto de baquiano:

—No está muy lejos. La lluvia lo traspone. Cúbrase bien, padrecito, no vaya a pillar una terciana.

Obedece a su fiel sacristán y se encasqueta el sombrero.

La precaución de Cicano de traerle capote de caucho le libra de entumecerse. Las bestias chapolean el barro y rumian el hierro de los frenos. La claridad de la mañana les muestra el camino y heridas por los jinetes entran por las callejuelas enlodadas del pueblo. Se dirigen a la iglesia y para sorpresa del párroco está fuertemente iluminada.

—¡Sacrílegos! ¡Dios se apiade de vosotros!

Creían sorprenderlos pero les esperan. Ojos que no vieron los caminantes les identificaron en el camino y por atajos se adelantaron a dar la noticia de su llegada. Abel ha cumplido fielmente el encargo de Jeremías y le informa:

—Le acompaña el cachureto y Cicano.

Hunde nerviosamente las manos en las barbas

—¿Estás seguro de que no viene la policía por la ciénaga?

Abel da testimonios concretos:

—El alcalde le ofreció la tropa al cura, pero este se negó.

La noticia regocija al profeta.

—Está bien, dejémoslo se enfrente a solas con el pueblo. Fíjate en lo que sucede y mantenme informado de todo.

Rezan el avemaría, respondiendo a la vocecita de Blasina. Las mujeres, arrodilladas, se aprietan en torno al santo. No es circunstancial su actitud. El resto de la iglesia está abarrotada de hombres que impiden el paso hacia el altar. En las puertas, disimulando su nerviosismo, están apostados los más devotos, dispuestos a impedir se evacúe al Milagroso.

—Viene el padre Berrocal con un policía. Recemos para que San Emigdio lo ilumine y deje el santo en el altar.

Conocen la voz de Abel, que les ha ordenado otras veces el culto. Blasina se esfuerza por ser oída hasta por los más apartados. El coro responde potente, vigorizando con el fervor de una causa que consideran justa y sagrada. El padre se adelanta a sus acompañantes por la puerta principal y, al encontrarla obstaculizada, se repliega prudentemente:

—Entremos por detrás.

Llevan las bestias de las riendas y, aunque la sacristía está llena de enfermos, penetran sin dificultad. Aristóbulo se tapa las narices horrorizado por el nauseabundo olor de las úlceras pustulosas. Cicano observa incrédulo los cambios abusivamente implantados en la habitación reservada a ministerios religiosos. Los enfermos conducidos allí sin proponerse allanar sacrílegamente la casa de Dios, en cuanto ven al sacerdote, se arrodillan y suplican:

—¡Padre, interceda por mí ante el santo!

—¡Deme su bendición!

Escucha, observa colérico y calla. En el camino ha meditado largamente sobre la conducta a asumir ante los sacrílegos, distinguiendo entre ingenuos y apóstatas. Empuña las manos y se contiene para no acometer con la misma furia con que Jesucristo azotara a los fariseos del templo. Su inesperada entrada por la sacristía toma de sorpresa a los aleccionados secuaces que custodian las puertas. El padre sube al púlpito con la Biblia en las manos y su presencia allí basta para silenciar el rezo. Contempla calladamente desde aquella altura a los infieles. Allá abajo, sumisos, se sienten fulminados por el fuego de Dios. Atemoriza tanto que no se atreven a mirarlo de frente y alargan el rabillo del ojo. El sentimiento de culpabilidad les hace persignarse y encoger el rostro. Las palabras que escuecen no tardan en resonar furibundas:

—¿Quién os ha congregado aquí, infelices idólatras? ¿Cómo habéis profanado la casa de Dios derribando las puertas y entronizando en el sacro altar de San Emigdio los despojos de ese pobre tullido que se llamó Domingo Vidal? Os habéis hecho culpables de idolatría y merecéis con todo rigor la peor de las excomuniones. ¿Dónde está vuestra fe religiosa? ¿Qué aprendisteis del catecismo para que os hubieseis dejado llevar al pecado por el hereje más aborrecido que hayan dado estas tierras? ¿Dónde está oculto quien se llama elegido de Dios y no se atreve a enfrentarse a un simple sacerdote que le reta con la santa Biblia en la mano? No está aquí presente porque es el mismo Satanás y huye de la cruz y de las Sagradas Escrituras. No me preocupa él, diabólico espíritu condenado irremisiblemente a los infiernos, sino vuestras almas pecadoras. Aquí estoy para defenderos, para daros una última posibilidad de salvación, para arrebataros de las puertas mismas del infierno a donde habéis sido conducidos. Infelices pecadores, retiraos a vuestras casas; encomendaos a la misericordiosísima Virgen y a San Emigdio, vuestro patrón, mientras yo al pie de este altar elevo mis plegarias para que Dios se apiade de vosotros.

Confundidos, contritos, desarmados, se alejan del cadáver de Santo

Domingo. Arrojan las velas benditas por el profeta, ahora maldito, y salen por las puertas que no se atreven a cerrar sus fieles acólitos. Huyen a la plaza. La tormenta los acogota con su ventisca y lluvia arremolinadas. El sol, que tímidamente quiso alumbrar, retrocede entre los fogonazos de los relámpagos y se oscurece el cielo. La multitud, aturdida, azotada por el pánico, se disgrega por los callejones.

—¡El Juicio Final!

—¡Castigo de Dios!

Atropelladamente cierran las puertas y las atrancan. Se vuelven a sus santos olvidados y postrados ruegan perdón:

—¡Virgen Santísima, protégenos con tu manto!

—¡San Emigdio, ampárame!

Los enfermos abandonan la sacristía sin esperar a que el sacerdote los flagele. En la calle la lluvia torrencial lava sus llagas. Los paralíticos se arrastran y algunos, hasta entonces huérfanos del milagro del santo, corren sin darse cuenta todavía de estar realmente curados. Otros salen en brazos y espaldas de sus familiares y los imposibilitados para andar se convulsionan y lloran su abandono.

—¡Impíos pecadores, os debiera arrojar a la calle porque no sois dignos de la gracia de Dios. Pero os acojo. Guareceos aquí hasta que pase la tormenta!

El rancho de las Vidal está vacío. Precipitadamente han apagado las velas y en mitad del cuarto, ante el altarcito que levantaran a su hijo, Rafaela, escuálida, arrugada, suplica gracia para su Dominguito. Nunca ha estado tan sola ni tan acompañada de él. En el cuarto vecino se oyen los gritos desgarradores de Balaude maniatada:

—¡Maldito cura! ¡Devuélveme a mi pobre hermanito!

La oración de la madre se confunde con el llanto de la demente. Los que corren por la calle se tapan los oídos para no escuchar y cierran los ojos para no ver.

En la iglesia desolada, Aristóbulo se pasea entre sombreros y zapatos abandonados. Se asoma a las puertas sin percibir una sola alma en la plaza, anegada por la lluvia. La chispa de los relámpagos le hace apoyar la cabeza sobre el hombro y ni aún así se atreve a volver la vista hacia el altar, donde permanece el cadáver en medio de los cirios apagados. El remordimiento lo atormenta como a Judas. Los demás idólatras han huido, incapaces de

enfrentarse al sacerdote, pero él, pecador, debe resistir la culpa y la amonestación. Desearía acercarse arrepentido al párroco, que reza en el altar de San Emigdio desde hace una hora como si detrás suyo no estuviese el cuerpo tendido de Domingo, que a él todavía llena de pavor.

El sacristán observa a Aristóbulo con ínfula zumbona. La alegría, incontenible, se le refleja en el rostro rejuvenecido. Se desplaza diligente por entre los candelabros, más placentero que los murciélagos de regreso a sus nidos en el caballete. Hacina las palmas, barre las «oraciones» rotas, arrincona el barro traído por los pies de los peregrinos y ordena las bancas arremolinadas por el tropel. Prende el incensario y aromatiza la iglesia, apestada con la hedentina del cadáver.

Desde su incómoda presencia Aristóbulo lo envidia. Desearía nadar en la gracia que protege al sacristán y aligera sus pasos. En ningún momento Cicano sintió el escozor de la duda, de la atracción del pecado. La noche en que ambos por igual enterraron a Domingo, los unía la hermandad de la inocencia. Pero desde entonces se separaron. Mientras el uno custodiaba la iglesia sin adelantar un paso fuera de la atmosfera santa que lo cobijaba, Aristóbulo, abandonado, solitario, debía perseguir al hereje y buscarlo allí donde su influencia era corruptora y subyugante. Oía las alabanzas al santo de las personas que habían sido objeto de milagro. Visitaba los sitios donde obró portentos. Le constaba como el profeta, ayudado por Domingo, desaparecía de un pueblo cuando momentos antes había perorado en presencia de muchos. Y luego esa permanente invitación de su mujer, deseosa de ganarlo para la causa del Milagroso.

Sí, él comprende muy bien por qué el sacristán demuestra desprecio ante los despojos de Domingo. Por qué apaga las luces de los cirios, le quita el sudario y lo arroja a la basura junto a las velas ensangrentadas y malolientes de los leprosos. Le ve inclinar las andas y arrojar al suelo el cadáver. El rudo golpe de cráneo contra el pavimento le estremece. Ruedan unos dientes y el cabello mechudo se enreda en la nuca endurecida. Cicano lo arrincona con el pie y se sacude las manos como si hubiese tocado la mayor inmundicia.

Abel es el único que no abandona a Jeremías. Le recita casi textualmente cada una de las frases del sermón del párroco. Cuenta el terror de los campesinos huyendo de la iglesia sin levantar un solo dedo en defensa del santo. Se abstiene de hablar de las centellas y truenos, pues Jeremías debió escucharlo en

su escondrijo. Afirma:

—Dice la gente que era Dios, regañador desde el cielo.

El profeta escucha de espaldas, envuelto en su hábito blanco. Se estruja las barbas y tamborilea sobre la alcancía que tiene bajo el brazo, llena de «milagros» de oro. Las palabras de Abel le describen crudamente la derrota. Ha bastado un solo sermón del sacerdote para socavar y desplomar el templo levantado en dos años de incansable prédica. Jamás pensó que la santidad de Domingo Vidal pudiera desvanecerse súbitamente como tromba de polvo. Acostumbrado tanto al culto, no concibe vivir sin adoradores, imágenes y milagros. Le asusta esa soledad en que lo han dejado hasta los más fieles. Si Aristóbulo preguntara por él, cientos de dedos le indicarían su paso y otros cientos le ayudarían a apresarlo. Lo juzgarían, le arrebatarían dinero y «milagros» y, contentos, lo encarcelarían. Ni un solo momento piensa en los infiernos. El pecado no cuenta para él y por tanto no huye por la puerta de escape del arrepentimiento.

—¿Qué hacemos? —pregunta Abel.

Demora largamente la repuesta. Busca una salida que no encuentra. Piensa, sin embargo, que su única salvación es y debe ser Domingo. Aferrarse a su santidad, aun a sabiendas de que había sido un simple tullido, fosilizado en vida, es sobrevivir a la derrota. Debe convencerse a sí mismo que defiende una causa verdadera. Adivina que jamás entrará Domingo por el portal de la iglesia santificado, pero puede levantar cientos de templos en la mente supersticiosa de los campesinos. Y el primero, el más fuerte e inconmovible, ha de ser el de su propio espíritu. Sí, Domingo Vidal es todavía un cadáver aprovechable. Sea cual fuere la sepultura que el padre Berrocal le señale, él lo desenterrará con su constante prédica. Da media vuelta y se enfrenta a los ojos que lo observan confundidos.

—Abel, has visto en mí a un desinteresado defensor de la santidad de Domingo. Los demás nos han abandonado, pero no importa. Si además de mí hay alguien como tú que todavía cree firmemente en él, no cabe la menor duda de su santidad. Entonces no debemos temer ni huir. Nada de arrepentimiento. No demos la espalda a sus enemigos; enfrentémonos a ellos convencidos de ser más poderosos porque estamos seguros de la verdad: Domingo Vidal es un santo aunque lo niegue el padre Berrocal.

Contagiado, Abel afirma:

—Te seguiré. Estoy dispuesto a morir por Santo Domingo.

Jeremías sonríe complacido. En ese instante ha convencido al primero,

pronto serán recuperados todos.

—Demos muestra de nuestra fe. Salgamos a la plaza y prediquemos.

Quien ha espiado por mucho tiempo las pisadas del cachureto, le permite recordar:

—¿Y Aristóbulo?

La respuesta del profeta es concisa:

—Espero que cumpla con su deber. La cárcel es un buen sitio para pescar incrédulo.

El padre Berrocal, de rodillas ante la imagen de San Emigdio, ensimismado, suplica perdón por los extravíos de sus feligreses seducidos por el demonio. A su lado, Cicano, demuestra más fervor que su propio párroco. En el extremo opuesto del altar, lo más distante posible del cadáver arrumado en un rincón, Aristóbulo agita su cuello torcido como tortuga que explora un lugar extraño. Tasa sus propios sentimientos y husmea los vedados predios de la idolatría.

Dos horas de meditación y plegaria reaniman al sacerdote. Es tiempo de enfrentarse a la realidad de limpiar los residuos de la superchería. Sus primeros pasos son para averiguar el real estado de momificación del cadáver. Observa la contextura de los miembros, su vientre sumido y disecado. La piel curtida que se pega como una delgada cutícula a la calavera, dibujando los contornos de las cuencas, los vacíos orificios de la nariz y la prominencia de pómulos y mandíbulas. Inútilmente quiere encontrar las razones naturales de aquel fenomeno que transformó la imaginación campesina. Sin más aspavientos de los que ya ha originado, decide enterrarle por segunda vez. El sacristán, presintiendo el recrudecimiento de la idolatría, le alerta:

—Es mejor enterrarlo en Santa Cruz de Lorica.

La respuesta, sobradamente sopesada por el cura, salta al rompe:

—Demostraríamos temor a los enemigos. Para que nunca más prospere la idolatría sobre este cadáver, debemos despojarlo aquí mismo de su falsa santidad.

El policía es una sombra desplazada silenciosamente por los rincones. El sacerdote le recrimina:

—Acércate, no se por qué te apartas. ¿Acaso te has dejado contaminar de la herejía?

El sacristán cree llegada la ocasión para revelar sus sospechas:

—Aristóbulo no ha puesto preso a Jeremías porque su india es una

convencida creyente de la santidad de Domingo.

El párroco recuerda las aprehensiones del alcalde sobre la ineptitud del policía para capturar al apóstata.

—¿Será posible que seas tú uno de sus secuaces?

La tendenciosa sugerencia del sacristán encoleriza al policía. Su mujer, como todo el pueblo, ha creído en los milagros atribuidos a Domingo; influido por esa creencia compartida por todos, él también ha considerado sobrenatural la no putrefacción de su cadáver, pero es absolutamente falso que haya sido un encubridor de Jeremías.

—Juro por Dios y María Santísima, aquí ante el altar, que en todo momento he tratado de cumplir las órdenes recibidas del alcalde y usted, señor cura.

Se arrodilla ante él y tras de besarle las manos se santigua. El párroco regaña con la mirada al sacristán y este baja la cabeza. Su silencio libera a Aristóbulo de toda sospecha.

—Levántate, hijo, demostrarás palpablemente tu equivocación ayudando al descuartizamiento del cadáver.

Cicano sonríe; le ha visto huir del cadáver y lo incita:

—¡Manos a la obra! ¡Cuanto antes saquemos esta inmundicia de aquí, mejor!

El sacerdote, que siempre guardó afecto por el pobre Domingo, le ataja y recrimina:

—Los despojos de cualquier cristiano merecen nuestro respeto.

—¡Perdóname, padre, hiede tanto!

Aristóbulo, inmóvil, contempla atemorizado el seco cadáver arrinconado con su mueca dolorosa. Dos de los incisivos caen por los golpes del sacristán y le muestran más horripilante. Otros no han visto esa fealdad ni sentido los malos olores de que habla caprichosamente Cicano. El sacerdote acosa a Aristóbulo:

—¡Conduzcámoslo pronto!

Con irreprimible entusiasmo, Cicano se dispone a sepultarlo nuevamente. Lo envuelve en una sábana y amarra los pliegues en los pies y cabeza con tosca cabuya. Sus preparativos le denuncian como a un antiguo sepulturero concienzudamente práctico en los detalles. En el momento de cargarlo, socarronamente dice a su compañero:

—¡Lleva tú la hachuela!

Aristóbulo, con los rígidos pies del muerto apoyado sobre su hombro, se

bambolea estremecido.

Por entre cercas de cañabrava y barro, Abel acude al refugio de Jeremías para contarle la noticia que espanta a quienes, escondidos detrás de las puertas y rendijas, miran el cortejo funeral.

—Aristóbulo y Cicano, seguidos del cura, llevan el cadáver al cementerio para descuartizarlo.

La noticia alegra notoriamente al profeta.

—¡Ese entierro nos viene de perilla! —exclama entusiasmado y retuércese las manos. Recoge la horqueta que le sirviera en su peregrinaje y se adelanta a Abel. Su presencia en el pueblo sorprende y alborota.

—¡El profeta ha vuelto!

—¡Va a predicar en la plaza!

Los niños tratan de aproximársele como de costumbre pero las madres los retienen. Algunos adultos le siguen desde lejos. Otros se le acercan, pues el padre se halla en el cementerio y pueden impunemente escucharle. En la plaza el profeta escoge temerariamente las puertas de la iglesia para su prédica. El sol resalta sus barbas y el ropón blanco le da imponencia. Los más atrevidos se plantan a varios metros de él, apenas lo suficiente para oír sus palabras. Anichárico está sin sus mellizas a las que no pudo arrastrar consigo. Blasina es más descarada para desafiar las críticas que puedan enrostrarle despues. José Dolores Negrete se hace transportar al corredor más cercano. A sus años no se puede vivir sino de milagros y le atrae cuanto se revista de sobrenatural. Realmente Jeremías no pensó que su osada aparición en el pueblo, estando allí el sacerdote, pudiera agrupar a ese puñado de asustados curiosos:

—Chimaleros, no permitáis que el cuerpo bendito de Santo Domingo Vidal sea descuartizado como el de una res... No nos quedemos aquí con los brazos caídos, supliquemos de rodillas al padre Berrocal se abstenga de tan sacrílega profanación.

Las brasas del fanatismo se inflaman nuevamente. Ya le rodean.

—¿Quién ha dado una sola prueba de que Domingo Vidal no sea un santo? Nadie ¿Cuántos de nosotros hemos sido testigos de sus milagros? Todos. No os quepa duda que vais más directo al Cielo defendiéndolo que dándole la espalda.

—¡Al cementerio! ¡No permitiré que el cura se robe el cadáver de mi hermano! —entra gritando a la plaza Balaude. Agita el báculo que

criminalmente le ha cedido Abel después de desatarla. Cumple instrucciones del profeta y no mide los riesgos que corre la vida del sacerdote con aquella demente armada del garrote. Al verla llegar, descalza, las ropas rotas y extraviados los ojos, los chimaleros retroceden asustados, temerosos de que repita sus golpes como a los congregados en la iglesia. Detrás, arrastrada por Abel, llega Rafaela, más retraída desde que la separaran del cadáver de su hijo. El profeta incita:

—¡Adelante la madre y la hermana! ¡Nosotros las seguiremos! ¡Sólo pediremos al cura que no parta el cuerpo de Santo Domingo que no pudo dividir la muerte!

—¡Pronto!

—¡Que nadie se quede en casa!

Aparentemente es el pueblo quien reclama acción y demanda piedad. Balaude, a la cabeza, es detenida por Abel para dar tiempo a que la procesión crezca a lo largo del camino. Los mueve un ciego impulso gregario que no discierne. Despierta curiosidad la valentía del profeta, enfrentado al párroco; les atemoriza que el cuerpo de Domingo Vidal, aunque realmente no sea un santo, vaya a ser desplazado y que la loca Balaude agreda al cura. Son muchos los hilos que sabe mover Jeremías para reagrupar su desbandado ejército, sin olvidar la imponderable seducción de lo milagroso que encarna el cuerpo fosilizado.

—¡Domingo convertido en piedra por Dios resistirá los golpes de hacha!

El párroco se asoma curioso a la tumba donde había enterrado de noche a Domingo. Quiere informarse de la fuente que mana agua bendita. La lluvia ha empozado la sepultura y le es imposible verificar si realmente en el fondo fluye el agua cristalina.

—Le meteremos en este nicho de calicanto —dice el padre, buscando una tumba menos propensa a la superchería.

Cicano prepara la mezcla de cemento y ofrece la hachuela a Aristóbulo.

—¡Dale tú los primeros golpes!

El policía la rechaza instintivamente y el hacha se queda frente a él, sin que sea capaz de estirar la mano para recogerla. El sacristán sonríe y mira de reojo al sacerdote, rezando al pie del cadáver. Insiste:

—¡Agárrala firme! ¿Acaso tienes miedo de cometer algún sacrilegio?

Ahora el sacerdote observa de frente a Aristóbulo como si quisiera ahondar en sus interioridades. La boca, reseca, le empegosta la lengua y muy difícilmente quiere negar:

—¡Qué sacrilegio ni que carajo! ¡No me da la gana de despedazarlo!

La irreverencia hace perder a Cicano su serenidad. El padre excusa el vocablo pero no la sospechosa actitud de Aristóbulo y le habla encarado:

—Toma el hacha y corta. Primero las piernas, después los brazos. Separa la cabeza del cuerpo.

Indica los cortes con frialdad, como si de tiempo atrás hubiera practicado el descuartizamiento. Está despojado de todo sentimentalismo con aquel cadáver. Aristóbulo, sudoroso, alarga la mano y empuña débilmente el hacha. Intenta deglutir saliva, pero su garganta, reseca, le niega este alivio. Da la espalda a la cara del muerto como si no quisiera mirar los gestos de dolor cuando el filo hienda las coyunturas. Los miembros se han reducido a los fémures recubiertos de una finísima piel tiesa. Por debajo de ella imagina ver que los nervios se compactan para mejor resistir el golpe. El cachureto suspira hondo. Vuelve a mirar la cara del sacerdote y este le confirma con la cabeza. Alza el brazo, cierra los ojos y descarga el puño. El hacha resbala y casi hiere su propio pie. El sacristán le increpa:

—¡Te digo que agarres firme el mango!

Aristóbulo se seca el sudor de la frente y suplica:

—Es mejor que lo hagas tú.

La implorante solicitud es recibida por el sacristán como un reto. Para demostrar entereza ante el religioso, arrebata la hachuela y curiosamente corta como si despedazara un árbol viejo y carcomido. Parte y separa con el mismo golpe. Se ceba en las rodillas, en los brazos, en las caderas. Las astillas de huesos saltan y rebotan en su rostro. Sigue con los hombros y luego, cuando sólo queda sujeta la cabeza del tronco, parece resentirse por el cansancio.

—¡Bueno, termina tú, arráncale la cabeza!

El sacerdote se muestra satisfecho. Cicano ha demostrado estar libre de idolatrías absurdas. Podría desmembrar igualmente a todos los íconos del mundo. Está más allá del embrujamiento. Aristóbulo, en cambio, hállase en peores circunstancias para continuar la mutilación. Siente amputados piernas y brazos. El sacristán debe sujetarle la mano para hacerle agarrar el mango de la herramienta.

—Pronto, acaba con la cabeza y sepultémoslo.

Aristóbulo se ha desdoblado. Quien ahí recibe el hacha y no consigue quebrar la espina dorsal, las duras y compactas vértebras del cuello, no está en el cementerio. Su mente vaga a muchas leguas de ahí. Se ve arrodillado frente al chinchorro de su india, lloroso, tratando de explicar no sabe qué historia

macabra. Suplica a su mujercita que practique cuanto ha aprendido de sus padres indios para liberarse de la horrorosa pesadilla. Pero su indiecita no está sola, la rodean las momias de todos los *chimás* muertos, congregados en su rancho para oírles relatar el espantoso descuartizamiento no sabe si de un niño o de un anciano revenido por artes mágicas. Las risas de esas mandíbulas momificadas que se burlan de su increíble historia, las percibe cada vez más claras, próximas, vivientes. Levanta los ojos y mira el cementerio rodeado de miles de cabezas que se agitan tumultuosamente. Luego repara en sus cuerpos; creyó fuesen simples cabezas decapitadas y de súbito advierte que son personas, con brazos, piernas y cabezas sobre los hombros. Entran silenciosos, los rodean, se arrodillan y contemplan asombradas los fragmentos del cadáver diseminado.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Quién os ha invitado a este funeral? ¡Apartaos de mi presencia! ¡Que nadie pronuncie una sola palabra si no desea condenarse a los infiernos! ¡Marchaos, contumaces idólatras!

No obedecen a las palabras del sacerdote. Los brazos despedazados, la cabeza todavía sin desprender del tronco y el hacinamiento de los fémures y tibias, les paraliza y eriza. Hasta Balaude, olvidada de su furia persecutoria, pretende aunar las esquirlas separadas, reconstruir hueso a hueso el cuerpo de Domingo. La madre se desmaya en brazos de Jeremías. Una oración se expande por las mil bocas y es la única respuesta a la desaforada regañina del párroco. Jeremías deja en tierra a Rafaela y de rodillas, entre colmillos y dedos, vértebras y mechones de cabellos, ruega al cielo con los ojos llenos de lágrimas:

—¡Santo Domingo, perdónalos! ¡Tu alma, entera y santificada, no ha recibido un solo golpe de esta hacha infame!

El padre Berrocal tiembla encolerizado y ordena a Aristóbulo:

—¡Captúralo! ¡No lo dejes escapar!

El hábito de obedecer es más fuerte que el delirio. Despierta desconcertado y se arroja violentamente sobre Jeremías. Le une las muñecas y aprieta las esposas. Sonríe satisfecho, busca la aprobación en la cara del cura y respira victorioso. Su alegría y sus movimientos impetuosos contrastan con la pacífica beatitud de Jeremías, que se expone al atropello con regocijo. Aristóbulo le abofetea el rostro, lo empuja, le patea y su cuerpo rueda espectacularmente. El profeta teatraliza la caída de Jesús bajo el madero. Y aún se levanta y, arrodillado, vuelve a elevar al cielo la súplica:

—¡Perdónalos! ¡Perdónalos, Dios mío!

Cicano teme esa multitud que intempestivamente ha invadido el cementerio y se da prisa en introducir los huesos a manotadas en el nicho. El tronco con su cabeza colgante no cabe y entonces el mismo sacerdote, ante el asombro que espeluzna, escinde la cabeza con tajante golpe.

Los amigos confortan a Rafaela, desolada y abatida. La vista de su Dominguito despedazado es una prueba aniquiladora. Tiene, ahora sí, la certidumbre de que ha muerto, asesinado ante sus propios ojos. Poco influyen en ella esas voces piadosas afirmando que el alma de su hijo supervive glorificada. La santidad es algo ajeno ante esas astillas de huesos que Cicano arroja en la fosa y repella con soterrada alegría. La obsesiona haber visto ese montón de escombros a que quedó reducido el cuerpo amorosamente bañado y perfumado tantas veces por ella. Aunque se levanta de allí, nunca más volverá a vivir. Esos hachazos la han asesinado también.

Corren de un grupo a otro para cerciorarse de cuanto ocurre en los distintos sitios. En el lunes de Pascua todavía están vivos en sus mentes los personajes de la Pasión.

—¡Van a crucificar al profeta!

En el policía que atropella al prisionero ven al romano odiado. No le basta con esposarlo, le amarra con una cabuya y le hace sangrar el rostro a golpes. Falta el madero de la crucifixión y las burlas de los fariseos. A esta víctima se le compadece. Es el mártir escogido para sufrir la pena que no pueden imponer a todos. El profeta se sacrifica para salvar a los crédulos. Cicano le flagela con una vara de totumo y lo insulta:

—¡Hereje maldito, las pagarás todas! ¿Por qué no invocas a tu santo para que te libre del tormento?

Jeremías sabe exagerar su padecimiento: la mirada suplicante, las manos extendidas.

—¡Agua! ¡Agua!

Las samaritanas acuden con totumas llenas. Intencionalmente las derrama con las esposas para que una y otra vez se le moje el rostro ensangrentado. Blasina le limpia la cara con su trapo y lo muestra a los que observan. Es extraño no ver en él la imagen de la Verónica.

—¡No le pegues! —grita Abel como renacido Cirineo.

El cachureto bufa y se enfurece, levanta el puño, pero el pescador lo

contiene y zarandea.

—¡Encarcélame si quieres, pero te arrancaré el pescuezo si vuelves a pegarle!

—¡Ya vendré por ti, también! ¡Tengo orden de captura contra ti! —responde mohíno.

—No tendrás por qué regresar, maldito cachureto, pues no me separaré del profeta.

Abel estropea las intenciones de Jeremías, quien, presto a dramatizar, desea más sevicia en el castigo. Es el momento de permitir al enemigo extremar su rigor para que exaspere los ánimos del pueblo.

—Abel —le suplica—, deja que recaiga sobre mí la furia de los incrédulos.

No comprenden su resignación. Si él quisiera podría romper sus amarras y confundir en el barro al policía con sólo invocar al santo.

IV

Los relámpagos que rasgan la noche, amenazan incendiar a Chimá. El olor de la lluvia se esparce sin que caiga el agua. Aumenta la transpiración y se abren los toldos a pesar de la sangría de los mosquitos. Insomnes, sacan los asientos de cuero de res a los patios, donde se airean afanosamente con abanicos de iraca.

—¡Qué sofocación!

—¡Lloverá!

Es otra su ansiedad: en esa hora, en el abandonado cementerio, sin una sola vela encendida, yace despedazado el cadáver del santo. Quisieran salir en procesión, arrodillarse ante su tumba y llorar desconsoladamente, pero los reprime el marco iluminado de la ventana de la sacristía, donde el padre Berrocal, no saben por qué, ha decidido quedarse. En la tarde Cicano tocó el ángelus y cuando José Dolores y un reducido grupo acudieron al rosario, inexplicablemente encontraron cerradas las puertas de la iglesia. El sacristán les dijo:

—¡No, no habrá rezo!

Así quedaron en entredicho: enemigos del santo y proscritos por el cura.

Son muchos los que, en la oscuridad, se deslizan al rancho donde tienen prisionero a Jeremías. Le llevan alimento y vendas para cubrir las heridas. Se sorprenden con la respuesta de Abel:

—¡Guarda ayuno por el descuartizamiento!

El pescador demuestra su fidelidad, arrinconado allí a la puerta de la prisión, expuesto a la ventisca y al agua. Rechaza la estera traída por Jesusita, pues quiere correr la misma suerte del profeta. Duélese de que Aristóbulo, temeroso de la soledad, se haya negado a encerrarlo conjuntamente con Jeremías y prefiere tenerlo allí cerca de él. El policía vocifera sandeces por el aguardiente. Se revuelve en la hamaca como si le aguijonearan el cuerpo y, desesperado, se pone a llorar:

—Siento que mi cuello esta más cachureto. Hermano, ¿por qué no me untas manteca de caimán?

Abel le responde indiferente:

—Siempre has sido todo lo cachureto que se puede.

El policía cae de la hamaca y, gateando, se le acerca para mostrarle el cuello:

—Dime la verdad, ¿no tengo un hachazo en la nuca? Tontamente se palpa allí donde cree tener la herida.

—¡Estoy bañado en sangre!

Abel lo rechaza con disgusto:

—¡Estás borracho!

Sofocado por el llanto, el policía le confiesa:

—¡Lo despedazamos y no brotó ni una sola gota de sangre!

A la una de la mañana repican las campanas. Saltan de las camas y se precipitan a las calles sin encontrar los resplandores del fuego. Apenas en la distancia culebrean los relámpagos.

—¡Cicano se ha vuelto loco!

La ventana de la sacristía persiste iluminada. Llegan a la plaza, a medio vestir, con escaleras, machetes y escobas, después de buscar inútilmente el incendio. El policía, despabilado con la gritería, dando bandazos consigue mantenerse en pie:

—¿Qué pasa aquí?

Presume darse la autoridad que le niega la embriaguez. Nadie le responde y le dejan sin apoyo para que baile sin equilibrio. La puerta de la sacristía se entreabre y aparece Cicano con gritos angustiados:

—¡Auxilio, el padre se muere, corran!

En su cama, ojizaino, el padre Berrocal está paralizado. La boca torcida, le babea y su mano derecha, esa que separó la cabeza del santo, está muerta, crispada sobre el pecho. Desespera por hablar, mueve hacia un solo lado la cara y en la garganta le borbota el estertor.

—¡Virgen Santa! ¡Dios Poderoso! ¡Piedad para el padrecito! —Cicano grita y gesticula lo que no alcanza el párroco. Los demás permanecen atónitos sin atreverse a acercársele.

—¡Castigo del santo!

Horrible tormento estarse estirado en la misma posición en que Domingo padeciera treinta y tres años.

—¡Le ha condenado a su propio mal!

El cura balbucea palabras incompletas que nada dicen.

—¿Qué hacemos? —pregunta Cicano al policía. Este extraña de que le pidan consejos. Atisba a su alrededor, quisiera delegar su autoridad en alguien. Al sacristán se le ilumina el entendimiento. Coloca un lápiz en la mano engarrotada del párroco y bajo ella, como hacía con Domingo, pone una hoja de papel. Rodean la cama ansiosos de ver lo que garabatea:

—¡Una cruz!

Quisiera indicar un nombre: Santa Cruz de Lorica. Presiente la muerte y desea ser transportado donde su médico, pero otra es la interpretación de los supersticiosos:

—¡Quiere que le llevemos al cementerio!

El sacristán observa insistentemente el dibujo, confundido por aquella cruz. Mira los ojos expectantes del religioso, que ha escuchado la falaz interpretación. Los movimientos desordenados de su cabeza igual afirman que niegan. Cicano, arrastrado por la poderosa fuerza de contagio, cae de rodillas ante el sacerdote:

—¡Santo Domingo! Nosotros pecadores, que ayudamos a dividir tu cuerpo, te suplicamos nos perdones y escuches nuestros ruegos: aparta tu rayo vengador.

Inverosímilmente, el único que aún permanece en pie, en medio de los que oran postrados, es el embriagado Aristóbulo, que no consigue arrodillarse. Trata de mirar al suelo pero su nuca envarada le frena. De súbito se desploma estrepitosamente y se revuelca cataléptico, huido de sí mismo. La psicosis hechiza. La sacristía es una celda de endemoniados que bailan el San Vito. El sacerdote trata de incorporarse y rueda al suelo. Inútilmente Cicano quiere sentarlo; se le desmadeja en sus brazos como si le hubiesen triturado los huesos. Entonces surge entre ellos la mágica presencia que seda:

—¡El profeta!

Vuelven hacia él sus mentes distorsionadas. Cicano se arrastra hasta él y le besa el hábito:

—¡Perdónanos! ¡Perdónanos!

El profeta posa sus manos sobre la cabeza del sacristán, entorna los ojos hacia arriba y ruega:

—Santo Domingo, basta de revelarnos tus portentosos poderes. Ahora envía la dulzura de tu bondad sobre estos incrédulos arrepentidos.

Se inclina sobre el sacerdote y forzudamente le sube a la cama. Está

informado de cuanto ha sucedido:

—¡Conduzcámosle a la tumba de Santo Domingo!

Los que no se atrevían a tocar al cura, ahora no pueden resistirse.

—¡Al cementerio!

—¡Él mismo lo ha pedido!

Las velas encendidas afluyen de los callejones, tributarias de ese río de luz alargado por el sinuoso camino del cementerio. Rezan la misma vieja plegaria de sus rogativas para implorar la lluvia. Lo dejan ante la tumba con el repello aún fresco de Cicano. Las cruces proyectan sus sombras sobre el cuerpo del sacerdote, que ya ni siquiera puede respirar. Los ojos, en blanco, se le hunden bajo la arcada de los párpados; la boca, contraída, describe una torcida mueca como muda exclamación. La culebrina de una centella ilumina las caras y conmueve con su trueno las sepulturas. El profeta exclama desgarradoramente:

—¡Ha muerto en gracia! Santo Domingo lo ha perdonado.

En la madrugada, empozada por la bruma, Marianita y su amiga, beatas empedernidas, se acercan a la iglesia. La cruz iluminada de la torre las anima para andar en la oscuridad donde anidan los espantos. Cuando se daña la pequeña planta eléctrica de Lorica juran ver la aparición del árbol de campano con velas encendidas que no apagan vientos huracanados. O el mismo Satanás, convertido en un niño negro de largos y relucientes colmillos de oro. Afirman que les ha gritado: «Méteme el dedo en la boca a ver si tengo dientes».

Aunque le han hecho huir con sus pertrechos de oraciones y cruces, recelosas, se persignan a cada paso y al llegar a la plaza, envuelta en sombras, se acogen confiadas al atrio sagrado. Y allí, donde se creen a salvo, se topan con el demonio, que pretende derribar a palos las puertas de la iglesia.

—¡Ábranme o no dejaré santos con cabeza!

Escúrrense contra el muro y rezan desaforadamente. Están seguras de no delirar; alcanzan a ver perfectamente el ropón negro, el tridente con que golpea, y oyen el trueno satánico trepitando en la abovedada nave de la iglesia. Marianita, con más entereza, al advertir que sus avemarías no alejan al Maligno, venciendo el miedo, aconseja a su amiga:

—¡Vamos a buscar al señor alcalde!

Recorren despavoridas las calles y con desespero tocan a las puertas de don

Cipriano. Sin preocuparse mucho de que este haya salido en calzoncillos, le informan acaloradas:

—El demonio, aprovechándose de que el padre Berrocal está ausente, intenta penetrar en la iglesia tumbando las puertas.

Se sonríe el alcalde, no es la primera vez que les oye tales historietas de aparecidos.

—Les prometo que enviaré un pelotón de policías para defender la iglesia, pero ahora váyanse tranquilas a sus casas y déjenme a mí enfrentarme con el diablo.

Despiertan los vecinos con las voces y se asoman con linternas.

—¡Señor alcalde! ¡Señor alcalde! ¡Un muerto ronda la iglesia! —son ahora tres carniceros los que han visto la aparición. Han dejado las carnes tiradas en la plaza y, empalidecidos, corren por las calles.

—¡Están borrachos! —clama don Cipriano, encolerizado—. Les encalabozaré por alborotadores.

El mayor, hombre de reconocido respeto, se arrodilla y le responde:

—Le juro, por la Virgen María y los restos de mi madre muerta, que lo he visto y sentido con estos ojos y estos oídos que se ha de comer la tierra.

El vecindario se moviliza, armado de piedras, palos y escapularios. La madrugada todavía ensombrece las calles.

—¡Vamos, señor alcalde, defendamos la iglesia!

Más obligado por su autoridad que por creer en aquella patraña, se pone al frente del improvisado batallón. Ni siquiera piensa despertar a sus guardias. Él solo se batirá con mil demonios si fuese el caso.

—¡Déjenme entrar para arrancarle la cabeza al cura!

Al escuchar el grito sacrílego se acortan los pasos. Los golpes sobre la puerta son una evidencia de que no son meras alucinaciones. El alcalde se apresta a disparar sobre el bulto pero antes se cerciora si agrede al diablo o a un cristiano. Alumbra con su lámpara eléctrica y descubre a Balaude con el báculo, desarrapada, los ojos relumbrándole con el rayo de luz.

—¡Allí está!

—¡Mírenlo!

Atemorízanse de ver al diablo de cuerpo entero. Se olvidan de sus piedras y, prendidos de sus escapularios, recitan temblorosos las oraciones.

—¡Sí es una loca! —exclama don Cipriano. Amparado en su pistola, puede sobreponerse al pánico que sobrecoge a los demás.

—¡Vengan! ¡Ayúdenme! ¡Es el momento de arrancar la cabeza al cura!

El alcalde avanza iluminándola y detrás de él se escudan los carniceros, confiados en el arma. Al aproximarse se desembarazan del miedo porque no observan los cuernos ni el rabo que esperan ver.

—¡No hiede a azufre!

Caen sobre ella, le arrebatan el báculo y la sujetan fuertemente.

—¡Malditos incrédulos, les arrancaré a todos la cabeza! ¡Jeremías, ven a mi socorro, aquí están los enemigos de Domingo!

—¿Hay quien la reconozca?

—Es Balaude, la hermana del santo.

—¿Qué santo ni qué carajo? —rebate don Cipriano—. ¡Más locos están ustedes que esa pobre mujer!

A la plaza llegan sudorosos cuatro hombres que se han adelantado a los que cargan el cadáver del sacerdote:

—Señor alcalde, allí traen al padre Berrocal, que murió anoche en Chimá.

La noticia sorprende y escandaliza. Marianita rompe a llorar:

—¡Ya sabía yo que algo malo le pasaría!

El alcalde sujeta a uno de los campesinos por el cuello de la camisa y lo sacude furiosamente:

—¿Ha muerto o ustedes lo han asesinado?

La noche enciende la superstición. Son muchos los arrepentidos de haberse ofrecido a cargar el cadáver del sacerdote por las trochas empantanadas. Combaten el miedo con repetidos tragos de aguardiente. Sus propias sombras les asustan y, cuando el búho silba bajo los frondosos árboles, se compactan hermanados por la superchería. El muerto bambolea en su hamaca, guindada de una larga vara, y los que no la cargan alumbran el camino con hachones y lámparas. Muchos saben rezar y a nadie se le ha ocurrido elevar una oración. El mismo Cicano, que tantas veces le ayudó a oficiar la misa, no recuerda un solo responso. Les preocupa más su propia suerte ante la autoridad que el alma del difunto.

Aristóbulo se rezaga. Ha bebido, pero más le abate su eclipsada razón: la extraña muerte del sacerdote deja al policía y al sacristán tenebrosa herencia de confusos remordimientos.

El juez investigador exige al sacristán rememorar sus tribulaciones vividas en Chimá, aislado y repudiado por todos. Sólo recuerda su desazón de sentirse

perseguido como Judas por habitar la iglesia negada al santo. Teme mirarse el brazo con que destrozará el cadáver y aún ignora el significado de aquella cruz trazada por el sacerdote agónico. El juez insiste en que reviva lo que desea olvidar cuanto oyó decir que en Chimá; quienes le amenazaron y en qué lugar vio a Jeremías. Nada sabe. Quiere postrarse arrepentido ante la tumba de Santo Domingo, a donde la policía no lo deja ir.

Ha envejecido. Sus canas pierden brillo; las arrugas de la cara se le encogen y los surcos son más profundos. Esquiva mirar de frente y huye los ojos hacia el suelo. Los policías, a uno y otro lado, deben arrastrarlo y lo dejan cariacontecido ante el juez.

—Aquí lo tiene. No quería venir.

El alcalde lo mira amenazador, deseoso de ampliar con su testimonio el expediente contra Jeremías y sus secuaces. Antes de que lo interroguen, Cicano cruza los brazos sobre su cara en terca negativa.

—Dígame, si le consta: ¿el padre Berrocal fue arrastrado moribundo al cementerio?

Calla. Se retuerce las manos y escupe. Inútilmente se le amenaza:

—Su silencio lo hace culpable de complicidad en el crimen. Sólo oye la voz interior de la autoacusación.

El alcalde alerta a los gendarmes:

—Llévenlo a la iglesia y vigílenlo, no sea que se vaya a unir a sus compinches.

Tienen que conducirlo a rastras hasta la sacristía. A su paso por las calles lo insultan y acusan. Le reprochan con rencor lo que se había olvidado:

—Él fue uno de los tres que ayudaron a despedazar y enterrar al santo.

La iglesia, desolada, lo enfrenta a su remordimiento. En ella solía andar tranquilo de día o de noche sin que lo hostigara ningún temor, libre de pecado, devoto y consagrado al culto. Ahora lo atormenta el recuerdo de los últimos momentos del padre Berrocal. Cavila deseoso de encontrarse a sí mismo, digno de acompañarle en la gloria. Y, cuando lo atenaza la culpa, le persigue la obsesión de haber profanado el cadáver de Domingo. La flaqueza que tuvo aquella noche se acrecienta acusadora.

—¡Cicano! ¡Cicano!

A la misma hora, todas las madrugadas oye las urgentes llamadas del padre Berrocal.

—Levántate y vamos a desenterrar al santo.

Se tapa los oídos, pero la voz cavernosa, ultraterrena, prosigue retumbando

en su cerebro. Cambia de pieza en la iglesia; arroja agua bendita por los rincones y se encomienda a San Emigdio. Teme cruzar por la habitación donde velaron al padre Berrocal. Le asustan los ratones que caminan por entre los zapatos descosidos y el reclinatorio desvencijado del muerto.

—¡Cicano! ¡Cicano!

Su mente, confusa, se hunde en las alucinaciones. Se sobresalta al oír maitines a la medianoche. Cree que el padre Berrocal sacude los badajos. Se levanta de la cama y, aun temiendo encontrarse con el espectro del sacerdote, sube a la torre. Las campanas duermen. Pega a ellas su oreja, y siente el hondo vibrar que le resuena después de haber sido golpeadas insistentemente.

—¡Cicano! ¡Cicano!

La voz procede de abajo y repercute en la gran amplitud de la iglesia.

—Un momento, padrecito, allá voy.

Ahora es la beata Marianita la que extraña el balanceo de las campanas. No las ha escuchado desde que enterraron al padre Berrocal y se apresta ansiosa a cumplir con su deber religioso. Camina desconfiada. Presiente que ha de encontrar de nuevo al diablo tocando a las puertas de la iglesia. En el interior de la nave no hay luces, pero las campanas insisten en sus dobles fúnebres. Penetra por la sacristía y amparada por el crucifijo llama medrosa:

—¡Cicano! ¡Cicano!

Su voz, después de andar por los rincones, vuelve a ella en un eco distante. Adelanta sus pasos inseguros, se persigna y observa a uno y otro lado a los callados santos de madera. De repente se choca con un cadáver que cuelga. Tira el breviario y huye azorada. En la plaza no alcanza a explicar lo que ha visto a quienes la rodean:

—El santo colgó a Cicano de las cuerdas del campanario.

El quejido del cuerno ronca en el fondo de la ciénaga dormida. La india lo oye y desde la orilla, con un mechón encendido, orienta la champa del brujo. Los heliotropos abiertos perfuman las aguas pantanosas. En su mocedad desgranaba las mazorcas de pétalos blancos y los esparcía sobre las aguas en espera de que alguno de ellos se convirtiera en un joven indio. Ahora ni siquiera advierte las flores. Tiene un hombre y busca algo más difícil: librarlo del hechizo. El ulular del cuerno resuena tan cercano que siente en su propio vientre la vibración que estremece los ámbitos. Mueve la luz y en la orilla se silencian los sapos, asustados.

El chapoleo de la palanca traza relámpagos. Sombra de las sombras, Eustorgio se oculta a las miradas de los extraños. Es el último de los herederos de la magia tradicional de su pueblo. Debe recorrer en la oscuridad de la noche las tierras de sus antepasados, ahora vedadas para su raza. Los años, largos e ilegibles en su rostro lampiño, le han dado mucha experiencia en el trato con quienes le persiguen por hechicero. El mechón encendido de la india alcanza a iluminar su cuerpo desnudo, apenas cubierto con el refajo de la paruma.

—Vengo a ver a tu hombre. Le daré la yopa.

El tambo indio cruje bajo el peso del recién llegado. Aristóbulo, tendido en el piso de la barbacoa, tiembla bajo la sábana maloliente por los menjurjes que no han podido devolverle la razón.

—¡Quítenme el uniforme! —exclama constantemente. A esta frase queda reducida su actividad mental.

El brujo trata de enderezarle el cuello y la mujer lo advierte:

—Es cachureto.

—Malo, muy malo —responde Eustorgio. Para su diagnóstico le basta observar su cara inexpresiva y ese cuello que lo entorpece todo. Hace retirar a la mujer y a los indios dueños del rancho. A solas con el embrujado inicia el conjuro. El mechón en el piso alarga y confunde su sombra por los rincones. Danza en torno al cuerpo espantando al demonio con exorcismos indígenas. Aristóbulo siente la lengua como si fuera una torunda de trapo. Paulatinamente se le van enrojeciendo sus ojos vidriosos. Los que permanecen afuera escuchan amedrantados las cachetadas y las impacientes preguntas del hechicero.

—¿Dime qué ves? ¿Dime qué ves?

El cachureto jadea estrepitosamente y comienza a hablar entrecortado:

—Veo... veo... la sepultura.

Las preguntas insisten autoritarias:

—¿Qué más? ¡Dímelo! ¡No tengas miedo! ¡Dímelo!

El resuello se llena de espumarajos y Aristóbulo responde ansioso:

—El santo me arranca la cabeza.

El brujo sonríe

—Bien, vuelve aquí.

Cuando entra la india y sus amigos, Eustorgio está sentado en cuclillas contra el rincón. Su cara mira hacia la ciénaga, donde moran los espíritus de sus antepasados que le dan poder para escrutar la mente de los vivos con la

yopa. Confiesa su impotencia:

—Mis yerbas no podrán curarlo, porque es castigo del santo.

La india aúlla desconsolada.

Afuera, en la ciénaga, una babilla con la garganta inflada llama a la compañera que Eustorgio ha arponeado esa noche. Se quedará sola por muchas lunas.

Las circunstancias en que acaecen las muertes y la demencia de los profanadores, explotadas hábilmente por Jeremías, confirman la santidad de Domingo Vidal. Su terrible venganza en aquellos que descuartizaron su cadáver muestra una nueva cualidad insospechada en quien fue manso cordero de Dios: su cólera contra los incrédulos. En vida se le adoraba por su desbordante piedad. Sabiéndolo compasivo, se podía elegir entre acatarlo o rechazarlo. Ahora forzosamente ha de creerse en él o se desafía su ira. Ni aun los eclesiásticos escapan a su castigo. Se prefiere enfrentar abiertamente a las autoridades civiles y religiosas, antes que desafiar su venganza. Y el profeta, perseguido por su intransigente defensa del santo, personifica los poderes sobrenaturales. Se le teme, acata y adora. Si hubo alguien que antes exteriorizara hacia él su repudia, en el presente se asustan tan sólo de pensarlo. El hereje no abusa de aquella exaltación. Aún permanece en la sombra. Su última proeza es exhumar los despojos de Domingo para venerarlos en un grotesco mausoleo erigido frente a las puertas de la iglesia. El miedo, o la prudencia, le aconseja no violentar otra vez la casa de Dios, como quieren sus propios azuzados. Realmente le asusta que la justicia no haya iniciado su castigo sobre los sacrílegos.

Su estrategia no es la abstención absoluta. Predica, acicatea el fanatismo, tergiversa los hechos, y sobre todo, abre el proceso de canonización de Santo Domingo Vidal. Reclama con más ahínco las limosnas para adelantar supuestas y costosísimas intervenciones ante el Papa, en el Vaticano. Bendice y vende «oraciones»; concede indulgencias plenas y organiza el culto. Amparado por el silencio encubridor del pueblo, oficia misas campales, canta tedeum y entroniza altares con imágenes milagrosas labradas por Remigio. Si no predica el cisma es porque quiere ampararse en la catolicidad que desconoce.

Se sumergen los últimos palmos de tierra ante el impetuoso acoso del

invierno. En la superficie de las ciénagas sobrenadan las copas de los árboles y los tambos. Se han hundido todos los caminos que conducen a Chimá y se afirma que el santo defiende a los suyos de la persecución.

En las gradas de mampostería del puerto de Santa Cruz de Lorica, se hacinan las personas en torno a los ocho policías que por tercera vez parten a capturar a Jeremías. Tienen mandato de aprehenderlo y demoler la cripta que guarda los restos de Domingo Vidal, levantada irreverente y desafiante a las puertas de la iglesia. En la mente de los gendarmes y en quien los rodean se agitan supersticiosamente los últimos sucesos. Llevan armas de sobra: municiones, rifles y bayonetas; lo que les falta es valor. A pesar de los escapularios y medallas que penden de sus pechos, se sienten desarmados. El enemigo es una mezcla no definida de superchería y catolicidad.

—Ayer zozobramos en plena ciénaga cuando nos cogió el nordeste de Chimá —comenta entre dientes uno de los policías.

El cabo, llamado a infundirles valor, confiesa temeroso:

—La primera vez que el profeta desató los vientos contra nosotros, nos salvamos porque invoqué a San Emigdio.

Una anciana que les regala «oraciones» por si se encuentran en dificultades, los incita a la rebelión:

—Si el alcaldito es tan macho como dice, ¿por qué no los acompaña?

Esa pregunta se la hacen todos, y seguramente el mismo alcalde. Alega este que su presencia en Lorica es necesaria para la investigación. Otras son las creencias del pueblo.

Los bogas compulsan la canoa. Los policías callan como si no quisieran romper el silencio supersticioso. Los fusiles a la espalda miran pasar las bandadas de patos sin dispersarles. Se afanan por descubrir en las aguas, el viento y los árboles los malos espíritus conjurados por Jeremías. El boga de popa, que habría podido orientarse con el solo aroma de la corriente, mueve el canalete con desgano y aumenta la confusión:

—¿Saben por qué lado queda Chimá?

Amenazado con darle la baja si no logra cumplir la misión encomendada, el cabo mira al del canalete sin saber qué responderle. Su silencio alienta en los policías la esperanza de ver nuevamente frustrada la expedición:

—Creo que esta taruya que nos cierra el paso no es simple casualidad —insinúa el de la palanca.

Comienzan a interpretar mal los accidentes geográficos. Podrían orientarse, si lo quisieran, por el rumbo de las aves que siempre concurren a

los mismos sesteaderos. Ya fuese por la avalancha de los nenúfares o por intencionada maniobra del canaletero, la proa de la embarcación se atasca en un gran banco de algas.

—¡Estamos cogidos! —anuncia resignado el boga.

El cabo muerde fuertemente el tabaco y pregunta:

—¿Serán cosas de Dios o del profeta?

Regocíjanse. El superior confabula una nueva excusa que dar al alcalde, mientras el sol busca el cenit para mejor chamuscarlos.

—¿Y cómo saldremos de este atolladero?

—Será mejor dejarnos arrastrar de la corriente con la planta y todo —aconseja el del canalete, cruzándose de brazos.

—Nos cogerá la noche —refunfuña el cabo.

—¿Y qué más da? Es mejor reposar en la canoa y no en la barriga de los caimanes que abundan hambrientos por estas aguas. El primero que se zambulla para empujar la champa no volverá a salir nunca más.

Jeremías se borra nuevamente de sus preocupaciones y, para no sentir la zozobra del tiempo, disparan a los cormoranes, que al caer muertos en el agua son tragados por las babillas.

En la noche, tapado el rostro con la visera del quepis, el cabo se disculpa ante el superior. Nos atascamos en la ciénaga y si no es por la torre iluminada de la iglesia, que nos guió en medio de la oscuridad, allá estaríamos.

El alcalde responde enfurecido:

—Mañana les acompañaré yo personalmente, a ver si también hay brujas y aparecidos que nos impidan llegar a Chimá.

El profeta confía en los milagros y quiere ganar con ellos todas las batallas. Sale de su escondrijo y su sola presencia congrega tumultuosamente a los campesinos a su alrededor. Los largos cabellos esconden sus ojos. Ha aprendido a expresarse con la mirada. Mueve las pupilas a uno y otro lado. Si quedan fijas, callan los que lo rodean. Su hábito blanco, mugroso por el vagabundaje, ya le es connatural. Nadie se acuerda de haberlo visto nunca con sus antiguas ropas de sacristán. Sus dedos se han acostumbrado a peinar las barbas con sus uñas largas. Extiende los brazos y todos se arrodillan para escucharlo:

—La policía viene armada. Dejemos que se enfrenten a la ira del santo. Enciérrense y no salgan. Los que viven en la plaza deben abandonar sus casas,

no sea que el rayo vengador de Domingo los ciegue cuando caiga sobre los incrédulos.

Otra es la consigna que imparte a sus allegados. Abel ha de vigilar la ciénaga. Remigio y Anselmo, armados de escopetas, le acompañarán a defender la sepultura de Domingo desde la iglesia.

La canoa tripulada por polizontes avanza con ceñido rumbo. El alcalde Botero, viejo baquiano de huacas indígenas, se atiene más a la brújula de su leontina de oro, que a las aviesas indicaciones del boga.

—Mire usted, por acá hacemos un corte si embocamos por el caño de Aguas Prietas.

—No, señor, atravesemos la ciénaga en esta dirección, aun cuando tengamos que enfrentarnos a todos los demonios juntos.

Tiene la vista fija en un punto que no alcanza a ver, pero que le señala insistentemente la aguja imantada. No extraña el ulular del caracol de Abel, que se hunde en lo profundo de la ciénaga alborotando a las chelecas. Los policías lo escuchan y se miran temerosos. También les inquieta el silencio que circunda el pueblo. Por encima de los ranchos y tambos faltan las columnas de humo; en todo el recorrido no se han cruzado con una sola champa de pescadores, ni oyen el altisonante diálogo de los pilones descascarando el arroz. Olfatean el peligro en esa soledad que hace más tranquilas las aguas. Los fusiles les abren, con sus correas, invisibles surcos en los hombros.

Al llegar a Chimá la champa puede entrarse por las aguas que inundan los callejones. Desembarcan y, desconfiados, apostan un guardia para que vigile la canoa. El alcalde y su tropilla se dirigen hacia la plaza orientados por la pequeña torre de la iglesia. Imaginan a los campesinos observándoles, escondidos detrás de las puertas y ventanas. Atraviesan recelosos las calles enlodadas. Frente a la iglesia descubren el túmulo de la sepultura coronado por una cruz. Velas humeantes lo iluminan y son la única muestra de que el pueblo no es una vieja aldea indígena abandonada a los siglos.

—Bien hacen en esconderse, porque de encontrarlos aquí adorando a estos huesos los haría danzar desnudos a su alrededor.

Los policías escuchan en silencio aunque quisieran tapar la boca al superior. Lo ocurrido a Aristóbulo por acatar órdenes podría acontecerles a ellos. Si no se atreven a persignarse en su presencia, interiormente suplican perdón por oír aquella blasfemia sin rebelarse.

—Tráiganme a media docena de campesinos que vengan a derrumbar esta tumba y a llevar de nuevo los restos del muerto al cementerio. Se reacomodan los fusiles y se dispersan retrecheros por la plaza. Tocan a las puertas e indagan respetuosos:

—¿Hay gente?

La misma pregunta se entrecruza de uno a otro extremo. Nadie responde. El alcalde se acerca con pasos firmes y dando ejemplo trata de derribar a patadas las puertas de la casa de José Dolores Negrete. Encuentra resistencia que no espera y enfadado se encara a los subalternos:

—¿Qué hacen aquí quietos que no me ayudan?

Con poderoso impulso conjugado las derriban. Abusivamente penetra don Cipriano y grita autoritario:

—¡Quien quiera que viva aquí que salga!

Saca la pistola y con ella amenazante entra a los cuartos interiores; recorre el patio y finalmente se asoma a los corrales vecinos.

—Parece que no hay un alma en el pueblo.

Los policías le confirman:

—Se han marchado para no tener que desenterrar al muerto.

El alcalde masculla encolerizado:

—Esta es obra de ese maldito hereje. ¡Si lo agarrara, lo guindaría de la cruz esa que ha levantado ahí!

Los gendarmes revelan más temor que asentimiento.

—¡Métale dinamita! ¡Así volará la tumba y la osamenta!

El cabo mira a sus compañeros y adivina que no permitirían semejante sacrilegio. Responde:

—Lo siento mucho, señor alcalde, pero nosotros no somos incendiarios.

Don Cipriano se revuelve furioso e increpa:

—Órdenes son órdenes. Vuelan la sepultura o les hago seguir consejo de guerra por insubordinación.

Están tan cerca de la iglesia que los tres emboscados en ella pueden escuchar cuanto dicen. Jeremías apoya el cañón de la escopeta en el quicio de la ventana. Hace chasquear el gatillo como si quebrara una vertebra de sábalo con las muelas. Remigio, en lo alto del campanario, cierra un ojo y mira con el otro la mirilla de su carabina. Tiene buen pertrecho de balines y está seguro de su puntería. Del otro lado de la iglesia, tirado en el suelo, Anselmo espía a ras de tierra por debajo de la rendija de la puerta. No alcanza a ver las cabezas de los policías y del alcalde, pero sus barrigas son un blanco apetitoso a sólo

cuatro metros de distancia.

—¡Prende la dinamita!

El cabo empalidece tanto que su cara tiene la languidez de las velas alumbrando a pleno sol. El alcalde empuña la pistola. Los gendarmes miran a todas partes. Les habría asustado todo menos una descarga de fusilería que sentirse acechados por el silencio de la plaza. El cabo raspa el fósforo y sus dedos, temblorosos, no alcanzan a juntar la llama con la mecha renegrida por la pólvora. Súbitamente resuena el disparo de Jeremías. Los policías corren despavoridos y los más cobardes no alcanzan ni siquiera a huir, escudándose detrás de la sepultura. La detonación les ha parecido un trueno bajado del cielo. Esperan atemorizados otras descargas. El cabo, con el hombro desjarretado, se lamenta más que sangra:

—¡La centella me sacudió de pies a cabeza!

—¡Qué centella ni qué carajo! —Don Cipriano le reprocha—. Fue un tiro hecho desde la torre de la iglesia.

Dispara su pistola y derrumba la cruz del campanario. No quiere creer en su puntería. Su conciencia católica le reprocha el sacrilegio de haber derribado la cruz, pero más le atemoriza verse abandonado de su tropa. Intenta retirarse dignamente y las piernas le flaquean. El herido chamuscado debe ayudarlo a emprender la huida. Rengueando llegan a la canoa y no bien han subido a ella cuando la empujan con palancas y canaletes. Repuesto del susto, el alcalde trata de justificar su propio miedo:

—¡Cobardes! ¡Me dejaron solo!

Hay una sola respuesta:

—Mire usted cómo se esta nublando el sol a pleno día.

El cabo, en el fondo de la champa, le muestra una «oración» y les afirma convencido:

—Si no la llevo en el bolsillo de la camisa, no estaría echando el cuento.

Remojado y abatido, el alcalde se niega a mirarla:

—Volveré a atacar por tierra y agua con tropa reforzada, a ver si hay espantajo que resista la metralla.

Marianita y las beatas están convencidas del arrepentimiento del padre Berrocal antes de morir. Piensan que son responsables de la prisión de Balaude, en quien ya no ven las orejas del diablo. Se suman a la romería que acude a la carcel a solicitar la libertad de la hermana del santo. Repiten las

noticias que los caminos digieren y deforman.

—¡Santo Domingo inundará a Lorica!

—Traen en hombros a Jeremías para consagrarlo obispo.

El alcalde les amedrenta:

—¡Se retiran o les reparto el plomo que guardo para los chimaleros!

No retroceden. Sus demandas se hacen más exigentes:

—Si no suelta a la hermana del santo, lo haremos nosotros.

Bastan cuatro policías armados para dispersarlos. Ahora alarman por las calles:

—San Emigdio, invocamos tu protección.

Se agotan las velas del pueblo encendidas calladamente en los rincones de sus casas. Han perdido la fe en sus propios santos. Muchos prefieren estarse fuera de la iglesia por temor a que se derrumbe. Los campesinos llegan a Lorica y venden a cualquier precio sus frutos y se alejan.

—Si no sueltan a Balaude, el santo desatará temblores y derrumbes sobre Lorica.

La ausencia de un sacerdote que les predique les confunde y atemoriza.

—El arzobispo de Cartagena se niega a nombrar nuevo cura en esta parroquia.

Hasta el alcalde siente minada su propia religiosidad. Ignora si realmente se enfrenta al hereje o al tullido que santifica. Reza, lee la Biblia y trata de convencerse de que tiene a Dios como a su aliado.

—¡Defiendo la religión de Cristo!

Al frente de sus guardias, luce más el escapulario y el crucifijo que la pistola oculta en el cinto. Los nuevos polizontes, traídos de otras regiones no contaminadas por la prédica de Jeremías, comienzan a preocuparse por la historia que les relatan del cachureto. En vez de fusiles querrían empuñar cruces de olivo. Renunciarían si no supieran que podría juzgárseles por desertores. Dirigirse al asalto del sepulcro del santo es condenarse a las llamas del infierno. No escapa a la mente del alcalde que el tiempo es su peor enemigo. Postergar la captura de Jeremías significa perder soldados.

—¡Marchemos sobre Chimá!

Los uniformados se dividen en dos columnas. La una avanza por el camino montañoso, a través de barrizales y la otra regresa por las temidas aguas de la ciénaga embrujada. A lo largo de las calles, en la plaza, en el mercado y en las galerías del embarcadero, los miran pasar como condenados a muerte. Un frío jamás sentido bajo cuarenta grados de sol ensombrece las miradas de

gendarmes y campesinos. Nunca vieron la derrota desfilando hacia la sepultura.

—Santo Domingo se apiade de ellos.

Las manos salen a su paso para entregarles «oraciones». No hallan escudos más potentes ni armas más seguras que los protejan. Las leen y aprenden de carrera.

—¡La policía viene a incendiar a Chimá!

—¡Quemarán vivo a Jeremías!

Las noticias despiertan el miedo acumulado en repetidas desgracias. Se atrancan las puertas y enchiqueran los cerdos, gallinas y vacas. A la entrada del pueblo se construyen barricadas con ramazones. Las canoas son arrastradas a los pantanos para que nadie pueda huir. Las mujeres se arman con manos de pilón y estacas. Hasta los niños confeccionan arcos de cañaflecha. Remigio deja de labrar cruces para construir culatas de escopetas. Se hace familiar la queja quejumbrosa de los machetes que afilan en las piedras de amolar y en el pretil de las casas.

—Daremos la vida por el santo.

Pronto se recoge todo el plomo de las atarrayas. Hasta se funden balas de plata y oro con los «milagros» de los promeseros. Las «oraciones» benditas tienen tanto valor como los perdigones. Abel hace cumplir de inmediato las consignas del profeta:

—Veinte hombres defenderán el camino de Lorica.

—Otros veinte se colocarán en cada bocacalle del pueblo.

—Anselmo comandará las champas contra las canoas de los policías.

Jeremías no advierte que la decisión de lucha del pueblo lo contagia y lo arrastra a la violencia. El fanatismo toma nuevas fuerzas y rumbos. Defender al santo es combatir por sí mismos. Ya nadie pone en duda la santidad de Domingo Vidal. Se batalla por la fe que ha engendrado.

El mismo hereje, que podía fomentar y orientar el culto, ahora se mueve ciegamente por poderes extraños. Han quedado atrás sus felonías de predicador interesado. La acción lo transforma en soldado. Sueña con la hoguera, el descuartizamiento, la resurrección al lado del santo. Poco le importan la vida y las limosnas acumuladas. Los padecimientos del Gólgota son ínfimos para su decisión de mártir.

La noche sale de los pantanos, negra, preñada de mosquitos y ansiedades. El

caracol de Abel deja escapar el sol sin dar la alarma. Por la montaña no se ven las botas de los policías. En la plaza se reza con las escopetas en el hombro. Jeremías ha impartido instrucciones de que no se prenda una sola vela ni siquiera en la tumba del santo. Chimá, hundido en la oscuridad, apenas se adivina por el canto de los gallos o el rebuzno de los asnos. Nadie duerme en sus toldos. Acechan los caminos como antes al río ansioso de desbordarse.

—¡Esta noche atacarán!

Se atrincheran en los patios, en la iglesia y en las barricadas de los callejones. Jeremías está en todas partes:

—Camina sobre las aguas de la ciénaga en espera de los policías.

—Defiende la entrada del pueblo con una espada de fuego que le entregó Dominguito.

Realmente lo inquieta la estrategia del alcalde Botero. Sabe que ha salido de Lorica al frente de su batallón y sin embargo no asoma por ninguna parte. Abel le asegura:

—Eran más de cincuenta policías armados de fusiles.

Recorre la plaza y se cerciora de que todos están en sus puestos. Morirán defendiendo la sepultura de Domingo. El profeta se postra ante ella y reza. A su espalda se rumora en voz baja:

—Conversa con el santo.

El alcalde Botero ha encontrado un camino desguarnecido: el cementerio. Las escopetas, los machetes y las estacas apuntan hacia Lorica. Los chimaleros se han olvidado de sus muertos. Por entre las cruces se deslizan cautelosamente los gendarmes, al amparo de las sombras. El bobo Camilo, que custodia la tumba donde el padre Berrocal enterrará al santo, se sorprende al ver que los difuntos abandonan las sepulturas. Observa y se santigua. Quiere prender una vela, pero teme violar la prohibición dada por Jeremías. Sus ojos, agrandados, no alcanzan a mirar las cabezas rapadas de los esqueletos. Sin embargo, siente que chapotean en el agua y que conversan. Tiene miedo y huye. Llega a la plaza y escandaliza.

—Los muertos salen del cementerio con escopetas al hombro.

Jeremías lo sacude y le interroga:

—¿Estabas soñando o despierto?

—Juro por Santo Domingo que los vi arrastrándose hacia acá.

El profeta empuña su escopeta de dos cañones.

—¡Nos atacan por la espalda!

Por los callejones resuenan los disparos.

—¡Ya están en el pueblo!

Atropelladamente las mujeres se refugian en la iglesia y los hombres se parapetan sin saber contra quién disparar sus escopetas o descargar los machetes. El tiroteo se extiende. El alcalde teme más a la oscuridad que al fogonazo de las carabinas.

—¡Prendan fuego a un rancho para que nos ilumine el camino! —ordena acosado por los perdigones.

Una palma encendida cae sobre el techo de Blasina.

—¡El diablo volvió a incendiar la casa de la bruja!

A la luz del caballete ardiendo, los policías sólo ven a los gatos que cruzan asustados de uno a otro lado de los corrales. El aullido de los perros les hace pensar que sólo a ellos hieren sus balas. La estratagema del incendio, lejos de denunciarles al enemigo, les convierte en blanco de los disparos. A lo lejos el griterío de las mujeres se une al rezongo de los ladridos. A Remigio le han quebrado la columna vertebral de un balazo. Implora:

—Santo Domingo, no siento mis piernas. ¡Déjame correr para matar a tus enemigos!

Eduviges abandona la iglesia en busca de Anselmo.

—¡Le metieron una bala en la ingle!

Abraza a su pequeño hijo y teme que el tiro que hirió a su marido haya sido disparado por su difunto esposo, escapado del cementerio.

Las hijas de Anichárico buscan al padre. Gimotean:

—¡Nos quemaron la casa!

Huyen a medio vestir como si les persiguiera el duende Juan Lara.

En la plaza, Jeremías y los suyos tratan de defender la tumba de Domingo. Disparan apostados detrás de la cripta de calicanto. El alcalde quiere desistir de avanzar contra el fuego graneado que los acosa. Cuatro policías han sido alcanzados por los perdigones y sus uniformes se humedecen con repetidas manchas de sangre a lo largo de sus espaldas. Se arrastran en el fango sin saber hacia dónde huir.

—En la plaza hicieron picadillo a un policía.

Los gallos, alarmados, clarinean la madrugada confundidos con los resplandores del incendio. El alcalde teme que la mañana descubra su posición sin trincheras. Ni siquiera puede impartir instrucciones a sus gendarmes dispersos. Entrevé la derrota.

—¡Santo Domingo los protege! —declara acobardado uno de los policías. El superior le manotea la boca deseoso de impedir que esa idea contagie a los demás. Él mismo piensa que un mal espíritu le aconsejó el alocado asalto contra un pueblo en armas. Insiste:

—¡Avancemos hasta la sepultura y volémosla!

Quiere justificar su imposibilidad de capturar a Jeremías. Enrumba sus pasos hacia la mitad de la plaza. Los subalternos lo siguen convencidos de que no tiene ninguna posibilidad de retirada. Por los cuatro costados de la noche se inflaman los cañones de las escopetas. Pronto advierten que detrás del túmulo se organiza temerariamente la resistencia. Jeremías dispara y vuelve a cargar como si toda su vida hubiese oficiado en un batallon de artillería. Su ropón blanco se denuncia a cada fogonazo y los fusiles quieren sorprenderlo. Abel y Anichárico lo acompañan, dispuestos al sacrificio. Detrás de la iglesia, entre disparo y disparo, se escucha el ronco balbuceo de las oraciones.

—¡Me han herido!

Una bala se ha escorado en el ojo del profeta y la noche toda parece escurrírsele hacia adentro. De arriba abajo la parálisis le entumece los miembros. La boca le ha quedado torcida. Abel recuerda la mueca del padre Berrocal moribundo. La mitad de la cara está encharcada de sangre y la otra, empalidecida por la hemorragia, parece vivir por el ojo desorbitado. La mano engarrotada ya no sostiene la escopeta. Anichárico musita supersticioso:

—Le han dado la muerte de Santo Domingo.

Aunque se acrecienta el impacto de la metralla contra la sepultura, el italiano y el pescador arriésganse a cruzar los cuatro metros que los separan de la puerta de la iglesia y arrastran hasta allí el cadáver. Golpean desesperadamente pero no les abren. Abel grita ansioso:

—Han matado a Jeremías.

El alcalde se regocija con aquella noticia. Los policías no saben si alegrarse o lamentar su muerte. Tienen miedo de que el pueblo fanatizado pueda exterminarlos. Anichárico consigue tumbar las trancas y abrir el portalón. A la vista del profeta, que parece mirarlas con su ojo abierto, las mujeres alborotan con llantos y rezos. Lo sacuden, tiran de sus barbas y tratan de dar movimiento a sus miembros.

—¡Santo Domingo se lo ha llevado a la Gloria eterna!

Lo arrastran hasta las gradas del altar de San Emigdio. Prenden velas y lo dejan allí al amparo de quien siempre fue su protector. Las espermas apagadas van iluminándose. El alcalde se adelanta y penetra en la iglesia con la pistola

humeante. Los policías, temerosos, se detienen a la puerta y observan la romería que se agita en torno al altar. Por la plaza y los callejones se oyen pisadas y lamentos. Los campesinos acuden de todas partes, todavía con los machetes desenvainados, sorprendidos, sudorosos. El alcalde presiente que se gesta la tormenta soterrada.

—¡Salgamos pronto de aquí!

Los subalternos no se hacen repetir la orden y el superior se olvida de la sepultura y la dinamita. Comprenden que el pueblo tiene necesidad de un pretexto para luchar, y con aquellos machetes y escopetas serían capaces de realizar mayores portentos que todos los atribuidos a Domingo Vidal.

La cultura es de todos

Mincultura

Biblioteca Básica de Cultura Colombiana

Este libro no se terminó de imprimir en 2018. Se publicó en tres formatos electrónicos (PDF, ePub y HTML5), y hace parte del interés del Ministerio de Cultura y la Biblioteca Nacional de Colombia —como coordinadora de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, RNBP— por incorporar materiales digitales al Plan Nacional de Lectura y Escritura «Leer es mi cuento».

Para su composición digital original se utilizaron familias de las fuentes tipográficas Garamond y Baskerville.

Principalmente, se distribuyen copias en todas las bibliotecas adscritas a la RNBP con el fin de fortalecer los esfuerzos de promoción de la lectura en las regiones, al igual que el uso y la apropiación de las nuevas tecnologías a través de contenidos de alta calidad.

Biblioteca Nacional de Colombia